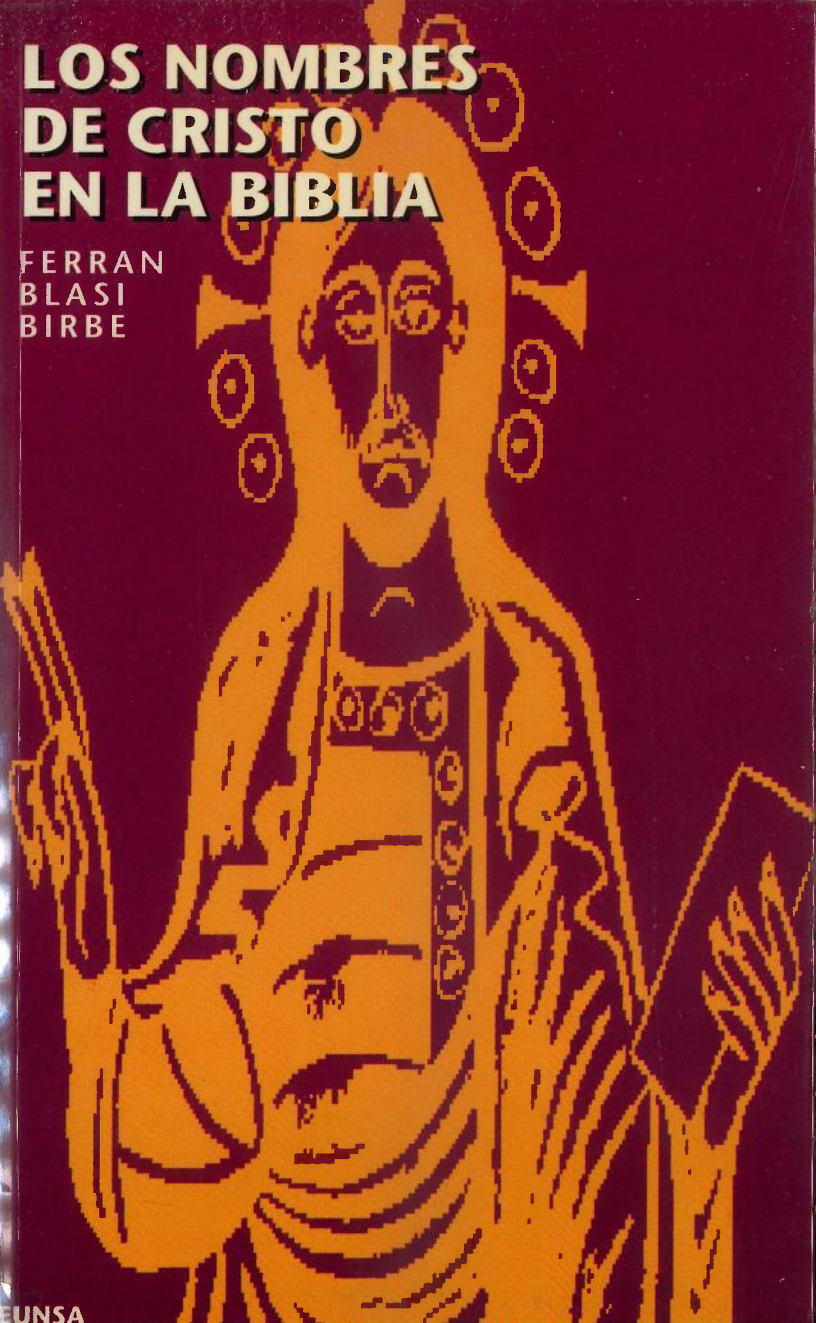

LOS NOMBRES DE CRISTO EN LA BIBLIA
FERRAN BLASI BIRBE
EUNSA

LOS NOMBRES DE CRISTO EN LA BIBLIA

FERRAN BLASI BIRBE

Prólogo de José Miguel Pero-Sanz

EUNSA

EDICIONES UNIVERSIDAD DE NAVARRA, S. A.
PAMPLONA

Ediciones Universidad de Navarra, S. A. (EUNSA)
Plaza de los Sauces, 1 y 2. Barañáin - Pamplona (España)

ISBN: 84-313-1233-5
Depósito Legal: NA 818-1993

Fotocomposición: FONASA. Sancho el Fuerte, 26. Pamplona

Imprime: Gráf. Lizarra, S. L. Ctra. de Tafalla, Km. 1. Estella (Navarra)

Printed in Spain - Impreso en España

Indice

Abreviaturas

Abd	Abdías
Act	Actos
Ag	Ageo
Am	Amós
Ap	Apocalipsis
Bar	Baruc
Cant	Cantar de los Cantares
Col	Colosenses
Cor	Corintios
Dn	Daniel
Dt	Deuteronomio
Qoh	Ecclesiastés o Qohelet
Sir	Eclesiástico o Sirácide
Ef	Efesios
Esd	Esdras
Est	Ester
Ex	Exodo
Ez	Ezequiel
Flm	Filemón
Flp	Filipenses
Gal	Gálatas
Gn	Génesis

Hab	Habacuc
Heb	Hebreos
Is	Isaías
Jac	Jacobo o Santiago
Jer	Jeremías
Job	Job
Jl	Joel
Jon	Jonás
Jos	Josué
Jn	Juan
Jud	Judas
Jdt	Judit
Jue	Jueces
Lam	Lamentaciones
Lv	Levítico
Lc	Lucas
Mac	Macabeos
Mal	Malaquías
Mc	Marcos
Miq	Miqueas
Mt	Mateo
Nah	Nahum
Neh	Nehemías
Nvg	Neovulgata
Núm	Números
Os	Oseas
Par	Paralipómenos o Crónicas
Pe	Pedro
Prov	Proverbios
Re	Reyes
Rom	Romanos
Rut	Rut

Sa	Sabiduría
Ps	Salmos*
Sam	Samuel
Sof	Sofonías
Tes	Tesalonicenses
Tim	Timoteo
Tit	Tito
Tob	Tobías
Vg	Vulgata
Zac	Zacarías

* En el caso de los Salmos, cuando hay diferencia en la numeración, se ofrecen las dos —una de ellas entre paréntesis—: la del texto masorético y la de la Vulgata.

Prólogo

Año arriba, año abajo, han transcurrido treinta desde que tuve la dicha de asistir a un curso profesado por el Dr. Ferran Blasi Birbe, sobre Sagrada Escritura. Casi estrenaba él su sacerdocio, mientras yo ultimaba mi preparación para recibir las Sagradas Ordenes. Quehaceres ministeriales y periodísticos han entrecruzado después nuestros caminos.

A la vuelta de estas tres décadas —imagino que movido por el afecto cuasi paternal que los buenos maestros guardan hacia sus discípulos— me invita a redactar unas líneas introductorias para estos escritos sobre *Los Nombres de Cristo en la Biblia*. La gratitud del alumno y el afecto del amigo —virtud, ésta de la amistad, en la que también es maestro consumado el autor del libro que prologo— serían razones más que suficientes para aceptar la oportunidad brindada, fuera cual fuese el asunto de los escritos.

Pero sucede que versan sobre Nuestro Señor Jesucristo. Y en tal caso, hasta la menor oportunidad debe aprovecharse. «De cualquier manera —y el Dr. Blasi lo hace con autoridad y cariño— que Cristo sea anunciado, yo me alegro de ello y me alegraré» (Flp 1,18).

Otro buen amigo me dijo una vez, alrededor de Navidades, bromeando: «Vosotros, los sacerdotes, habláis mucho de cosas. Pero a mí —tal vez porque soy de pueblo— lo que me gusta es que me hablen del Niño». No sé si acertaba en su apreciación sobre los temas elegidos por los clérigos para pláticas y homilías. Atinaba, en cambio, sin la menor duda, cuando pedía que se le predicase a Jesús.

Los cristianos, a fin de cuentas, no somos los enamorados de un «sistema», de un conjunto de máximas —teóricas o prácticas— luminosas y aptas para transfigurar nuestra existencia. Mejor dicho: *también* nos subyugan esas enseñanzas que convierten la vida en una aventura digna de ser acometida. Pero no es esto lo radical. Antes que nada somos los seducidos por una Persona, Cristo, que se posesionó de nosotros, como hace veinte siglos lo hiciera de aquellos pescadores que faenaban por las aguas de Genesaret: «Venid en pos de mí» (Mt 4,19).

Bien claro lo dejará Pedro en horas difíciles. Muchos oyentes del Maestro se retiraron de su compañía por estimar dura la doctrina de Jesús. El Señor no puede hacer transacciones con su Palabra, e incluso a los más íntimos ofrece la salida: «¿Queréis iros vosotros también?» (Jn 6,67). A buen seguro que ni Pedro ni sus compañeros han comprendido del discurso mucho más que el resto del auditorio. Eso, de todas maneras, era cuestión secundaria, como queda de manifiesto en la respuesta de Simón: «Señor, ¿a quién iríamos? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros hemos creído y sabemos que tú eres el Santo de Dios» (*ibidem*, 68-69).

Pedro no es el adepto de una escuela: es un seguidor de Cristo, como el propio Jesús habrá de recordarle en otro momento en que el apóstol tam-

poco termina de comprender a su Señor: «Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora; lo comprenderás después»(Jn 13,7). Al discípulo, para aceptar incluso lo que no entiende, basta con insinuarle que, si se resiste ahora, no tendrá parte con su Rabbí (cfr. *ibidem*, 8).

Después, en efecto, vendrá la comprensión. *Ahora* lo que importa es no perder al Maestro. No perder ni una brizna de cuanto a su Persona se refiere.

Leí en alguna parte la historia del profesor que, a propósito del perro de Tobías —concretamente, del movimiento del rabo con que mostraba su alborozo— comentaba: «Estas cosas no dejan de tener su misterio. Y si Dios ha querido que conste en la Escritura, por algo será». Resulta difícil imaginar el sentido escondido de un rabo canino juguetón. Más todavía cuando, dentro de la misma Biblia y en asunto también zoológico incluso de mayor fuste, San Pablo (1 Cor 9,9) se pregunta si acaso «Dios se preocupa de los bueyes» (pregunta retórica que habría de responderse afirmativamente, pues de los pájaros —y son más pequeños todavía— Cristo en persona declara constituir objeto del divino cuidado).

Dejando a un lado la discusión sobre la intencionalidad, mayor o menor, con que reseña el autor sagrado las evoluciones del chucho, de ningún modo cabe trivializar las referencias sustantivas, adjetivas o verbales, que la Revelación escrita nos trasmite sobre nuestro Dios encarnado. Y de estas alusiones —directas unas; *in obliquo*, las otras— es de lo que, con aplicación conmovedora, nos ofrece el Dr. Blasi un cumplido y afectuoso elenco, en su catálogo sobre los nombres de Cristo.

El autor de este cabal prontuario se sitúa en una venerable tradición de escritores teológicos que, a lo largo de siglos, han espigado los *divina nomina* que, diseminados, ofrecen las páginas inspiradas.

Con toda intención aplico el calificativo de teológicos a tales estudiosos. ¿Qué otra cosa sino Teología es el esfuerzo intelectual que sistematiza y relaciona entre sí los datos proporcionados por las Sagradas Letras? Por otra parte, el trabajo del profesor Blasi logra una de las principales metas de un quehacer teológico cabal: el autor nos habla *de* Jesucristo; pero, al hacerlo, nos está induciendo a los lectores para que hablemos *con* Jesucristo.

JOSÉ MIGUEL PERO-SANZ
22 de octubre de 1992
Fiesta de Nuestro Señor Jesucristo,
Rey del Universo

Presentación

Han precedido a este libro muchos ratos de diálogo en los que, quien lo ha escrito, ha encontrado siempre estímulo —primero como estudiante, y luego como profesor y estudioso de estos temas— para profundizar en las páginas de la Escritura, y buscar respuesta a las propias interrogaciones y a las de otros, incluidos también los lectores de las publicaciones en las que de manera habitual ha tratado de estas materias.

De esos contactos ha salido con frecuencia, en unos y otros, un propósito: ir a las fuentes, y de manera especial a los Libros santos, y en las lenguas en que han sido escritos. Por eso, en muchos casos, se han recogido los textos en las mismas, si bien transcritos en caracteres latinos, para una mayor simplificación de las tareas tipográficas, con el deseo de facilitar ese acercamiento a los idiomas en que los libros de la Biblia fueron inspirados por el Espíritu Santo, y se han abordado con frecuencia cuestiones filológicas.

Una vez más la experiencia nos enseña que «toda Escritura es divinamente inspirada, y útil para enseñar, para argüir, para corregir, para instruir en la Justicia, a fin de que sea perfecto el hombre de Dios,

preparado para toda obra buena» (2Tim 3,16-17). Y también, que todo el contenido de los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento tiene una cifra que permite interpretarla con vistas a sacar de ella todo su sentido: Cristo, que es la piedra angular situada entre esos dos Testamentos.

El Verbo, en efecto, está presente en todas sus páginas: en las que recogen la creación del universo hecho por Dios «por Él», «en Él», y «para Él»; en las que reflejan el primer rayo de esperanza en los albores de la historia humana, y constituyen un anuncio de la Redención: la Mujer y su Descendiente por antonomasia, que quebrantarán la cabeza de la Serpiente; y en las que muestran, al término de la historia, en la Jerusalén celestial, 'el Cordero Inmaculado' que habrá sido encontrado digno de desvelar todos los secretos de Dios».

La Encarnación del Verbo había de ocurrir en la plenitud de los tiempos, cuando «envió Dios a su Hijo, hecho de una mujer, constituido bajo la Ley, para redimirnos de la esclavitud de la Ley, y darnos la adopción de hijos (Gál 4,4)». La misión de Jesucristo, Dios-Hombre, ha de tener su culminación, al final de los tiempos, después de que haya sido exaltado para atraer a sí todas las cosas (Jn 3, 14 y 12,32), y se haya afirmado su Señorío sobre todo lo creado —al ser colocado, por medio de la conducta honrada de los cristianos— en la cima de todas las actividades humanas— para utilizar la expresión del Beato J. Escrivá de Balaguer, que desarrolla en la homilía sobre Cristo Rey (cfr. Es Cristo que pasa, 183*), cuando entregará el Reino al Padre, para que sea todo en todo.*

La figura de Jesucristo, anunciada por los Profetas, descrita por los evangelistas, predicada por

los Apóstoles, objeto de imitación por parte de los primeros cristianos y de los que en todas las épocas se han querido parecer a ellos —en una llamada que se ha hecho particularmente concreta en nuestros días— constituye el hilo conductor de la Biblia. Con ella se relacionan todos los grandes temas. Jesucristo es inseparable del Padre y del Espíritu Santo, y está presente de diversos modos en el mundo y en la Iglesia, hasta el término de la historia: «He aquí que estoy con vosotros todos los días —continuamente—, hasta la consumación de los siglos

Así, todos los textos que se han entresacado en este libro contienen una mención expresa de Jesús, y a través de ellos se puede repasar la mayor parte de los puntos —si no todos— de la doctrina ascética, del dogma y de la moral, porque todos tienen relación con Él.

El trabajo más extenso constituye como el núcleo de este libro: partiendo de un estudio de los nombres de Cristo, y de unas consideraciones gramaticales a propósito de los verbos que tienen a Jesucristo como sujeto agente o paciente, se quiere producir un acercamiento a la persona del Verbo hecho Carne, para conocer mejor sus dos naturalezas, divina y humana, sus palabras y sus hechos.

Hay una diversidad de nombres entrañables, todos los cuales aportan trazos y matices para dibujar su figura, porque ninguno de ellos, por valiosa que sea la significación de su contendido, puede expresar toda la riqueza de Cristo, verdadero Dios y verdadero Hombre. Tómese como una invitación a los que hablan de Cristo, para que se decidan a utilizar diversos nombres, y no incurran en lo que podría ser un reduccionismo: limitarse a formas estereotipadas,

que reflejaran sólo algún aspecto concreto de su rica figura.

El trabajo que estas páginas reflejan ha querido facilitar pues, el acceso a la Escritura para conocer mejor a Jesucristo, y para que sean muchos los que se decidan a hacer por su cuenta aquellos descubrimientos que han visto hacer a otros. Por ejemplo el de quien ha señalado éstos como cuatro escalones en el esfuerzo por identificarse con Cristo: «buscarle, encontrarle, tratarle, amarle» (cfr. Beato Josemaría Escrivá de Balaguer, Amigos de Dios, 300*). El autor desearía que también este libro sirviera para animar a alguien a recorrer por lo menos una primera etapa, y que se hicieran realidad en su vida aquellas consoladoras palabras que recogió Pascal: «No me buscarías, si no me hubieras encontrado ya».*

F.B.B.

Introducción

La historia y Jesús

La inmensa mayoría de la gente —los que le confiesan como Dios-Hombre y los que no— admite sin dudar la existencia histórica de Jesucristo, es decir, el hecho de que unos veinte siglos atrás vivió en esta tierra un personaje de familia judía, Jesús de Nazaret, el que en los evangelios se llama el Hijo de David, o del Artesano, Hijo de Dios o Hijo del Hombre, Hijo de María, o el Señor, y que según estas fuentes bíblicas, nació en Belén y murió crucificado en Jerusalén.

Para los cristianos, además de ser —como para todo el mundo— un dato cognoscible a través de los medios normales de adquisición de certeza, es también un hecho estrechamente relacionado con la fe que le propone la Iglesia fundada por Jesucristo: le llega por una tradición viva que se remonta a la época de los Apóstoles y enlaza con el mismo Cristo, y que en parte ha quedado plasmada en los libros del Nuevo Testamento, escritos por inspiración divina.

Por otro lado, gran parte del contenido de la fe proviene de Cristo mismo —Él es la plenitud de la

Revelación— y ha llegado hasta nosotros a través de los aludidos canales de transmisión. Se puede decir pues que ese hecho —que Jesús vivió en la tierra en un momento de la historia— está en el fundamento de la fe cristiana. Cabría aplicar aquí, adaptándolo, aquel argumento *«ad absurdum»* que san Pablo presenta a los corintios: «si Cristo no ha resucitado, vana es vuestra fe» (1Cor 15,17). Con mayor motivo se podría decir que sería inútil la fe, si Él no hubiera existido.

Por esto, llama la atención que, de tanto en tanto, se publiquen encuestas, de las cuales parece resultar que sólo una minoría piensa que se puede demostrar la existencia terrena de Jesucristo Hombre. Pero probablemente, no es que la mayoría no lo crea, sino que teme que no haya, de esto, prueba satisfactoria. Nos encontraríamos una vez más ante una actitud fideista: la que lleva a creer, a aceptar la verdad; pero sólo por un acto de voluntad, por una fe desnuda, sin que intervengan en ello criterios racionales.

¿Y por qué suceden estas cosas? Tal vez porque unos cuantos autores contemporáneos —si no queremos ir más lejos— han tratado este tema con superficialidad, con afán de sensacionalismo —el sueño de conseguir por este camino las grandes tiradas de los «best-seller»—, y a menudo copiándose unos a otros, sin comprobar datos y sin ir a las fuentes, han dejado sembrada una cierta inquietud en este sentido en lectores o telespectadores poco avisados.

El fenómeno ha de causar sorpresa en quien tenga un cierto conocimiento de la historia antigua, que sabe bien que no hay ninguna literatura que disponga de fuentes documentales tan ricas como

la de los libros de la Biblia, de algunos de los cuales —por lo menos, de fragmentos— existen copias hechas en una época próxima a la de su redacción. Así, por ejemplo, hay trozos del evangelio de san Juan que hablan de Jesucristo —concretamente el texto que recoge el diálogo entre Jesús y Pilatos (Jn 19)— que han llegado a nosotros en un papiro del primer cuarto del siglo II, que se conserva a Manchester, en la «John Rylands Library».

Y en Barcelona están los «Papyri Barcinonenses» que el Dr. Ramón Roca-Puig ha dado a conocer. Uno de ellos es seguramente de la mitad del siglo II, y contiene fragmentos del evangelio griego de san Mateo, los cuales —juntamente con otros que pertenecen al mismo códice, que se encuentran en Oxford, en el «Magdalen College», y han sido publicados por C.H. Roberts— son los documentos de ese evangelio más antiguos que se conocen.

Ya en la segunda mitad del siglo I, y en todo el siguiente, los testimonios orales y las citas escritas difunden el conocimiento recibido, de una figura que, con su palabra y sus hechos, comenzó a transformar el mundo.

¿Cómo se explicarían unos efectos evidentes sin que alguna cosa o alguien fuese de ello la causa proporcionada? ¿Por ventura tendría sentido que miles de mártires hubieran muerto confesando la fe en Jesucristo, y que éste no hubiera existido?

En el momento más fuerte de la expansión del marxismo, ¿se habría atrevido alguien a dudar de la existencia, cien años atrás, de Marx? Es posible que esté en extinción la raza de los creyentes en los postulados marxianos, pero nadie negará que, en Tréveris o en Londres, haya vivido aquel judío ale-

mán que ha provocado la conmoción que todo el mundo conoce.

Supongamos que se esté acabando la Revolución cultural china, que ya no se reediten los pensamientos de Mao, pero sus compatriotas que quieran olvidarlo, no podrán eliminar su nombre de las enciclopedias —por lo menos en las que hay en el resto del mundo—, o de los comentarios de quienes le han alabado o criticado.

Por lo que se refiere al cristianismo no solamente no ha habido un retroceso en su camino a través del mundo y del tiempo —digámoslo de paso—, sino que, a pesar de todas las crisis, ha tenido una progresión constante.

Como han afirmado no hace mucho tiempo dos judíos especialistas en historia de los orígenes del cristianismo —Shlomo Pines y David Flüsser, profesores de la Universidad hebraica de Jerusalén— no hay ningún motivo para desconfiar de la honestidad de las personas concretas que son autores de los cuatro evangelios y de los Hechos de los Apóstoles. Con los datos que estos libros nos ofrecen bastaría para dejar establecido definitivamente el hecho de la existencia histórica de Jesús de Nazaret.

Considerando empero que alguien podría decir que son parte interesada y que argumentan «*pro domo sua*», prescindamos de ellos, aunque sea por un momento, y limitémonos a consultar otros autores antiguos, contemporáneos suyos, o casi, y que desde fuera vieron el fenómeno cristiano, con indiferencia, con hostilidad, con simpatía, o con ironía.

No se puede negar que los romanos sobresalían por su organización administrativa y que, entre otros medios de trabajo, prestaban atención a los archivos. Se puede pensar que algunos de los grandes historiadores latinos extrajeron de allí datos sobre los seguidores de un movimiento religioso que se había iniciado por la acción de un tal Jesús de Nazaret, que fue condenado en tiempo del emperador Tiberio, mientras Poncio Pilatos era procurador de Judea.

Bastaría recordar una referencia, que resulta todavía más verosímil por el hecho de contener —cosa bien explicable— alguna imprecisión de lenguaje: Suetonio (75-160), en la *Vida de Claudio* (25, 3-4), escrita hacia el 120, dice que este emperador «expulsó de Roma a los judíos, que por causa de un tal Chrestus —'impulsore Chresto'—, siempre provocaban tumultos». Y es interesante notar que san Lucas, en los Hechos de los Apóstoles, hace una referencia a esta expulsión (Act 18,2).

No nos resistimos a citar a Tácito (54-119), cuando habla de Nerón y hace una descripción de cómo ve la vida de los cristianos en Roma, los relaciona con su origen, y menciona a Cristo («*Annales*», 13, 32). Alude a aquellos que el vulgo llama «chrestianos» y dice que «el autor de este nombre, Cristo, había sido llevado al suplicio por medio del procurador Poncio Pilato, cuando Tiberio era emperador».

Hasta ahora —incluso admitiendo en ellos, como en todos los historiadores, simpatías y antipatías— los romanos han sido tenidos por maestros de historia, y en general, por relativamente objetivos, y no hay motivo para minusvalorar sus testimonios.

Plinio el Joven (62-113) —que, como alto funcionario, escribe al emperador Trajano desde la provincia de Siria, pidiéndole criterios de actuación en relación con los cristianos—, menciona también

el nombre de Cristo («Informe sobre los cristianos» escrito a Trajano entre 111-113, en «Epistularum liber», 10,96).

No olvidemos tampoco a los escritores griegos, que a menudo se caracterizan por una tendencia al sarcasmo y a la ironía. Hay un autor —Celso—, del cual se han perdido las obras, pero una de ellas, escrita hacia el 178 —el llamado «Discurso verídico»,— se puede reconstruir casi del todo, a través de la crítica que de ella hace Orígenes (c.a. 185-253) en su tratado apologético «Contra Celso». El filósofo pagano arremete primero contra Jesucristo, recogiendo las objeciones que formularía un judío, y a continuación emprende un ataque general contra las creencias, tanto cristianas como judías; se burla de la idea misma de Mesías; y hace de Jesús un impostor o un mago.

No hay necesidad de refutar ahora las irrespetuosas afirmaciones de Celso; pero una cosa queda clara: tienen como objetivo desacreditar a un hombre que ha dejado una impronta en el mundo de aquel tiempo. No tendría, en efecto, ninguna necesidad de apostrofar a una persona que no hubiese existido nunca.

A mí, el texto que me resulta más sugestivo es el de Flavio Josefo (37-105), porque quiero ver a este personaje como una combinación de historiador de su época contemporánea, de ensayista y de periodista *«avant la lettre»*, papeles ciertamente bien atractivos para un hombre de hoy: era un judío que nació hacia los años en que Cristo moría y resucitaba, que asistió a acontecimientos importantes de su tiempo, como la destrucción de Jerusalén en el año 70 en la guerra de los judíos contra los romanos; era un nacionalista que se captó el

favor de los romanos; que no se convirtió al cristianismo, pero que demuestra un notable conocimiento de la vida y las obras de los seguidores de Cristo.

De Flavio Josefo nos ha llegado un texto, del cual tenemos dos versiones, una más amplia y otra más sobria. La primera es la que, en griego, se encuentra en las *«Antiquitates iudaicae»* —las Antigüedades judaicas—, un libro acabado hacia el 93: «Y en aquel tiempo existió Jesús, hombre sabio, si es lícito llamarlo hombre. Fue pues un realizador de obras admirables, maestro de los hombres que acogen la verdad con pasión; y atrajo así a muchos judíos y también a muchos gentiles. Este era el Cristo. A éste, los que primero le habían amado, no dejaron sin embargo de amarlo cuando, entregado por los principales de entre los nuestros, Pilatos lo condenó al suplicio de la cruz. Con todo, se les apareció redivivo el tercer día, y se cumplieron los vaticinios divinos, con éstas y otras obras suyas admirables. Y la gente de los cristianos, que lleva de él el nombre, perdura hasta hoy» (18, 3, 3).

A algunos, este texto les parece sospechoso de haber sufrido algún pequeño arreglo —por las alusiones a la condición divina de Cristo y al hecho de la resurrección—, pero no hay razones de peso, desde el punto de vista documental, para rechazar su genuinidad.

Otros especialistas —y entre ellos los antes mencionados Pines y Flüsser— tienen como primigenia una variante del texto en la cual no están las palabras que parecen dar a entender la divinidad de Jesús, y en cuanto a la resurrección, en vez de afirmarse ésta directamente, se dice allí que sus discípulos «informaron que se les había aparecido». Y el relato tiene un final menos categórico: «tal

vez era el Mesías sobre el cual los profetas habían predicho maravillas».

Los referidos profesores israelitas, la encontraron en un documento que ofrecía una antología de textos sobre estos temas preparada por un obispo árabe del siglo X: Mahbub ibn Qustantin, Agapios, en forma helenizada. El descubrimiento fue anunciado como un hecho importante, y la información, a través del New York Times, en 1972, dio la vuelta al mundo.

Con todo, aquella colección ya se conocía y había sido publicada a principio de siglo en Francia por un orientalista, A. Vassiliev, y con este motivo se lanzaron algunas hipótesis para explicar el posible paso del texto más breve, al más largo.

Si bien todo esto no era una novedad, constituía una muestra evidente del interés que se reconoce a una mención explícita de Cristo, ciertamente sugestiva.

Un criterio elemental en estas materias es que, lo que vale, son los documentos, y no las suposiciones, sospechas o prejuicios que no tienen apoyo en los testimonios escritos, y que el peso de los primeros se ha de tener como válido, mientras no se demuestre lo contrario.

Y esto es lo que sucede con los textos que se pueden aducir para probar la existencia de Cristo: los de autores cristianos, de judíos o de paganos.

De Belén a Jerusalén: Una cuestión histórica

Alrededor de Navidad, en los medios de comunicación, más de una vez se han planteado cuestiones sobre el nacimiento de Jesús y, en cuanto al lugar, alguien ha colocado un interrogante al nombre de Belén, y ha hecho reservas al valor histórico de la narración del evangelista Lucas. Es un tema que, obviamente, interesa no sólo a los cristianos, con ocasión de Navidad y de las fiestas que se celebran en este tiempo, sino también a todos los demás hombres y mujeres, porque, entre otros motivos, afecta al calendario usado en el mundo entero, y por tanto a cada persona, y todos los días.

Es cierto que san Lucas, el compañero de san Pablo, antioqueno, de cultura clásica, médico, que realiza un trabajo bien hecho, con diligencia, con acribía (Lc 1,3), no quiere escribir —como tampoco los otros evangelistas— una biografía de Jesús propiamente dicha, sino más bien ofrecer, en un contexto verdaderamente histórico, un resumen de la predicación cristiana.

Y no hay motivo para pensar que el valor de los dos primeros capítulos —los que tratan de la infancia de Cristo— haya de ser menos sólido que el del resto de su evangelio, porque, si bien los testigos oculares de los hechos relatados, como es lógico, no eran los apóstoles, el autor, cuando preparaba el libro, no más allá del año 62, podía probablemente recurrir a un testimonio verdaderamente de excepción: la Virgen María, cuando vivía aún en la tierra.

Esto estaría de acuerdo con el plan de trabajo, expuesto en el Prólogo de su Evangelio (Lc 1, 1-4), donde dice que se ha informado de todo desde el principio, o que ha ido hasta el fondo, con diligencia. ¿Quién podría explicar mejor todas esas cosas que María, la cual, mientras todo ello sucedía, lo observaba atentamente y lo ponderaba en su corazón (Lc 2,1). Lucas pues, no tenía necesidad de

utilizar la fantasía, porque podía partir de hechos reales que conocía de primera mano. Por otra parte —esto ocurre incluso en la vida vulgar— la realidad, supera a veces la ficción. Es lógico que la Madre de Dios, a veces, contara detalles de los hechos de los cuales había sido protagonista y espectadora, tales como la relación con sus parientes —los padres de san Juan Bautista, el Precursor—; el nacimiento de Jesús, y las circunstancias que lo acompañaron; el cumplimiento de las prescripciones de la Ley, etc.

Con todo, Lucas no pretende hacer una enumeración exhaustiva de los episodios que hayan de trazar todo el itinerario de aquella parte de la vida de Jesús, sino solamente de aquello que ha de servir de marco a su evangelio. Así, por ejemplo, no narra la visita de los Magos, ni el sacrificio de los Inocentes, o la estancia en Egipto, que siguió a ello (Mt 2), porque no era necesario para su esquema y además, se trataba de hechos ya relatados por san Mateo, y no parecía que le preocupase ningún problema de concordancia con el otro evangelista, o que pudieran quedar cabos sin atar.

Tanto un evangelista como el otro, van dando aquí y allá precisiones cronológicas, geográficas, arqueológicas, etc., que se pueden relacionar entre ellas, y parangonar con otras de historiadores profanos.

Así, es Lucas quien relaciona el nacimiento de Cristo con el censo que ordena el emperador Augusto, y que debió de efectuarse según el sistema habitual de cada región del Imperio.

En el relato menciona a Quirino, al cual no aplica el nombre de «gobernador» —como escriben a veces los traductores— sino que, con expresión

intencionadamente genérica, da a entender que era él quien «mandaba» (*hegemoneúontos*) en Siria. Tenía el mando de las tropas, función de importancia capital en tiempo de empadronamiento, en territorios como aquél, que el nacionalismo hacía conflictivos, mientras que el gobernador propiamente dicho podía ser otro. Y, según parece, él lo fue más tarde, después de la muerte de Herodes. No se ve pues, en esto, discordancia con la historia y, una vez más, es de admirar la meticulosidad de Lucas a la hora de ofrecer datos.

Por otro lado, es Mateo quien, con la precisa relación de un hecho, con la alusión a la muerte de Herodes, nos da un dato muy importante para fijar la cronología exacta del nacimiento de Jesús.

Este no puede haber nacido después del año 750 (de la Fundación de Roma), el cual —según el historiador judío Flavio Josefo, que vivió entre los años 37 y 105 de nuestra era— es el de la muerte, en Jericó, del rey de Palestina, Herodes el Grande. Esto hace retroceder unos años (de 4 a 6) el nacimiento de Cristo, respecto a la fecha (753), que fijó con sus cálculos el monje Dionisio el Exiguo, en el siglo VI.

Y dice Mateo que, a la muerte de Herodes, José, que estaba en Egipto, no quiso volver a Judea porque allí reinaba Arquelao en el lugar de su padre Herodes (2,22), y la Sagrada Familia se trasladó a Galilea, a Nazaret. Y esto es coherente con lo que sabemos: que Herodes, al morir, distribuyó el reino —un reino tributario de los romanos— entre sus hijos. Y habiendo heredado Arquelao, junto con aquel territorio, también la crueldad de su padre, fue depuesto por los romanos, y el territorio que le había correspondido pasó a ser gober-

nado por un procurador. Esto explica que en los días de la pasión de Jesús, surgiera una cuestión de competencia a propósito del juicio: comoquiera que éste iba a celebrarse en Jerusalén, la autoridad competente había de ser Poncio Pilato, pero cuando éste oye que Jesús es de Galilea, lo remite al tetrarca de aquella región —un hijo de Herodes que también se llamaba así—, que en aquellos días estaba en Jerusalén (Lc 23, 6-12).

Y esto cuadra con los datos que ofrece Lucas para situar en la historia el inicio de la predicación de Juan, que precede de poco el comienzo de la vida pública de Cristo (Lc 3, 1-6), en los cuales menciona a los que tenían autoridad política o religiosa en Palestina. El emperador que se cita allí es Tiberio César.

Y Dionisio estableció la fecha del nacimiento de Cristo, basándose en los detalles relativos a este personaje, pero hace una simplificación. Lucas dice, en efecto, que Jesús tenía «unos treinta años» cuando fue a ver a Juan para ser bautizado (3,23), y que el inicio de la predicación del hijo de Zacarías (que debió de producirse poco antes del hecho relatado) fue el año 15 de Tiberio. Dionisio calcula aquel año 15 a partir de la muerte de César Augusto (767) y lo sitúa pues en el 783; de esta cifra resta 30 años justos y cree así encontrar el año del nacimiento de Cristo, que fija en el 753 (de la Fundación de Roma), que de esta manera se convirtió en el año 0 de la era cristiana. Había conseguido una aproximación estimable, pero no una absoluta exactitud.

Se hubiera tenido que hacer retroceder la fecha del año 0 —el 753— quizá unos 6 años, pues la fórmula de Lucas «unos treinta años» bien podía indicar 35 o 36. Una diferencia de este tipo se

explica por distintas razones: por una parte, el comienzo del reinado de Tiberio puede contarse de dos maneras: desde la fecha misma de la muerte de Augusto (767 a.U.c.) o desde dos años antes (765), cuando éste hizo a Tiberio adjunto suyo, para preparar la sucesión.

Y, si bien está claro que el nacimiento de Cristo ha de ser anterior a la muerte de Herodes, la distancia entre esos dos eventos no se puede precisar con los datos que se tienen, porque no sabemos cuánto tiempo había pasado desde el nacimiento hasta la adoración de los magos —que tuvo lugar en Belén—, y el que pudo transcurrir entre ese episodio —con la repentina huida a Egipto que le siguió, y la estancia en este país— y la muerte del citado Herodes. Hay que tener en cuenta que, a la llegada de los magos, ese rey estaba en Jerusalén (Mt 2, 1-12), y según lo que sabemos por Flavio Josefo, murió en Jericó, después de haber estado en un balneario, y en todos esos espacios de tiempo puede haber una oscilación, entre un máximo y un mínimo.

Cuando hasta el presente ha sucedido, que se creía inexacto un dato ofrecido por Lucas, se ha visto después, que o bien se había leído mal, o que existía una explicación para el aparente error. No hay tampoco motivo para pensar ahora que en la cuestión del nacimiento y en todos los acontecimientos que le sucedieron, no haya sido igualmente riguroso.

El prestigio de Lucas, como historiador honesto, reconocido desde siempre, tiene derecho a gozar del favor de la prueba. Los que nieguen el valor histórico de algún punto son los que han de demostrar su pretensión, sin que valgan afirmacio-

nes gratuitas, ni las referencias a cualquier libro acabado de publicar. Ha de aplicarse en cierta manera el principio jurídico que evita incertidumbres inoportunas: «*melior est condicio possidentis*», está en mejor condición quien tiene la posesión.

También en el caso de un autor tan serio como Lucas, la presunción de verdad ha de estar a su favor. Los que niegan —como es el caso de los que, con Bultmann, propugnan la desmitologización de los evangelios— no han de dar como cierto aquello que, según ellos, es sólo lo que puede haber sucedido. En cosas como éstas no bastan las hipótesis, ya que en principio lo que cuenta son los documentos.

Y la verdad es que no han aparecido documentos que rebajen el valor histórico de los evangelios, y que en favor de ellos están, en cambio, muchos testimonios antiguos, y tradiciones que dependen de ellos.

ANTINOMIAS

«Y cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo, nacido de una Mujer, nacido bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley, para que recibiéramos la adopción de hijos» (Gál 4,4).

Este texto de san Pablo se presta, especialmente por Navidad, a muchas reflexiones, y sugiere antinomias —aparentes contradicciones— que se hacen manifiestas al considerar el misterio de la Encarnación —del Verbo que «se hizo Carne y habitó entre nosotros» (Jn 1, 14) el cual, sin dejar de ser Dios, se hizo Hombre, «Dios Perfecto y

Hombre Perfecto»—, y «que, subsistiendo en la condición divina se anonadó a sí mismo, tomando la forma de siervo, hecho conforme a lo que son los hombres» (cfr. Flp 2,5-11):

— Dios ha prescindido de su gloria externa y se ha hecho un Hombre corriente (cfr. Flp 2,5-11).

— El que era Invisible, se ha hecho visible en la Carne de un Hombre.

— La Omnipotencia se hace Infante desvalido.

— El Inmutable es ahora un Niño que ya ríe, ya llora.

— La Omnisciencia es un Infante que aprende.

— El Impasible se prepara para sufrir.

— El Inmortal es ahora un Hombre que se encamina hacia la muerte.

— El Dios inaprensible se deja coger en un Niño que podemos estrechar con nuestros brazos.

— El Dios incomprehensible se hace conocer por la palabra y el gesto de un Hombre.

— El Immenso se ha limitado, en el espacio, en el cuerpo de un Infante.

— El Acto puro —Espíritu purísimo— no ha desdeñado asumir un espíritu unido a la materia.

— La Palabra eterna se hizo voz en el tiempo.

— El Eterno se adapta al paso del tiempo: de los años, las estaciones, los días, las horas.

— El Padre hace conocer la paternidad eterna a través del nacimiento temporal de su Hijo.

— El que era rico se ha hecho indigente, para que con su pobreza nosotros seamos ricos (cfr. 2Cor 8,9).

— El Creador se ha hecho creatura.

— Dios se ha hecho... un Niño para que te le acerques con confianza (cfr. J. Escrivá de Balaguer, Camino, 94).

— Dios se hace un Niño para que nosotros seamos adultos en Cristo.

— El Dios lleno de poder y majestad se muestra en la sencillez de un Hombre como todos.

— Dios se ha hecho igual a cada uno de los hombres, excepto en el pecado.

— El que es el Santo, y no tiene pecado, ha sido constituido víctima por los pecados del mundo (cfr. 2Cor 5,21).

— Dios ha cargado encima de su Hijo los pecados de los hombres, para que nosotros quedemos libres de los nuestros.

— El que es Amo y Señor se ha hecho Sirviente y Esclavo.

— El que es el Hijo de Dios se llamará también Hijo del Hombre para que, igualmente, a la inversa, el hijo del hombre llegue a ser hijo de Dios (cfr. S. Agustín, Sermón 185).

Son paradojas que se explican así: en la Persona del Dios-Hombre se encuentran, unidas, las dos naturalezas —la divina y la humana—, y todo lo que es propio de cada una de ellas, se puede predicar de la otra, a través de la Persona de Jesucristo, que es una sola, y por esto son correctas —aunque sorprendentes— expresiones como éstas, aplicadas a Jesús: el Dios que ha nacido; o el Dios que ha muerto; el Hombre que lo sabe todo; o el Dios que aprende.

Es aquello que en lenguaje teológico se llama «*communicatio idiomatum*», comunicación de idiomas, entendiendo aquí este último término, de acuerdo con su etimología, como aquello que es propio de cada naturaleza: la intercomunicación de las propiedades de ambas naturalezas, que pasa por la Persona del Verbo hecho Hombre, y permite tales cambios audaces de adjetivos y verbos.

Este gusto por las paradojas —jugando con la Muerte y la Resurrección- debía de tenerlo el autor de una lápida funeraria que se puede leer en un antiguo cementerio de la Segarra. Ofrezco aquí el texto a los amadores de la lengua latina, como un fácil ejercicio de toda la serie de los casos del singular de la tercera declinación: «*Mors mortis*, *morti*, *mortem*, *morte*, *dedit*» (la Muerte de la muerte, a la muerte, dio muerte, con la muerte).

De estas maneras y de otras parecidas «se ha manifestado la benignidad y el amor a los hombres, de Dios Salvador nuestro» (Tit 3,4), como escribe otra vez bellamente san Pablo.

Las lenguas que sabía Jesús

Aunque, como dice la Escritura, Dios domina toda ciencia —y conoce toda palabra (cfr. Sab 1,5-7)— no ha de ser una digresión inútil preguntarse si Jesús, por lo que respecta a la ciencia experimental adquirida a lo largo de su vida como hombre, además de la lengua materna —el arameo— y la de la Sinagoga —el hebreo— dominaba el griego: la lengua culta que los soldados y funcionarios del imperio fundado por Alejandro Magno, provenientes del país de Homero, Platón y Aristóteles, habían implantado tres siglos antes en el Oriente Medio y en buena parte del Mediterráneo, por lo menos como vehículo de comunicación internacional.

He aquí algunos elementos que pueden ayudar a preparar una respuesta: José y María —las personas que más de cerca habían de cuidarse de los aspectos primordiales de la educación humana de

Jesús, vivían en Nazaret, en Galilea, en el extremo Norte de la Tierra Santa (Lc 2,39-40), al lado de países de gentiles donde el griego era lengua común: Tiro y Sidón —en Fenicia, a orillas del Mar Mediterráneo—, Siria, y junto a regiones con nombre griego, como la Decápolis. Justo después de nacer el Salvador, en Belén, en el corazón de Judea (Lc 2,17), las personas de la Sagrada Familia —Jesús, José y María— han de tener la experiencia del exilio y van hacia el Sur, a Egipto (Mt 2,13-18), un país helenizado, donde el griego debió de ser el habla que aquel Niño precoz oyó en los obligados contactos con la gente. Y cuando regresan, no van a Judea, zona más bien cerrada a otras lenguas que no fuesen las autóctonas, sino al lugar inicial, a Nazaret, en «el camino del Mar, la Galilea de los Gentiles» —como la describen las palabras del Profeta Isaías que refiere san Mateo— por donde transitaban comerciantes y viajeros (Mt 4,15-16; cfr. Is 9,1-2).

Y después en aquella región donde transcurrió la mayor parte de su vida terrena, se rodea de gente variada, y entre sus apóstoles no faltan los que procedían de regiones influidas por la civilización helénica o con nombres como Felipe y Andrés, que bien podría llevar un griego.

Y los evangelistas no dicen que necesitara intérprete, cuando reproducen, de una salida a Sidón, un juego dialéctico vivo, en el cual una mujer sirofenicia pide a Jesús la curación de una hija (Mt 21-22), o relatan que un grupo de gentiles, introducidos por Felipe, quieren ver al Señor (Jn 12,20-36). En el Calvario, son los que le han condenado a muerte quienes utilizan el griego —junto con el hebreo y el latín— para escribir, en un cartel colocado en la parte alta de la Cruz, el título de la causa, para que lo entendieran todos: judíos, griegos y romanos (cfr. Jn 19,19-20).

Y volviendo a la cuestión propuesta: si no eran pocos los compatricios que sabían el griego, ¿acaso no era conveniente que lo entendiera Jesús, Él que, además, había estado en condiciones favorables para aprenderlo?

Sea cual sea la respuesta, pienso que esta divagación no habrá sido inútil si ha de servir de estímulo a alguien para que estudie ahora griego, o bien inglés o francés, alemán o italiano, ruso o chino, con el afán de disponer de otro vehículo de comunicación para las relaciones humanas, la cultura y la fe.

Un Dios que aprende

Es bonito leer en el evangelio de Lucas, hablando de Jesús, que el Niño «crecía en sabiduría, edad y gracia ante Dios y los hombres» (Lc 2,52).

El Eterno quiso someterse al paso del tiempo, de forma que, mientras estaba en la tierra, su edad de hombre se contara por años, y recorrer todas las etapas del desarrollo corporal. En los textos sagrados una serie de pasajes lo ponen de manifiesto: concebido por obra del Espíritu Santo en el seno materno (Lc 1,26-38), en el inicio de la etapa que culmina en el nacimiento. Después será el recién nacido (Lc 2,6), el niñito (Lc 2,17), el niño (Lc 2,43), el adolescente de doce años —Jesús— que sube al Templo y hace preguntas a los doctores de la Ley (Lc 2,41-52), el hombre de unos treinta años que va a encontrar a Juan el Bautista (Lc 3,23) y

que, unos tres años más tarde sufre la pasión (Jn 18-19), muere el viernes santo (Jn 19,31-37), y resucita al tercer día, al alba del domingo (Jn 20,1-1).

Sin embargo, a los que se escandalizan por la seguridad con la que dice las cosas: «¿todavía no tienes cincuenta años y ya has visto a Abraham?» —le replican— les responde con la autoridad de quien es también Dios Eterno: «antes de que Abraham fuese, Yo Soy» (Jn 8,57-58), utilizando este verbo en presente, un presente eterno que engloba el ayer, el hoy y el mañana.

Y por otra parte, el que tiene la infinita Plenitud de la Gracia y es el Autor de toda gracia, la manifestaba como hombre, por etapas, a todo el mundo.

Pero, ¿cómo crecía en sabiduría el que era el Omnisciente? Está claro que, siendo Dios, lo conocía todo. Y también hay que decir que, Hombre Perfecto, no se quedaba atrás en ningún aspecto de la ciencia, en comparación con cualquier otro hombre: desde el primer instante de su vida humana había recibido toda la ciencia infusa que le había de ser conveniente, dejando aparte el hecho de que, gozando plenamente de Dios, tenía también la ciencia de los bienaventurados del Cielo. Y con todo, su sabiduría crecía. Es que entraba en juego la ciencia experimental: muchas de aquellas cosas que ya sabía por las otras formas de su altísima ciencia, las comprobaba como hombre en la realidad mundana. Escuchaba a sus padres de la tierra, aprendía las palabras y se le pegaba de ellos hasta el timbre de la voz o el gesto; oía los sermones en la sinagoga; se ejercitaba en el oficio de quien le hacía de padre.

Se fijaba en los demás: en la mujer —quién sabe si su Madre— que ha perdido una moneda, y barre la casa de un extremo a otro hasta que la encuentra (Lc 15,8-10); o en los niños que juegan y cantan en la plaza (Mt 11,16-17); observa con agrado cómo la viejecita pobre deja una pequeña moneda en el lugar de las limosnas del Templo (Mc 12,41-44). Y es del todo verdad que Jesús «se admiraba», cuando veía bellos ejemplos, actos de virtud (cfr. Mt 8,10). Se admiraba al oir lo que no sabía de esta manera, aunque ya lo conociera de otra, el que era Hombre Perfecto y Dios Perfecto.

Es verdad igualmente que en la misma Persona —¡oh sorprendente antinomia!— Dios aprendía y el hombre lo sabía todo.

EL PADRENUESTRO, PLEGARIA COMPLETA

Está claro que la religión cristiana no es sólo un sentimiento vago, sino una adhesión a la persona de Cristo y a todo lo que Él propuso, y que se resume en lo que se ha de creer —la fe—, lo que hay que rezar —la oración—, y lo que se ha de hacer —la conducta moral.

Para facilitar el aprendizaje de estas cosas, Jesús ha dado compendios, más largos o más cortos, que se encuentran en el Evangelio. Entre ellos hay uno al que se ha reconocido siempre un gran valor como resumen de la fe y de lo que ha de ser la vida cristiana: el padrenuestro, que es la oración que Él ha enseñado. Se encuentra dentro del contenido del Sermón de la Montaña (Mt 6,9-15; Lc 11,1-4).

En él se encuentra todo. En las primeras palabras, *Padre nuestro*, la condición del hombre, por lo que se refiere a su relación con el Creador: es hijo de Dios. De esta magnífica realidad se derivan to-

dos los matices de la actitud religiosa y, en concreto, el deseo de tratar a Dios como Padre. Y esto es al mismo tiempo un motivo de exigencia —nobleza obliga—, pero también de confianza.

Por esta razón se anhela que, también en la tierra, Dios sea conocido y amado: que sea santificado su Nombre.

Y también por esto, uno se identifica con su Voluntad, y los acontecimientos —incluso los que naturalmente costaría aceptar— se nos aparecen así como manifestación de lo que Dios considera como lo que más conviene a las personas que ama.

Se hace en él un acto de esperanza: se pide que venga su Reino. Y éste, que tendrá su plenitud en el Cielo, comienza ya de alguna manera en la tierra: la Iglesia, el Pueblo de Dios, que es medio de salvación.

Recordamos en él que todo lo que tenemos o podemos tener es suyo, viene de Él. Por esto, le pedimos el pan cotidiano. Nos referimos al pan material, por supuesto, pero también al del espíritu. Y así, muchas personas, —aun sin saberlo—, se muestran abiertas a acoger todo aquello que Dios tiene dispuesto para alimentar la vida cristiana: los sacramentos, por más que muchas veces no sepan cuáles son, ni qué son. Y el deseo de recibirlos, aunque sólo sea explícito, tiene su eficacia santificadora.

También reconocemos allí nuestra condición de pecadores: *Perdónanos nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden*. Es un acto de contricción, que va acompañado del propósito renovado de evitar en el futuro las faltas. Por esto rogamos a Dios que no permita que nos quedemos enredados como en la red de la tentación.

Y se termina, solicitando de Dios que nos libre del Maligno, y con él, de todo mal —ya se entiende que se trata del mal moral— porque las otras cosas que llamamos males: los sufrimientos, las enfermedades, los fracasos, no son propiamente males, si bien, con esa confianza de hijos, rogamos a Dios que también nos los evite.

Por esto, hay muchas personas que tienen tanto aprecio por el padrenuestro, y tanta confianza en su eficacia. Y por este motivo, si faltan los auxilios espirituales completos —cosa que desgraciadamente hoy día sucede con tanta frecuencia—, mover a alguien a rezar bien el padrenuestro, puede ser la mejor ayuda en la hora de la muerte.

La Pasión

La historia de la Pasión de Jesús contiene la más completa suma de los sufrimientos físicos y morales, que debían de ser para Él más dolorosos, por la exquisita sensibilidad de un hombre con una naturaleza del todo pura, no dañada por las consecuencias de ningún pecado —ni original ni actual— y por el hecho de su omnisciencia, tanto por la ciencia divina, como por la humana —la infusa, la beatífica, y también el conocimiento adquirido de las Escrituras— por la cual conocía, hasta los más pequeños detalles, todo lo que estaba previsto que sufriera, con todas las circunstancias de tiempo y lugar.

Jesús Resucitado da alguna breve explicación del sentido de su pasión: «¿acaso no convenía que el Cristo padeciera (*pathein*) y así entrara en su gloria?» (Lc 24,26), dice a los discípulos de Emaús,

después que éstos han recordado «cómo los sumos sacerdotes (*archiereis*) y nuestros príncipes (*archontes*) lo entregaron para una condena a muerte (*eis krima thanatou*) y lo crucificaron (*staúrosen*) (Lc 24,20). También en la catequesis oral, los apóstoles, presentan breves resúmenes de la pasión. Pedro habla al centurión Cornelio, de Jesucristo: «al que mataron (*on kai aneilan*), suspendiéndolo en el madero» (*kremásantes epí xylou*) (Act 10,39); y al pueblo de Jerusalén, le predica, de «Jesús, su Hijo (*paida autou*) (de Dios), que vosotros entregasteis (*paradókate*) y negasteis delante de Pilato, aunque éste juzgase que se le había de soltar. Y vosotros negasteis al Santo y al Justo (*ton Hágion kai Díkaion*), y pedísteis que se os diera un hombre homicida, y matasteis al autor (*ton archegon*) de la vida, al cual Dios resucitó de entre los muertos, y de ello nosotros somos testigos» (Act 3,13-14).

Pedro, en la primera epístola, hace un bello resumen de los sufrimientos de Cristo, donde se ve no solamente su valor expiatorio, redentor, sino también un ejemplo de la actitud que se ha de tener ante el dolor, físico o moral: «Cristo ha sufrido por vosotros, dándoos ejemplo, para que sigáis sus pisadas. El que no ha cometido pecado, ni en cuya boca se ha encontrado dolo; que, cuando era maldecido, no maldecía, cuando padecía no amenazaba, sino que se entregaba a aquel que lo juzgaba injustamente; El que ha llevado nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que, muertos a los pecados, vivamos para la justicia; por cuya herida habéis sido sanados» (1Pe 2,21-25).

Muchos de los detalles, especialmente los relativos a los aspectos físicos, quedan ya referidos en páginas anteriores, a propósito de los verbos que expresan las acciones de que es sujeto, activo o pasivo, Jesucristo: «entonces Pilato tomó a Jesús y lo flageló» (Jn 19,1), «y llevando su cruz, salió hacia el lugar llamado del Calvario, y en hebreo Gólgota, donde lo crucificaron» (Jn 19,16-18); «y Jesús, profiriendo un gran grito, expiró» (Mc 15,37).

Los de orden moral son, por ejemplo, la traición de Judas; y, si bien fueron por debilidad, las negaciones de Pedro (Mt 26, 58,69-70), y el abandono de sus discípulos (Mt 26,56); las blasfemias contra Dios, y por tanto también contra Él mismo (Mt 27,39-44); el rechazo de su condición divina (Jn 19,7); las burlas (Mt 27,27-31); la ignominia de un juicio injusto, donde encontramos falsas acusaciones, utilización de testigos falsos (Mt 26,57-62); el hecho de presentar como motivo de su condena la desfiguración de su misión —buscan en ella una razón humana: la de dar un carácter político a su realeza (Jn 19,12)— la cobardía y la crueldad del procurador romano (Mt 27,11-26); su preterición ante un homicida (Jn 39,40); los insultos de la gente (Mt 27,39-44), y de uno de los dos ladrones crucificados con Él (Lc 23,39); y podemos imaginar su dolor, ante el sufrimiento de quienes lo compadecen, como las mujeres de Jerusalén (Lc 23,27-31), o su madre (Jn 19,25-27).

Jesucristo no es superado por nadie, en ningún valor verdadero: «para que en todo tenga la primacía (*hina génetai en pasin autón proteúon*); porque plugo (a Dios) hacer habitar en Él toda la plenitud (*pan to pléroma*) (1Col 1,18-19). Así se podría decir que, con todo esto, alcanza también el «*pléroma*» —la plenitud— del dolor. Y si consideramos que el dolor asumido con fortaleza, y en cumplimiento de la Voluntad del Padre, es un valor hu-

mano y sobrenatural, tampoco en esto nadie le ha aventajado. De esta manera, las palabras del prólogo del evangelio de san Juan: «y de su plenitud (*ek tou plerómatos autou*) todos hemos recibido» (Jn 1,16), valdrían para todos y cada uno de los momentos de la vida del Verbo, tanto en su preexistencia eterna, como en la culminación de su redención.

PALABRAS Y SILENCIOS DE CRISTO

El Verbo, la Palabra Perfecta del Padre, voluntariamente se anonadó en la Encarnación, adaptándose a las limitaciones de las lenguas humanas, pero utilizándolas con tal dominio, que todos le escuchaban con gusto: «cuando acabó Jesús estas palabras —las del Sermón de la Montaña— la gente se admiraba de su doctrina, ya que les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como sus escribas» (Mt 7,28-29), y unos guardas dicen con razón a los miembros del sanedrín: «nunca nadie ha hablado como este hombre» (Jn 7,46). Con todo, durante la pasión destacan más sus silencios: «*Iesus autem tacebat*» —y Jesús callaba (cfr. Mc 16,61)—, y en aquellos días se mostró «como un manso cordero, que es llevado al sacrificio» (Jer 11,19), hablaba cuando la caridad se lo pedía, o el respeto a la autoridad humana lo exigía.

En la cruz donde muere, en la culminación de su sacrificio redentor, se expresa sobre todo con la presencia, con la mirada, con la elocuencia de sus gestos, con los hechos, de manera que «la aspersión de su sangre, habla mejor que Abel» (Hebr 12,24).

LAS SIETE PALABRAS

Con todo, los evangelios han recogido unas cuantas frases de Jesús, pronunciadas desde la Cruz —unas más largas, otras más breves— que se han denominado las «Siete Palabras», donde se resumen puntos capitales de su doctrina.

Son las siguientes:

1. *«Padre, perdónales porque no saben lo que hacen» (Lc 23,34)*
2. *«En verdad te lo digo: Hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lc 23,43)*
3. *«Dice a su Madre: Mujer, ahí tienes a tu hijo. Después dice al discípulo: ahí tienes a tu Madre (Jn 19,26)*
4. *«Elí, Elí, lamma sabacthani», esto es, Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado (Mt 27,46; cfr. Mc 15,34)*
5. *«Sitio», tengo sed (Jn 19,28)*
6. *«Todo se ha cumplido»: («consummatum est») (Jn 19,30)*
7. *«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23,43)*

Con la sobriedad que el tema requiere, digamos algo de cada una de ellas:

1. *«Padre, perdónales porque no saben lo que hacen» (Lc 23,34)*

Jesús confirma con el ejemplo lo que había enseñado en otras ocasiones: «Amad a vuestros enemigos; haced el bien a los que os han odiado. Bendecid a los que os maldicen, y rogad por los que os calumnian. Y al que te golpea en una mejilla, mués-

trale la otra; y al que se te lleva el vestido, no le impidas cogerte la túnica (Lc 6,27-30; Mt 5,43-48). Es lo que, de manera sumaria se aplica, en el Padrenuestro, a los hombres, pecadores: «y perdónanos nuestras deudas (o nuestras ofensas), así como nosotros perdonamos a nuestros deudores (o a los que nos ofenden)» (Mt 6,12).

Se refiere, seguramente, a todos los que contribuyeron a la pasión y muerte de Cristo: no sólo a los que tenía delante, los soldados romanos, ejecutores materiales de la condena decretada por el gobernador Poncio Pilato, sino también a los que directa o indirectamente, fueron causa de ello: los que llevaron el asunto ante la autoridad romana, ya que a ellos la ley no les permitía aplicar una pena de muerte, e indujeron a la multitud reunida ante la autoridad a gritar *«tolle, tolle, crucifige Eum!»*, «¡quita, quita, crucifícale!» (Jn 19,15) —la clase dirigente de los judíos, y en concreto la mayor parte de los miembros del sanedrín—, y también el discípulo que lo traicionó, Judas Iscariote.

Aunque se hace muy difícil no ver en ello culpa, de una manera o de otra, en la conducta de todos los que se consideran sus enemigos, pide perdón para ellos, aduciendo la ignorancia con que actúan, ya que no conocen su condición divina, y de esta manera no serían plenamente conscientes de su pecado de deicidio. Así lo dará a entender Pedro en un discurso al pueblo: «y ahora, hermanos, sé que lo hicísteis por ignorancia, y también los que os mandan» (Act 3,17).

Es verdad que algunos tenían presente lo que Él había dicho, y se lo habían reprochado como blasfemia, que, «a pesar de ser un hombre, te haces Dios» (Jn 10,33), e incluso en el caso de éstos

Jesús parece querer salvar su intención, como si en el trato que se da ahora a su Persona, sucediera ya aquello que Él anunciaba para sus discípulos: que quienes les mataran, lo harían *«putantes se obsequium praestare Deo»* (Jn 16,2), pensando que realizaban una cosa agradable a Dios.

En esto han imitado a Jesús los hombres de Dios, los santos, como el que ha aplicado estas palabras evangélicas a propósito de las incomprensiones que ha provocado su servicio a Dios, a la Iglesia y a las almas, y que no han considerado nunca a los perseguidores como a enemigos, sino como instrumentos de los que Dios se ha servido para purificarles, para hacerles participar de su cruz.

2. *«En verdad te lo digo: Hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lc 23,43)*

Según lo que parece, en un primer momento, los dos ladrones insultaban a Jesús, pero después —quién sabe si por la actitud del Dios-Hombre en el patíbulo, su mirada, la caridad que tiene con todos, la paciencia, la serenidad—, el Buen Ladrón, a quien la tradición popular ha dado el nombre de Dimas, se siente tocado por la gracia de Dios, y toma la defensa de Jesús, haciendo notar su inocencia, y reprende al otro compañero que blasfema.

Jesús, el Mesías, no ha dejado de cumplir, ni en el mismo trance de la cruz, su misión evangelizadora: llama a aquel hombre a la conversión y a la penitencia, le hace conocer su condición divina, y le abre las puertas del Cielo.

El Buen Ladrón no debía de saber exactamente lo que le pedía: «Acuérdate de mí cuando llegues

a tu Reino» (v.42), pensando tal vez en la venida regia del Mesías, rodeado de majestad, con vistas a un reino terreno. Y Jesús, aprovecha aquel deseo de una cosa buena, pero más bien pobre, y le promete más de lo que pedía: le dice que hoy estará con Él en el paraíso.

Uno se pregunta qué significa, en las palabras de Jesús, «el paraíso» en que estarán «hoy». Se puede pensar que aquel «hoy» tiene una duración indefinida, y más, cuando, inmediatamente, dejarán las ataduras de espacio y tiempo propios de la tierra, para encaminarse a la eternidad. Y para los dos que se intercambian aquellas palabras, es un «hoy» que seguidamente se hará eterno, y Cristo se llevará, «cautiva la cautividad» (Ef 4,8): todos aquellos que constituyen la porción de pueblo formado por los que viven de la esperanza, los que habitan en el Seno de Abraham.

En cualquier caso, el que está con Él se puede sentir ya en el paraíso, porque, del cielo, posee lo que es más importante, la compañía de Dios, y el alma de Dimas, separada de su cuerpo, perdonados sus pecados, y llena de la gracia santificante, en la plena esperanza, disfruta ya de la promesa de la gloria.

También los apóstoles que Jesús se llevó consigo al Tabor para que fueran testigos de la Transfiguración —Pedro, Juan y Santiago— se encontraban bien a su lado, en aquella anticipación del Cielo, donde vieron a Moisés y Elías, todo lo cual hizo decir a Pedro: «Qué bien se está aquí. Hagamos tres tiendas» (cfr. Mt 17,1-13).

Aunque sea con las características propias de una parábola —la del hombre rico, a quien se ha dado el nombre de Epulón, y de Lázaro, el mendigo— el Divino Maestro describe aquel lugar con trazos muy vivos, y en la narración evangélica se marca el contraste entre un lugar de esperanza, donde se encuentra Lázaro el pobre, y otro, de tormentos, donde va a parar el rico sin caridad (Lc 16,19-31).

A Dimas pues le tocaba aún esperar un poco: con Jesús, tenía que bajar a los infiernos, es decir, al Seno de Abraham, el lugar, antesala del cielo, donde estaban los justos muertos antes de la venida de Cristo, a los cuales Éste, una vez muerto, había de ir a visitar, para llenarlos de gozo, y al resucitar, llevárselos con Él a la gloria (1Pe 3,19; Ef 4,9 y ss.).

Una cuestión que no toca directamente las palabras de Cristo, pero que tiene relación con el ambiente de aquellos momentos la plantea una increpación del Ladrón bueno, al otro: «¿Ni tú temes a Dios, cuando te encuentras en el mismo suplicio?» (*oudé phobé sy ton Theón, hoti en autó krímate ei?*) (Lc 23,40). Las palabras que Lucas pone en la boca de Dimas ¿son una afirmación de la divinidad de Cristo?

Con el adjetivo «el mismo», referido al suplicio, se puede entender que el ladrón se encuentra en una situación igual a la de Dios, o simplemente que está en el suplicio. San Jerónimo, en la Vulgata latina parece inclinarse por la primera interpretación, ya que traduce «*in eodem supplicio*», con una forma, la del adjetivo «*idem*», que, en la comparación, establece una identidad. Si quisiera expresar el segundo sentido diría «*in ipso supplicio*», pero no lo dice. En este caso el acceso directo «*ad graecam veritatem*», al original griego del evangelio de Lucas, no nos resuelve el problema, porque encon-

tramos allí la forma *«en autó»*, que es más bien ambigua, puesto que, además de otros, puede tener los dos valores expresados.

En el primer caso, unos se inclinarían a pensar que quien ha hecho aquella afirmación ha tenido una iluminación extraordinaria de Dios, que le ha inspirado aquel acto de fe, de esperanza y de caridad, y otros dirían que la fe de la primitiva comunidad cristiana se reflejaría en estas palabras que salen de la boca del Buen Ladrón. En todo caso, nos mostraría que, tanto en la época de la composición del evangelio de Lucas —unos treinta años después de los hechos relatados— como en el tiempo de la predicación oral, la divinidad de Cristo, era una verdad pacíficamente profesada.

3. *«Dice a su Madre: Mujer, ahí tienes a tu hijo. Después dice al discípulo: ahí tienes a tu Madre (Jn 19,26)*

El sentido obvio expresa el cumplimiento de una obligación de caridad filial. Jesús, en la inminencia de su marcha quiere asignar una ayuda a su Madre, en la persona de Juan Evangelista, discípulo predilecto.

Con todo, hay que buscar también en este pasaje, un sentido más alto: la maternidad espiritual, universal, de la Madre de Dios. En este sentido, Juan representa aquí a toda la humanidad, beneficiaria de las gracias, que pasarán —todas— a través de la mediación de María, asociada a la de Jesús, para hacer llegar a todo el mundo los frutos de la redención operada por su Hijo Jesús, el único Mediador. Todo el contexto, de una gran solemnidad, y la índole espiritual del evangelio de Juan, avalan esta interpretación.

No parece lógico que se tratase sólo de un encargo de familia, por el que se establecieran unas nuevas relaciones de parentesco humano —que en adelante María y Juan se consideraran recíprocamente madre e hijo— ya que, en la cima del Calvario se encontraba en aquel momento solemne una de las Santas Mujeres, la mujer del Zebedeo, Salomé, madre de Juan y de Santiago el Mayor (cfr. Mc 15,40), y es razonable que continuara ejerciendo la función de madre que le correspondía, y para la cual se había mostrado bien activa (cfr. Mt 20,20-28).

4. *«Elí, Elí, lamma sabacthani», esto es, Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado (Mt 27,46; cfr. Mc 15,34)*

Es posible que, si recitaba el salmo 21 (22) donde se describe la pasión moral y física del Mesías —las burlas de los enemigos, la sed, la transfixión de las manos y de los pies, la distribución de las vestiduras— y donde se insinúan los frutos espirituales que habían de derivar de la pasión, pusiera más fuerza en este versículo, y así haya quedado a manera de frase independiente.

En la versión que ofrece Marcos, en lugar del conjunto hebraico *«Elí»* (que resulta de añadir a la forma abreviada de *«Elohim»* —«El»—, el sufijo propio de la segunda persona del singular, que le da el sentido de posesivo, es decir «Dios mío») presenta el equivalente aramaico *«Eloí»*. En cualquier caso no coinciden con el nombre hebraico de Elías, que es *«Eliyyahu»*. Algunos de los presentes, al oír aquella palabra, piensan en Elías, por la simi-

litud fonética, y quizá también porque habían podido oir alguna cosa a propósito de la relación entre aquel profeta y el Mesías, y una supuesta venida de Elías como precursor de Aquél (Mt 17,10; Mal 3,23).

El tenor literal de estas palabras —de manera parecida a las que encontramos en la oración del huerto de Getsemaní (cfr. Lc 22,41-44)— dentro del misterio de la unión de las dos naturalezas, divina y humana, con el posible contraste entre las dos respectivas voluntades, insinúa la cuestión de cómo la angustia producida por los sufrimientos físicos y morales, podía afectar al Yo de la única Persona de Cristo. Parecería como si Dios hubiera retirado del alma humana de Cristo la luz y el consuelo que le podían venir de la divinidad, de manera que se sintiera como abandonado.

Estas palabras señalarían el punto culminante de los dolores morales del Hijo de Dios. El Hombre Jesús podía experimentar que era mucho más duro sentirse abandonado de Dios Padre que contemplar la desbandada de sus apóstoles.

Está claro que Dios Padre no le podía olvidar. Era el mismo Dios que hace escribir al profeta Isaías: «¿Es que puede una mujer olvidar a un niño, y no compadecerse del hijo de sus entrañas? Y si ella le olvidara, yo no me olvidaría de ti» (Is 49,15; cfr. Ps 102 [103] 13).

En su momento, con unos sentimientos de dolor ocultos por una aparente serenidad, el patriarca Abraham se muestra dispuesto a sacrificar a su hijo Isaac, para cumplir la volundad de Dios. Sin embargo, Dios se contenta con aquella buena disposición, y lo sustituye por otra víctima, un cordero.

En el caso de Jesús, el Padre, aunque contemplando amorosamente la escena del Calvario, deja

que los proyectos de los autores materiales de aquel sacrificio, lleguen a término. El hecho de no librarlo de la muerte, puede parecer un abandono, pero no es desinterés por su Hijo, sino la mayor muestra de caridad hacia los hombres que, con esto, podrán recibir los frutos de la Redención.

Por otra parte, Jesús carga encima de Él todos los pecados de los hombres, y en este sentido la Escritura le da el nombre de «pecado», en el sentido de «víctima» o de «acción sacrificial»: «A aquel que no había conocido pecado, por nosotros Dios le ha hecho pecado, a fin de que nosotros lleguemos a ser en Él justicia de Dios» (2Cor 5,21). Y así, poniéndose en el lugar de los hombres, sufre en su Persona toda la pena del pecado. Considerando que éste es una «*aversio a Deo*» —una separación respecto de Dios— y una «*conversio in creaturas*» —una conversión hacia las creaturas, de manera contraria a la ley de Dios— Jesús, para expiar por los pecados de todo el mundo, además de los sufrimientos físicos en su carne, que responden a este último aspecto del desorden, experimenta como una amargura del abandono divino, que repara el primero, el de la voluntaria separación del hombre respecto a Dios.

5. *«Sitio», tengo sed (Jn 19,28)*

El sentido literal de este verbo se refiere obviamente a una sed física, material, a la cual habían contribuido muchos de los episodios de la pasión: la exudación de sangre y agua en el Huerto de Getsemaní, la sangre perdida en la flagelación y coronación de espinas y la crucifixión, el cansancio

producido por la subida al calvario, sin que conste que haya bebido en todo aquel tiempo para compensar la explicable deshidratación. Y hacía ya casi tres horas que estaba colgado en la cruz.

Así se confirmaba lo que habían dicho las Escrituras a propósito de este tormento que sufriría el «siervo de Jahveh», y se señalaba que también en este punto tenía cumplimiento lo que había sido preanunciado: Ps 22,16, que tendría sed, y que se le daría vinagre para beber (Ps 68(69), 22).

Pero también tiene esta palabra un sentido espiritual, directamente relacionado con la Redención. De diversas maneras, gráficamente, había expresado Jesús su afán de salvar a todos los hombres. Suenan como un lema las palabras «he venido a traer fuego a la tierra, y qué quiero sino que arda» (Lc 12,49); o estas otras: «tengo un bautismo con el que he de ser bautizado, y estoy como a presión hasta que lo realice» (Lc 12,50). Y, en aquella hora, había de pegar esa sed a los que oían sus palabras, y a los que en adelante leerían en el evangelio de san Juan aquella breve palabra: «sitio», tengo sed.

Junto al pozo de Jacob, fatigado a causa del camino (Jn 4,6), pide agua a aquella mujer samaritana, y seguidamente pasa a hablar de otra agua que, «a quien la dé, se le convertirá en una fuente que saltará hasta la vida eterna» (Jn 4,14). Es la que «dará gratis al sediento, de la fuente de agua viva» (Ap 21,6); debe de ser la misma a la cual «el Cordero...les conducirá (a los elegidos) a las fuentes de las aguas de la vida» (Ap 7,17).

Se explica así que se dé esta importancia a la imagen del agua en la doctrina espiritual de quien

ha puesto como condición necesaria para la entrada en el Reino de Dios, la de renacer del agua y del Espíritu Santo» (Jn 3,5).

6. *«Todo se ha cumplido»: («consummatum est») (Jn 19,30)*

Poco después de decir «tengo sed» y de haberse realizado todos los detalles que estaban previstos, como el del acto de humanidad de uno de los que lo custodiaban, de acercarle hasta los labios un hisopo empapado de vinagre (Mt 27,48), o de intentar darle vino mezclado con hiel (Mt 27,34), o con mirra (Mc 15,23) —que según parece, tenía un efecto anestésico—, y que no aceptó, quizá para agotar todas las posibilidades de sufrimiento, dijo aquella palabra: «todo se ha cumplido»: los anuncios de los autores sagrados, y también el sentido global de la Escritura del Viejo Testamento, que miraba hacia el Nuevo, a Jesucristo, piedra angular entre ambos Testamentos, y en la Persona del cual se realiza todo aquello que era figura de Él: los tipos que se hacen realidad en los antitipos del Nuevo, especialmente lo que tiene que ver con los sacrificios: los hombres que eran imagen de Él, por ejemplo Abel, Isaac, como víctimas, y Melquisedech como sacerdote eterno.

Dice en una Homilía de Pascua el obispo Melitón de Sardes, recogiendo paralelismos entre figuras e imágenes del antiguo Testamento y la realidad hacia la cual miran, Jesucristo, el Cordero inmolado: «Éste es el que en la persona de muchos soportó muchas cosas; el que en Abel fue matado, y en Isaac ligado de pies; que en Jacob peregrinó,

y en José fue vendido; abandonado en Moisés, y matado en el cordero; perseguido en David, y deshonrado en los profetas».

En este sentido, se puede entender aquello que Jesús dijo en el Sermón de la Montaña sobre el cumplimiento de las Escrituras por Él y en Él: «No penséis que he venido a abolir la Ley o los Profetas; no he venido a abolir sino a dar cumplimiento. En verdad os digo que mientras no pasen el cielo y la tierra, no caerá ni un iod o un ápice de la Ley, hasta que todo se realice» (Mt 5,17-18).

7. *«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23,43)*

Las palabras las recoge sólo Lucas. Pero Mateo (27,50) y Marcos (15,37) dicen que Jesús dio un gran grito antes de expirar. Esto hace pensar que Jesús conservaba todavía fuerzas en los instantes anteriores a la muerte. Según algunos, con esta expresión —*«emisit spiritum»*, lanzó el espíritu— se puede interpretar que no murió por necesidad, sino con libertad, como si se realizara lo que había dicho a los fariseos: «nadie me quita (mi alma) sino que la depongo por mí mismo; y tengo poder para deponerla (*paratithemai*) y... para tomarla otra vez» (Jn 10,18).

Resurrección

En el núcleo de la catequesis, oral o escrita, que hacen los apóstoles, a partir de Pentecostés, suele encontrarse un resumen de la vida de Jesu-

cristo, desde su bautismo por Juan: se alude a su predicación, avalada por milagros, a su dominio sobre los demonios, y de manera particular a la pasión, muerte y resurrección, y al final se formula una invitación a la penitencia y al bautismo: «haced penitencia, (*metanoésate*) y que cada uno de vosotros sea bautizado (*baptistheto*) en el nombre de Jesucristo para la remisión de los pecados (*eis aphesin ton amartíon*), y recibiréis el don del Espíritu Santo (*ten doreán tou Hagíou Pneúmatos*)» (Act 2,38).

Son ejemplos de esa catequesis, los dos discursos de Pedro en Jerusalén: Act 2, 14-36; 3,12-26; su alocución en Cesarea (Act 10, 34-43), y el de Pablo en la sinagoga de Antioquía de Pisidia (Act 13, 16-44), o buena parte del contenido de 1Cor 15, y en concreto los vv. 1-11.

Siempre la resurrección es un tema fundamental en la enseñanza de los apóstoles y en la fe de los cristianos, desde el primer momento: se subraya la verdad del hecho de la resurrección de Cristo, en la que su alma —que había descendido a los infiernos, o sea al Seno de Abraham (1Pe 3,19)— volvió a informar su propio cuerpo. Alma y cuerpo —su naturaleza humana—, que son los mismos que tuvieron su inicio con el anuncio del Angel, cuando el Hijo de Dios Hecho Hombre, fue concebido por obra del Espíritu Santo, en las purísimas entrañas de la Virgen María (Lc 1,26-38), y «el Verbo se hizo Carne, y habitó entre nosotros» (Jn 1,14).

El cuerpo vivo de Cristo Resucitado fue el mismo que nació en Belén (Lc 2,1-70, y que fue a Egipto (Mt 2,13-18), y después a Galilea (Mt 2,22), anduvo por los caminos de la Tierra de Israel, o de Fenicia —Tiro y Sidón (Mt 15,21-28)— y de la Decápolis (Mc 7,31-37) o de Cesarea de Filipo (Mt

16,13-20), que sufrió su Pasión y Muerte en Jerusalén (Jn 18 y 19), que en la Cena se hizo presente bajo las Especies Eucarísticas (Mt 26,26-29), que vendrá al fin de los tiempos con poder y majestad (Mt 26,64; Act 1,11), y que vivirá por los siglos de los siglos (Ap 11,15).

Las marcas de las heridas de la Pasión, en sus manos y pies, y en su costado abierto (Jn 20,19-29), son como un trofeo glorioso, que recuerda los sufrimientos de Cristo, que nos rescataron, y constituyen como una confirmación de esa continuidad del mismo cuerpo de Jesucristo en las diversas fases de su vida. Así, los apóstoles y los que estaban con ellos dicen con convicción: «el Señor ha resucitado verdaderamente (*ontos*) y se ha aparecido a Simón» (Lc 24,33-34). San Pablo puede decir, dentro de una argumentación compleja, y en un tono polémico, que «si Cristo no ha resucitado, vana es vuestra fe» (1Cor 15,16).

Recordemos el significativo episodio en el que Pedro toma la trascendental decisión de admitir en la Iglesia —en la que ejerce su poder de las llaves— a los convertidos de la gentilidad, y en el que no falta tampoco una catequesis sobre la redención realizada por Jesucristo, que se aplica a través del bautismo.

En dicho pasaje se resumen diversos puntos relacionados con la incorporación a la Iglesia, útiles para una adecuada interpretación del viejo aforismo «*extra Ecclesiam nulla salus*», tema que en nuestros días se ha elaborado con mayor detalle, al distinguirse una pertenencia a la Iglesia «*in re*» o «*reapse*», por el bautismo, y otra «*in voto*», por el deseo, explícito, como en el caso de los catecúmenos, o implícito, en quien está dispuesto a cumplir

la voluntad de Dios, aunque no la conozca (cfr. Carta del S. Oficio al arzobispo de Boston, de 8-08-49, Denz-Schön, 3866 a 3873).

Dios ha mostrado su agrado ante el deseo de Cornelio, de cumplir lo que se le diga de parte de Dios, y en la efusión del Espíritu Santo, antes de recibir el bautismo, se puede ver un antecedente de la eficacia del bautismo de deseo para la incorporación a la Iglesia. Pero también queda claro, en ese contexto, que ello es un primer paso que tiene que conducir a la recepción del bautismo de agua.

Cornelio, ha hecho una afirmación de fe implícita: «He aquí que todos nosotros en tu presencia estamos dispuestos a escuchar todas las cosas que se te han indicado de parte de Dios», le dice a Pedro (Act 10,33).

A continuación Pedro hace un resumen de catequesis sobre Jesucristo Redentor, y cuando está todavía hablando, viene el Espíritu Santo, de manera ostensible, sobre todos los que están escuchando (44-46). Esto hace concluir a Pedro: «¿Cómo se puede prohibir que sean bautizados con agua, quienes han recibido el Espíritu Santo, como nosotros?» (47). «Y les mandó bautizar en el nombre del Señor Jesucristo» (48).

He aquí la referencia que se hace a la resurrección, en la citada catequesis ante Cornelio y su familia: «A Éste (Jesús de Nazaret) Dios le resucitó al tercer día y le concedió manifestarse, no a todo el pueblo (*ou pantí to laó*), sino a testigos preestablecidos por Dios, a nosotros que comimos y bebimos con Él después de que resucitó de entre los muertos» (Act 10,40-41).

Las apariciones de Jesucristo resucitado —en el caso de las mujeres, precedidas por el anuncio

de ángeles— a los que deberán ser sus testigos, que se encuentran referidas en los libros del Nuevo Testamento son, por orden cronológico, las siguientes:

1. A María Magdalena (primero, de dos ángeles sentados, vestidos de blanco: Jn 20,11-13; y luego, de Jesús: Jn 14-18; cfr. Mc 16,9-11).

2. A las santas mujeres (primero de un ángel, de aspecto como el relámpago, y vestido como nieve: Mt 28,1-7; de un joven sentado con una túnica blanca: Mc 16,1-8; de dos varones con vestidura refulgente: Lc 24,1-11).

3. A Pedro (Lc 24,34; cfr. 1Cor 15,5).

4. A los discípulos de Emaús (Lc 24,15-31; cfr. Mc 16,12-13).

5. A los apóstoles (I) (Mc 16,14; Lc 24,36-45; Jn 20,19-23; cfr. 1Cor 15,5).

6. A los apóstoles (II) (Jn 20,26-29).

7. A siete discípulos (Simón Pedro; Tomás o Dídimo; Natanael; los dos hijos de Zebedeo —Santiago y Juan—; y otros dos): (Jn 21, 1-14; y en 15-23: diálogo con Pedro y referencia a Juan).

8. A los once, en Galilea (Mt 28, 16,20; cfr. Mc 16,15-18; Lc 24,46-49).

9. A quinientas personas, en Galilea (1Cor 15,6).

10. A Santiago (1Cor 15,7).

11. A los Apóstoles, en los cuarenta días que precedieron a la Ascensión (1Cor 15,7) (cfr. Act 1,2-3; 4-11).

12. En la Ascensión (Lc 24, 50-52; Act 1,9-12; Mc 16,19-20).

13. A Saulo, camino de Damasco (Act 1-16; 22,2-21; 26,9-20).

El Cuerpo de Cristo resucitado, si bien como espiritualizado, tiene las dotes de los cuerpos celestiales: glorificado, impasible, ágil y sutil (1Cor 15,44-49), de cuyas cualidades ya había tenido alguna anticipación: en el nacimiento, cuando, como desde el sepulcro, salió a la luz sin romper los maternos sellos virginales, y en el Monte Tabor, «se transfiguró (*metemorphethe*)» y «su rostro se hizo resplandeciente como el sol, y sus vestiduras, blancas como la nieve» (Mt 17,1-13). El mismo Cristo glorioso, aunque velado por las apariencias del pan y del vino, es el que se hace presente en el Sacrificio de la misa, y cuya segunda definitiva venida al final de los tiempos, se recuerda también —juntamente con la primera— cada vez que se celebra la Eucaristía: «todas las veces que comiéreis de este pan y bebiéreis de este cáliz anunciaréis la muerte del Señor hasta que venga» (1Cor 15,26).

Los nombres de Jesús en la Escritura

A. Nombres

1. *Diversidad de nombres*

En las Escrituras —y concretamente en los evangelios y en los otros libros del Nuevo Testamento— encontramos gran variedad de apelativos dedicados a Cristo: pensemos en los nombres que, no sin una altísima intención, le fueron aplicados: el del anuncio del profeta Isaías —«Emmanuel», es decir, «Dios con nosotros» (Mt 1,23; cfr. Is 7,14)—, y el que se le impuso al nacer, «Jehosua», Jesús (Lc 2,21), que significa «Dios que salva», unido a veces al lugar donde vivió la mayor parte de su vida: Jesús de Nazaret (Lc 24,19), Nuestro Señor Jesucristo de Nazaret (Act 4,10), o Nazareno (Mt 2,22).

Están los que señalan su condición humana: el signo que se da a los pastores: «encontrarán un recién nacido envuelto en pañales» (Lc 2,12), o las palabras «Ecce Homo» —«he aquí el Hombre (*idou ho ánthropos*)» (Jn 19,5)— que salen de la boca de Pilatos. O los que constituyen una afirmación nítida de su divinidad: la del apóstol Juan, cuando

escribe en el prólogo de su evangelio que «el Verbo era Dios (*kaí Theós en ho Logos*)» (Jn 1,1) o que «el Verbo se hizo Carne, y habitó entre nosotros» (Jn 1,14), y en el Apocalipsis: «su nombre era el Verbo de Dios» (19,13); y la del apóstol Tomás, al verlo resucitado: «Tú eres el Señor mío y el Dios mío (*ho Kyriós mou kaí ho Theós mou*)» (Jn 20,28).

En las páginas que siguen se intentará recoger esos nombres, situarlos en su contexto, y captar su sentido

2. *Nombres divinos*

La afirmación de la condición divina de Jesucristo se expresa también con otras formas: cuando Jesús mismo dice que es «el Principio» (*ten archén*), «Principium» (Vg) (Jn 8,25), en una respuesta a la pregunta «¿Tú, quién eres?», que, en el texto griego, aparece con una cierta buscada ambigüedad en la forma de decir, pero en la cual, en todo caso, se pueden encontrar dos sentidos equivalentes: o una respuesta directa —«el Principio»— o bien el camino que lleva a la misma conclusión —*In principio: id quod et loquor vobis*!— (Nvg), esto es, «ante todo, lo que os estoy diciendo».

Asimismo, el lugar en que el autor del Apocalipsis lo presenta como «el que es, y el que era, y el que ha de venir, omnipotente» (Ap 1,8), y llamándolo «el Primero y el Ultimo» (1,17), y «el Alfa y la Omega» —la primera y la última letra del alfabeto—, quiere decir que es «el Principio y el Fin» de todo, como se lee en un texto en que se habla de Cristo, que viene a «dar a cada uno según

sus obras»: «Yo soy el Alfa y la Omega, el primero (*ho prótos*) y el Ultimo (*ho éschatos*), el principio (*he arché*) y el fin (*to télos*)» (Ap 22, 12; cfr. 1,8). Y en las palabras de san Pedro, cuando se dirige al pueblo, y dice: «matasteis al Autor («archégon») de la vida» (Act 3,15).

También son nombres divinos algunos otros que a veces se le aplican: «Tú eres el Santo de Dios» (Jn 6,69; 7,70) (cfr. Ap 3,7); el de Justo (Mt 27,19; Act 22,14 ; 1Pe 3,18) que, en plenitud, sólo conviene a Dios; y, en el contexto en que se encuentra, el de Magno, Grande (*Megas*) (Lc 1,32). Parecida conclusión se podría sacar de la escena del evangelio en que un joven le saluda diciéndole «Maestro bueno» (*Didáskale agathé*), y le pregunta «qué he de hacer para alcanzar la vida eterna». Jesús aclara que «nadie es bueno más que Dios», pero no rechaza aquel adjetivo (Lc 18,18-23).

San Pablo afirma repetidamente de manera expresa su divinidad, y le aplica el nombre de Dios: dirigiéndose a sus hermanos, los israelitas, recuerda las glorias de su pueblo, y en el elenco que de ellas hace, llega a un punto culminante —Jesucristo, en su humanidad y en su divinidad— cuando dice: «de los cuales desciende Cristo según la carne, que es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos (*ho on epí pánton Theós eulogetós eis tous aiónas*), amén» (Rom 9,5).

O cuando exhorta a esperar «el advenimiento de la gloria (*epifáneian tes dóxes*) del Gran Dios (*tou megálou Theou*) y Salvador nuestro (*kai Sotéros hemón*) Jesucristo» (Tit 2,13); hay que subrayar que aquí, el artículo, que es único, va delante del primero de estos dos nombres, y como el otro no lleva ninguno, es fácil deducir que es la misma

persona el Gran Dios y Salvador nuestro: Jesucristo.

Esta curiosidad gramatical se encuentra también en otro texto, y la consecuencia es pareja. En el encabezamiento de su segunda epístola, san Pedro se dirige «a los que han alcanzado con nosotros una fe igual, en la justicia de nuestro Dios (*tou Theou hemón*) y Salvador Jesucristo (*kaí Sotéros Iesou Christou*)» (2Pe 1,1): un único artículo determina también los dos nombres.

Con parecido objetivo, Juan, al poner en boca de Jesús las palabras «yo Soy», (Jn 8,24; 8,58; 18,3-4. 8; Mc 14,62), lo coloca en el mismo nivel del Dios del Antiguo Testamento, cuyo nombre, Jahveh, significa precisamente «Yo Soy», «yo Soy el que Soy» (Éx 3,14). Y esta puede ser también su intención, cuando recoge las palabras «Yo trabajo» (Jn 5,17), con las que alude a su colaboración, como Dios, con el Padre, en la creación y conservación del mundo.

3. *Hijo de Dios*

La locución «Hijo de Dios» (*Hyiós tou Theou*) aparece muchas veces en el sentido más propio de Hijo de Dios Padre (Mt 16,16) —ya en la escena de la Anunciación se le menciona como «el Hijo del Altísimo» (Lc 1,32)—; el que ha sido engendrado desde la eternidad por vía de conocimiento: «Imagen del Dios invisible» (Col 1,15), es Imagen perfecta del Padre: «en el principio era el Verbo (*en arché en ho Lógos*)» (Jn 1,1), y que en la plenitud de los tiempos experimenta una natividad temporal, «nacido de una Mujer» (Gál 4,4). También se expresa la misma idea con un adjetivo —«propio»—: «el cual no perdonó a su propio Hijo (*tou idíou Hyiou*)» (Rom 8,32).

Otras veces se dice esto con comparaciones: «resplandor de la gloria» (*apaúgasma tes dóxes*) del Padre, e «impronta de su substancia» (*charákter tes hypostáseos autou*) (Heb 1,3).

En el Bautismo de Jesús (Mt 3,17), y en la Transfiguración se deja oír desde el Cielo la voz del Padre que se refiere a Él: «Este es mi Hijo, el muy querido» (*ho agapetós*), en el cual me he complacido (*en ho eudókesa*) (Mt 17,5); Lc 9,35: «el elegido» *ho ekeklegménos*; cfr. Lc 23,35: *ho eklektós*), y también puede ser éste el sentido de Col 1,13: «del Hijo de su Amor, *tou Hyiou tes agápes autou*, formas cuyo sentido se acerca al de «Unigénito» (*Monogenés*), del cual se habla en el prólogo del cuarto evangelio (Jn 1, 14.18).

También se sitúan en este plano ciertas afirmaciones de la primera predicación cristiana: «tu santo Siervo (o Hijo) Jesús (*ton hágion paida*)» (Act 4, 27.30; cfr. 3,26). Pedro y Juan, liberados de la prisión, vuelven a los suyos, los cuales elevan su corazón a Dios y citan algunas palabras del salmo 2: «... y los príncipes se reunieron... contra el Señor (*katá ton Kyrion*) y contra su Cristo (*katá tou Christou autou*), y las aplican a Jesucristo, como Hijo de Dios, al decir: «se reunieron verdaderamente en esta ciudad contra tu santo Siervo (o Hijo) Jesús (*epí ton hágion paida sou Iesoun*), a quien ungiste, Herodes y Poncio Pilatos, con los gentiles y los pueblos de Israel», y se refieren a las curaciones, signos y prodigios realizados por medio del nombre de tu Santo Siervo Jesús (*tou hagíou paidós sou Iesou* (30) (Act 4,23-31). La misma idea se confirma en Heb 5,5. Y en Heb 1,5, donde se cita dicho

salmo: «Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy» (cfr. Ps 2,7). En Act 13,32-33 se aplica ese versículo a la Resurrección, que es como un nuevo y definitivo nacimiento eterno.

Es «el Hijo de Dios, el que tiene los ojos como una llama de fuego y sus pies parecidos al oricalco» (Ap 2,18).

Hay que decir empero que les palabras «Hijo de Dios» (*hyiós Theou*, o *téknon Theou*) sirven también, en ciertos pasajes de la Biblia, para indicar la condición de hijos adoptivos que los hombres tienen, por la gracia de Dios: «mirad qué caridad nos ha dado el Padre, que nos llamemos hijos de Dios (*tékna Theou*: «niños de Dios»), y que lo seamos...» (1Jn 3,1-2); «y a todos los que lo acogieron les dio la potestad de llegar ser hijos (*tékna*) de Dios» (Jn 1,12); «pues todos los que son llevados por el Espíritu de Dios, son hijos de Dios (*hyioi Theou*)» (Rom 8,14-17; cfr. Gál 4,4-7 y Heb 12,5-6). Y Cristo dice de los «que serán considerados dignos de aquel siglo (el futuro) y de la resurrección de los muertos... son iguales a los ángeles (*isággeloi*) y son hijos de Dios (*hyiói eisin Theou*), ya que son hijos de la resurrección (*tes anastáseos hyioi ontes*)» (Lc 20,36).

Jesucristo parece querer distinguir los dos sentidos referidos cuando anuncia: «subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios» (Jn 20,17), y en esta doble afirmación se puede entender que la paternidad de Dios es análoga pero no igual en las dos situaciones: en el caso de Jesús, la relación con Dios, es la de quien es Uno con el Padre, y la de los otros es la propia de simples criaturas racionales, elevadas, por la gracia, al orden sobrenatural.

Es un sentido que ya apuntaba en el A.T., donde se pone el ejemplo de Dios que tiene para con sus

sus hijos los sentimientos de un padre o de una madre: «como un padre se apiada de sus hijos, así Jahveh se compadece de los que le temen» (Ps 102 (103), 13; «¿acaso puede una mujer olvidar a su hijo, y no compadecerse del fruto de sus entrañas? Y si ella lo olvidare, yo no me olvidaré de ti» (Is 49,14-15); «como cuando a uno le consuela su madre, así yo os consolaré» (Is 66,13); algún otro pasaje (Is 43,5-7) tiene su eco en el NT: «y vosotros seréis para mí como hijos y como hijas» (2Cor 6,18).

En el libro de la Sabiduría se alude a la paternidad de Dios con respecto a los justos, los pobres de Jahveh, en un pasaje que recoge los comentarios que de uno de ellos, sus enemigos hacen con ironía: «dice que tiene la ciencia de Dios, y se llama hijo de Dios... y se gloría de tener por padre a Dios. Veamos si sus palabras son veraces. En efecto, si es verdadero hijo de Dios, lo acogerá y lo liberará de las manos de sus adversarios» (cfr. Sab 2,13-18). Y es posible que esa idea inspirara las palabras que, en el mismo tono, le aplicaron los detractores de Cristo que pasaban cerca de la cruz (cfr. Mt 27,43).

En algunos salmos, a veces la expresión se refiere al salmista, con un sentido que alcanzará su plenitud en el Mesías, Hijo de David (Ps 88 (89), 27-28): «El me invocará: Tú eres mi Padre, mi Dios, y mi Roca salvadora. Además yo le constituiré primogénito, el más excelso de los reyes de la tierra»; y en otros lugares se aplica al Mesías, en un sentido propio (Ps 2,7: «Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy»; cfr. Act 4,27-28); cfr. 2Sam 7,14).

En algunas ocasiones también se utiliza para describir la relación afectiva que había entre Dios y su pueblo en el Antiguo Testamento (cfr. Dt

1,31: Jahveh lo llevaba encima, sobre los hombros, como un padre a su hijo); Dt 32,1-12; Sir 36,14: «Israel, a quien has llamado tu primogénito». Éste puede ser también el sentido que tiene en el pasaje de Oseas, 11,1, citado por Mt 2,15: «de Egipto he llamado a mi hijo», que vale de manera eminente para Jesús.

En cualquier caso la expresión, entendida en sentido propio, era considerada una blasfemia, y como tal, punible. En la Pasión fue el pretexto para declarar a Jesús reo de muerte (Jn 5,18; 10,33; Jn 19,7: «según la Ley debe morir, porque se ha hecho Hijo de Dios»; cfr. Lv 26,16).

Así pues, no se ha de confundir la expresión «Hijo de Dios» cuando tiene un sentido propio, referida a Jesucristo, hijo eterno de Dios, y en los casos en que vale también para los otros hombres.

4. *Señor, Kyrios, Dominus*

Palabra de profundo contenido teológico es la de Señor —*Kyrios*— la forma con que, dos siglos antes de nuestra era, la Septuaginta, la versión de los Setenta, traducía al griego, en Alejandría, el nombre del Dios único de los israelitas, Jahveh; y también el tratamiento —*Dominus*— que se daba a los emperadores divinizados, y que equivale a llamarle Dios (Lc 1,43; Jn 20,28). Como a «único Dominador (*Despóten*) y Señor (*Kyrion*) nuestro, Jesucristo», le aclama Judas en su epístola (4). Y también Pedro, en un pasaje emparentado con éste, aludiendo a los pseudoprofetas, dice que «niegan al Señor (*despóten*) que los compró» (2Pe 2,1).

Pedro, en una alocución en la que dice que Dios «envió la Palabra a los hijos de Israel, anunciando la paz, por medio de Jesucristo», añade que «Éste es Señor de todo (*pánton Kyrios*)» (Act 10, 36).

En la Visitación a Isabel (Lc 1,35-45), María —que lleva en sus entrañas al hijo de Dios recién concebido— saluda a su parienta, y ésta, llena del Espíritu Santo, exclama en voz alta: «¿de dónde esto a mí, que la Madre de mi Señor (*he Méter tou Kyríou mou*) venga a visitarme?» (43), y afirma al mismo tiempo la condición de Madre de Dios que tiene María, y la dignidad divina del Mesías.

Por otra parte, el ángel del Señor que anuncia a Zacarías el futuro nacimiento de su hijo —el que será llamado Juan— dice que «convertirá a muchos de los hijos de Israel al Señor Dios de ellos» (*epí Kyrion ton Theón autón*), y que «irá delante de Él en el espíritu y la fuerza de Elías, para convertir los corazones de los padres hacia los hijos y los incrédulos a la prudencia de los justos, para preparar para el Señor un pueblo perfecto» (Lc 1,16,17).

Y el mismo Zacarías en el himno que pronuncia con ocasión del nacimiento, dirigiéndose al niño, le dice que «será llamado profeta del Altísimo (*prophetes Hypsistou*); pues irá delante del Señor para preparar sus vías» (76). Realizará para con el Mesías —al que Isabel ha llamado el Señor— una función parecida a la de los profetas, con Jahveh, de manera que se establece una cierta equiparación entre lo que hacían los profetas con Jahveh y lo que ha de suceder ahora, y así Juan preparará el terreno a Jesús, que, como Jahveh, es también el Señor Dios, el Señor, o el Altísimo.

En la segunda epístola de Pedro, después de haberse hablado al comienzo, «de nuestro Dios y Salvador Jesucristo», como de una sola persona, se encuentran a lo largo del escrito diversos grupos

binarios de nombres que se refieren a Jesucristo y que, con seguridad, tienen el mismo sentido que aquella primera fórmula. Son éstos: «el Señor nuestro y Salvador Jesucristo» (1,1); «para que os acordéis... del mandamiento de vuestros apóstoles, el del Señor y Salvador» (3,2); «antes bien, creced en gracia y conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo» (3,18).

También en la epístola de Santiago —ya desde el encabezamiento: «Jacobo, siervo de Dios y de Jesucristo Señor (*Theou kaí Kyríou Iesou Christou*), a las doce tribus que están en la Diáspora» (Jac 1,1), se encuentra a menudo el título de Señor aplicado a Jesucristo. Y en el mismo sentido cabe leerlo en el pasaje que trata de la Unción de los enfermos: «¿Está enfermo alguno de vosotros? Llame a los presbíteros de la Iglesia (*tous presbytérous tes Ekklesías*) y oren sobre él, ungiéndolo con óleo en nombre del Señor», texto que continúa describiendo los efectos de esta unción en el alma y en el cuerpo (Jac 5,13-15).

Se puede ver en esas palabras la promulgación, hecha por Jacobo, de la institución del sacramento de la Unción de los enfermos. El tema enlaza con la misión de los doce por parte de Jesús: predicar la penitencia, expulsar los demonios, y ungir con óleo a muchos enfermos, que sanaban (cfr. Mc 6,13). La unción de que habla Jacobo se hace «en el nombre del Señor (*en to onómati tou Kyríou*) (14), esto es, con la autoridad del Señor, y se refiere a Cristo, al que en varios lugares de la epístola cita como «el Señor» (1,1; 2,1; 5,7; 5,8; 5,10). Además, con la expresión «los presbíteros de la Iglesia» se refiere a la figura de quienes han recibido el correspondiente sacramento del Orden,

que en la Cena tiene el principal momento de su institución.

La conversión de san Pablo (Act 9,1-19; cfr. 22,1-21 y 26,1-23) se produce, dentro de un episodio que tiene las características de las teofanías del Antiguo Testamento, en las que Dios (*Jahveh*), el Señor (*Kyrios*), es el protagonista, y en ella se utiliza repetidamente esta palabra «Señor» (*Kyrios*).

En la descripción de las apariciones a Saulo (Act 9,3-9), y a Ananías (Act 9,10-16), se da ese título a la Persona que les habla. Cuando el que iba en busca de los cristianos para perseguirlos, ve una luz del cielo, y oye una voz que dice «¿Saulo, Saulo, por qué me persigues?» (4), pregunta: «¿quién eres, Señor?», y éste le responde: «Yo soy Jesús a quien tú persigues» (5). Y el que será en adelante su apóstol hace otra pregunta: «¿Señor, qué quieres que haga?» (5).

El Señor le encamina hacia la ciudad —Damasco—, y dispone las cosas para que se encuentre con Ananías, quien le orientará y le preparará para recibir el bautismo. A Ananías le había explicado el Señor, a propósito de Pablo: «éste es para mí un instrumento elegido, para llevar mi nombre ante los gentiles, los reyes, y los hijos de Israel. Yo le mostraré cuánto tendrá que sufrir por mi nombre» (15). Ananías le dice a Saulo: «El Señor me ha enviado —Jesús—, el que se te apareció en el camino por el que venías, para que veas y te llenes del Espíriu Santo» (17).

Y después de recibir el bautismo (18), y de estar algunos días en Damasco con los discípulos (19), «empezó a predicar a Jesús (*ekérissen ton Iesoun*) en las sinagogas, diciendo que es el Hijo de Dios» (20), y «se enardecía cada vez más... y demos-

traba a los judíos que vivían en Damasco que Éste (Jesús) es el Cristo» (22). En el inicio del relato, al presentar a Saulo, ya se aplica la palabra «Señor» a Jesucristo: «Saulo respiraba amenazas y muertes contra los discípulos del Señor» (1), esto es de Jesús, el Mesías Hijo de Dios.

En otro lugar le llama «Señor de la Gloria»: «pues si hubiesen conocido (la sabiduría de Dios) nunca hubieran crucificado al Señor de la Gloria (*ton Kyrion tes dóxes*)» (1Cor 2,8).

Y Pablo afirma que «Jesucristo es el Señor», en el clímax de un texto grandioso en que describe los diversos estadios de la existencia de aquel que «subsistiendo en la condición divina» y manteniendo «su igualdad con Dios», «se anonadó a sí mismo adquiriendo la condición de esclavo», «conformándose a lo que son los hombres», «haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz»; y al que «Dios exaltó, dándole un Nombre que está sobre todo nombre», y ante el cual toda creatura se prosterna» (cfr. Flp 2,5-11).

Como nombre derivado de *Kyrios* se encuentra la palabra «dominación» (*kyriótes*) —«y éstos mancillan la carne, y desprecian la dominación (*kyriótета*)»— que puede referirse, o bien a la dignidad de Señor que se atribuye a Jesucristo, o al señorío de Dios. Un sentido parecido debe de tener en 2Pe 2,10.

5. *«Pantokrátor», Omnipotente*

Si bien está en la línea de los nombres anteriores, merece un tratamiento aparte el de Omnipotente (*Pantokrátor*). Se encuentra unas veces referido a Dios, sin distinguir la Persona (Ap 16,14), o al Padre (2Cor 6,18; y sobre todo en el Apocalipsis: 4,8; 11,17; 15,3; 16,7; 19,7). En un lugar se halla aplicado al Señor Dios Omnipotente, pero se puede notar que allí, Éste y el Cordero, están en el mismo nivel: «Y no vi templo en ella (en la Ciudad Santa), ya que el Señor Dios Omnipotente (*Kyrios ho Theós ho Pantokrátor*) es su templo (*naós*), y el Cordero (*to Arníon*)» (Ap 21,22).

Al principio del Apocalipsis se encuentra, aplicado al Hijo en particular, en aposición a otros nombres: Es «el que viene en las nubes, y a quien verá todo ojo, incluso los que lo traspasaron; y se lamentarán a causa de Él todas las tribus de la tierra...Yo soy el Alfa y la Omega ('el principio y el fin', añade la Vg como paráfrasis), dice el Señor Dios, que es, que era y que ha de venir, Omnipotente (*Pantokrátor*)» (Ap 1,7-8).

Tiene interés la transcripción del texto íntegro de un pasaje del cual, entresacamos, en otro lugar, algunos nombres, y en el que se recalca el poder del Verbo de Dios, que en él es presentado como luchador, e instrumento de «la ira del Dios Omnipotente (del Dios, el *Pantokrátor*)» (Ap 19,15):

> «Y vi abierto el cielo, y he aquí un caballo blanco, y el que lo montaba se llamaba Fiel (*Pistós*) y Veraz (*Alethinós*), que juzga con justicia, y lucha. Sus ojos son como llama de fuego, y en su cabeza hay muchas diademas, y tiene un nombre escrito, que nadie conoce, más que Él; y estaba vestido con una túnica salpicada de sangre: y su nombre era Verbo de Dios (*ho Lógos tou Theou*). Y los ejércitos que están en el cielo lo seguían en caballos blancos, vesti-

dos de lino blanco y limpio. Y de su boca sale una espada afilada en sus dos filos, para abatir con ella a los pueblos gentiles; y Él los regirá con vara de hierro; y Él mismo pisa el lagar del vino del furor de la ira del Dios Omnipotente (*Pantokrátor*). Y lleva escrito en el vestido y en el flanco: Rey de reyes y Señor de los que dominan (*Basileús basiléon kai Kyrios kyrion*)» (Ap 19,11-16).

6. *Hijo del Hombre*

Él se llama a sí mismo el «Hijo del Hombre». Y así se le ve en el Apocalipsis: «en medio de los lampadarios, uno que parecía un Hijo de Hombre, vestido con una túnica y ceñido bajo las axilas con un ceñidor de oro», y que es descrito en toda su majestad gloriosa (1,13-16).

A primera vista podría parecer que alude sobre todo a su humanidad, igual que cuando se le menciona como «Hijo de Adán» (Lc 3,38) y «nuevo Adán» (1Cor 15,45), o se le da el nombre de «Hijo de Abraham» e «Hijo de David», (Mt 1,1; cfr. Rom 1,3: «de la descendencia de David según la carne»), o se le cita como «Hijo de José» (Jn 1,42; Lc 3,23), o el «Hijo del Artesano» (Mt 13,55), y «el Artesano Hijo de María» (Mc 6,3), «Hijo de una Mujer» (Gál 4,4); o se indican las circunstancias geográficas de su vida terrena, por su nacimiento o por su residencia: israelita (Rom 9,4); judío (Jn 4,9); galileo (Mt 26,69); nazareno (Mt 2,23; Mt 6,23; Act 22,8); o se le aplican los nombres adecuados que responden a las diversas fases del crecimiento propias de un niño: recién nacido (*bréphos*: Lc 2,16); niñito (*paidíon*: Lc 2,17); y niño (*pais*: Lc 2,43).

O los que se aplican a un hombre, como el más genérico de «hombre (*ánthropos*): aquel hombre que se llama Jesús (*ho ánthropos legómenos Iesous*) (Jn 9,11), el de «varón (*anér*): «después de mí viene un hombre (*erchetai anér*), que ha llegado a ser antes que yo, que era anterior a mí» (Jn 1,30). Y en un sentido eminente: «de todo varón, la cabeza es Cristo (*pantós andrós, he kephalé ho Christós*) (1Cor 11,3).

Sin embargo, la expresión «Hijo del Hombre» recoge, en realidad, el anuncio de Daniel, que lo presenta, proféticamente, al lado de la Majestad de Dios, en las Alturas, después de su futuro definitivo triunfo (Mt 26,64; cfr. Dan 7,13). Así anuncia su venida, describiéndola con trazos que son adecuados a Dios: «y entonces verán al Hijo del Hombre que vendrá en la nube con gran poder y gloria (o majestad)» (Lc 21,17). Y de manera semejante lo contempla el protomártir Esteban, antes de morir: «veo los cielos abiertos y el Hijo del Hombre, de pie a la diestra de Dios» (Act 7,56). Y aparece en la descripción que Jesús hace del último Juicio: «Cuando vendrá el Hijo del Hombre en su gloria (o majestad), y con Él todos los ángeles, entonces se sentará en el trono de su gloria» (Mt 25,31).

7. *Sentidos soteriológicos*

Muy a menudo son diversas expresiones, cuya plena significación se va haciendo manifiesta a lo largo de la Escritura: Cristo (*Christós*: Jn 1,41), que

equivale a Mesías (Jn 1,41; Jn 4,25), o sea, Enviado (Lc 4,43) o Ungido (cfr. Act 10,38), y es el nombre mesiánico por excelencia, y que, unido al de Jesús (*Iesous*), forma el de Jesucristo (*Iesous Christós*: Mt 1,1). Señor Jesús (*Kyrios Iesous*: Act 7,59; 8,16; Ap 22,21). El Señor Jesucristo (*Kyrios Iesous Christós*: Act 11,17). Cristo Señor (*Christos Kyrios*: Lc 2,11). Señor nuestro, «en el conocimiento del Señor nuestro (*tou kyriou hemón*)»: (2Pe 3,18). Y también «Cristo de Dios (*ton Christón tou Theou*)» (Lc 9,20). «El Cristo de Dios, el Elegido (*Ho Christós tou Theou, ho Ekléktos*)» (Lc 23,35). Y otros: Salvación (*sotérion*: Lc 2,30; 3,6). Salvador (*Sotér*: Lc 2,11; Flp 3,20; Tit 3,6; 1Jn 4,14; 1Pe 3,18). Consolación (*paráclesis*) de Israel (Lc 2,25).

Pascua: «Cristo, nuestra Pascua (*pascha hemón*: Vg: *Pascha*) ha sido inmolado (*etythe*) (1Cor 5,7). Propiciación (*hilasmós*) para nuestros pecados (1Jn 2,2; 4,10). Y de manera equivalente, el Liberador (que es un nombre de Dios en el Antiguo Testamento: Ps 17 (18), 3), ya que «si... el Hijo os ha liberado (*ho Hyiós hymás eleutheróse*), verdaderamente sois libres (*outos eleútheroi ésesthe*)»: (Jn 8,36; cfr. Gál 4,31). Resurrección (*he anástasis*) (Jn 11,25). Redentor, porque opera la Redención (*lytron*, *apolytrosis*) (cfr. Mt 20,28; Rom 3,24; Ef 1,7; 1 Tim 2,6; Heb 9,12).

Y los nombres que están contenidos en este pasaje de san Pablo: «ha llegado a ser para nosotros, sabiduría (*sophía*), justicia (*dikaiosyne*), santificación (*hagiasmós*) y redención (*apolytrosis*)» (1Cor 1,30).

Pecado (*hamartía*): «(Dios) a aquel que no había conocido pecado, por nosotros 'le hizo pecado'

(esto es, víctima por el pecado). Según el ritual del sacrificio expiatorio, en efecto, en el A.T. la voz pecado —como en el caso de «hattat»— significa a veces la misma acción sacrificial o la víctima ofrecida: cfr. Lv 4,24; Núm 19,9; Ps 39 (40), 7; en ello hace pensar el rito del macho cabrío que es enviado al desierto, llevando sobre sí «todas las iniquidades y transgresiones de los hijos de Israel» (Lv 16,2-22).

Un sugerente título es el de «todo» o «todas las cosas», que tiene resonancias en la exclamación franciscana *Deus meus et omnia*: «mi Dios y mi todo». Cuando explica que ya no cuenta aquí «griego ni judío, circuncisión o incircuncisión, bárbaro y escita, siervo, libre», añade que «todas las cosas y en todas las cosas, Cristo» (Col 3,11). Es un texto que puede dar a entender que Cristo tiene lo bueno de todas las cosas, porque Él que, como el Padre, es el Creador de todo (cfr. Jn 1,10: «estaba en el mundo (en *tó kosmó hen*)», está en todas las cosas, y tiene en grado eminente, superando toda medida, todo lo bueno que hay en ellas»; y además es el que da valor redentor a las realidades terrenas, porque «la gracia y la verdad han sido hechas por Jesucristo» (cfr. Jn 1,17).

8. *Camino, Verdad y Vida: Rey, Profeta, Sacerdote*

Él ha dicho de sí que es «el Camino, la Verdad y la Vida» (Jn 14,6), tres palabras que resumen de alguna manera las tres funciones de Cristo, de regir, enseñar y santificar: las de Rey, Profeta y Sacerdote.

a) Rey

Es Rey (*Basileús*) (Jn 18,37). Rey de Israel (Jn 12,13) o Rey de los Judíos (Mt 2,2; 27,37; Jn 19,19); «el Rey de los Judíos es Éste (*ho basileús ton Ioudaion outos*) (Vg: *Hic est Rex Iudaeorum*)» (Lc 23,38); «el Rey de Sión o de Jerusalén» (Mt 21,5; cfr. Zac 9,9). Príncipe de los reyes de la tierra (Ap 1,5); Rey de Reyes y Señor de los que dominan (Ap 19,16). Es el niño al que dio a luz «la Mujer vestida de sol, con la luna bajo sus pies, que tiene en su cabeza una corona de doce estrellas», «que había de regir todas las naciones con vara de hierro» (Ap 12,1-5). Rey del Universo, al que «todo le habrá sido sometido» (cfr. 1Cor 15,25-28), y que será Rey por siempre jamás, con el Padre: «Y se ha realizado el reino de este mundo, del Señor nuestro y de su Cristo, y reinará por los siglos de los siglos» (Ap 11, 15-19).

El que es Rey, también es Juez y Legislador (cfr. Is 33,22): el Padre... ha dado todo juicio al Hijo (Jn 5,22), que actúa como intérprete de la Ley (Gál 5,14), la lleva a su plenitud (Mt 5,17-20), y la perfecciona (Mt 5,21-22; 5,27-28, etc.). «Es Él quien ha sido constituido juez de vivos y muertos» (Act 10,42; cfr. 2Tim 4,1; 1Pe 4,5). Se quiere decir con esto, que lo será de todos, tanto si en la clasificación se distingue entre los justos que vivan en el momento de la Parusía —a los que se llama vivos porque probablemente no morirán, sino que serán arrebatados al Cielo— y todos los demás —los muertos con anterioridad, y los réprobos de la última generación—, como si se consideran dos grupos, con otros criterios de división: los que en el momento de la Parusía estén vivos, o los que ya hayan muerto; o, de todas las épocas, los llamados a la vida eterna o los que se condenarán.

Con todo, aunque es Rey universal en todos los dominios —espiritual y temporal— no quiere ejercer directamente la realeza en lo humano: «mi reino no es de este mundo (*he basileía he emé ouk éstin ek tou kósmou toutou*: Jn 18,36), sino a través de otros. Y algo parecido ocurre en su condición de juez en asuntos humanos: «¿quién me ha constituido juez o partidor entre vosotros?» (Lc 12,14). En todo caso, a Él —que es Dios— puede aplicarse lo de «por mí, los reyes reinan, los que hacen leyes decretan lo que es justo» (Prov 8,15).

Y también es «el Gran Pastor de las ovejas» (*ton poiména tón próbaton ton mégan*) (Heb 13,20), o «el Buen Pastor (*ho poimén to kalós*)» (Jn 10,11), «el Príncipe de los pastores (*tou archipoiménos*)» (1Pe 5,4), y «el Cordero, que está en medio del trono, y que los apacentará (a aquellos que están delante del trono de Dios), les conducirá a las fuentes de las aguas de la vida» (Ap 7,17); y «por Él unos y otros tenemos acceso en un Espíritu, al Padre» (Ef 2,18); es aquel que, para toda la Iglesia, cumple el mismo papel que Jahveh, con su Pueblo. Y al mismo tiempo, «la puerta del aprisco» (Jn 10,9).

Y tal vez por esto —la relación entre la jurisdicción, el gobierno y la idea de camino— en la época apostólica también se llamó «camino», «vía», a la vida cristiana. Así, san Pablo, antes de ver a Jesús, iba hacia Damasco con el propósito —dice— de aprehender «a los que encontrase, de esta vía (*tínas ...tes odou óntas*) (Act 9,2; 22,4).

b) Profeta

También «el Profeta» (*ho prophétes*) (en hebreo, *nabí*) —el Profeta singular a quien había aludido Moisés (Dt 18,15; cfr. Jn 5,46), y que sus contemporáneos esperaban (Jn 6,14; 7,40), que dice las cosas que ha oído de su Padre (Jn 8,26)—, o el Rabbí (Jn 11,8; Mt 26,25); o *Rabbouní* («Maestro mío»), como le llama María Magdalena en hebreo (Jn 20,16), donde se da a continuación la equivalencia en griego *Didáskale*, «Maestro», y que la Vg transcribe como *Rabboní*. En Lucas se encuentra otra palabra equivalente a Maestro: «Epistáta» (Lc 5,5; 8,24; 9,33; 17,13). Es el Maestro por excelencia, que es la «luz verdadera que ilumina a todo hombre» (Jn 1,9), «luz para la revelación de los gentiles» (Lc 2,32), el que es aclamado el Domingo de Ramos, en Jerusalén: «Éste es el Profeta Jesús, el de Nazaret de Galilea» (Mt 21,11).

Y si se quiere aplicar este nombre a quien anuncia hechos futuros, también en este sentido Jesús es profeta: predice la pasión y la resurrección (Mt 20,17-19; Lc 18,31-34), con muchos detalles particulares: la traición de Judas (Jn 13,17-30); o las negaciones de Pedro (Lc 22, 31-38); la destrucción de Jerusalén y del Templo (Mt 24,4-22; 24,32-35); y el definitivo advenimiento del Hijo del Hombre (Mt 24,23-31; 24,36-41).

c) Sacerdote

El sacerdocio de Jesucristo —«Tú eres Sacerdote para siempre (*Hiereús eis ton aióna*) según el orden de Melquisedech (*katáten táxin Melchisedek*) (Heb 5,6), o Pontífice (*Archiereús*) (Heb 5,10)— supera al que se describe en la epístola a los Hebreos: «Todo pontífice, tomado de entre los hombres, es colocado en favor de los hombres para todas aquellas cosas que se refieren a Dios, para ofrecer dones (*dorá*) y sacrificios (*thysías*) por los pecados (*hyper hamartión*), que se pueda compadecer de los que son ignorantes y yerran» (Heb 5,1-4).

Melquisedech, rey de Salem (probablemente Jerusalén), que bendijo a Abraham, y recibió de él los diezmos, y ofreció un sacrificio de pan y vino, era sacerdote del Altísimo (Gén 14,17-24; cfr. Ps 109,4; Heb 7,15-25), y tipo de Jesucristo, Sacerdote Eterno: «Cristo no se atribuyó a sí mismo la gloria de ser Pontífice, sino que se la dio el que le dijo: 'tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy'» (Heb 5,5; cfr. Ps 2,7).

Al relacionar su sacerdocio con el de Melquisedech, se subraya que es superior al de los levitas, ya que, como argumenta san Pablo, los levitas proceden de la tribu de Leví, y éste —que es uno de los hijos de Jacob, de los que dan lugar a las doce tribus— desciende de Abraham, y por tanto el homenaje que Abraham rinde a Melquisedech, también lo es de sus descendientes futuros, entre ellos Leví y todos los levitas, que de algún modo estaban presentes en él (cfr. Heb 7,4-10).

Con todo, además de pertenecer a la tribu de Judá, Jesús debió de tener también raíces en la de Leví, ya que su Madre era parienta (*suggenís*) de Isabel (Lc 1,36), esposa de un sacerdote —Zacarías, de la clase de Abías— y descendiente ella de Aarón (cfr. Lc 1,5). Y así, tampoco desde este punto nadie puede haber que sea superior a Él.

«Durante su vida mortal, con grandes clamores (*kraugés ischíras*) y lágrimas (*dakrión*) ofreció (*prosenegkas*) plegarias y súplicas... y fue escuchado a

causa de su reverencia (*apó tes eulabeías*)» (Heb 5,7). Es Grande (*mégan*) (Heb 4,14), Pontífice (*archiereús*) ... Compasivo (*elleemón*)... y Fiel (*pistós*) (Heb 2,17), Santo (*hosías*), Inocente, (*akakós*), Inmaculado (*amíantos*), separado o segregado (*kechorisménos*) de los pecadores... y ensalzado (*hypselóteros*) por encima de los cielos» (Heb 7,26); «ministro del Santuario (*ton hágion leitourgós*) y del Tabernáculo verdadero (*tes skenés alethinés*) (Heb 8,2), y el que «con una sola oblación (*miá prosphorá*) ha perfeccionado (*teteleíoken*) para siempre a los santificados (*hagiazoménous*)» (Heb 10,14).

Y es al mismo tiempo Víctima: «Cristo, nuestra Pascua (*Pascha hemón*) ha sido inmolado (*etythe*)» (1Cor 5,7). «Cristo nos amó y se entregó por nosotros como oblación (*prosforán*) y hostia (*thysían*)» (Ef 5,2); o «Propiciación (*hilasmós*) por nuestros pecados... y los de todo el mundo» (1Jn 2,2); que después de la Resurrección conserva, como trofeos gloriosos, las marcas de las heridas, en el costado, las manos y los pies (cfr. Jn 20, 25-29); «Pecado» (*hamartía*): («Dios le hizo pecado», en el sentido de víctima por el pecado, o acción sacrificial) (2Cor 5,21); «el Cordero, de pie, como inmolado (*arníon estekós, hos esphagménon*)» (Ap 5,6), que recibe la aclamación de los cuatro animales y los veinte y cuatro ancianos: «Digno eres de coger el libro y de abrir sus sellos, porque fuiste matado (*hóti espháges*), y con tu sangre nos compraste (*egorásas*) para nuestro Dios, de toda tribu, lengua, pueblo y nación, y nos hiciste reino (*basileís*) y sacerdotes (*hiereís*) para nuestro Dios» (Ap 5, 9-10) ... «Digno es el Cordero, que ha sido inmolado, de recibir el poder, la riqueza, la, sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la bendición» (Ap 5,12).

Abel, que ofrecía a Dios lo mejor de su rebaño, víctima inocente, matado por su hermano (Gén 4,1-8), es figura de Cristo (Heb 12,24), y así lo ha entendido la plegaria litúrgica, en el Canon Romano.

Podría relacionarse con este nombre —vida (*zoé*)— una manera de denominar la doctrina cristiana, en la época apostólica, como en las palabras del ángel a los apóstoles: «hablad en el templo a todo el pueblo todas las palabras de esta vida (*ta rémata tes zoés taútes*)» (Act 5,20).

En otra de las perspectivas que con grandiosidad ofrece san Pablo en algunos pasajes, asocia su apostolado a una liturgia de la que Cristo es el sacerdote y él su ministro: cuando se refiere a la gracia que le ha sido dada por Dios, «para ser ministro (*leitourgón*) de Cristo Jesús entre los gentiles (*eis ta ethne*), cumpliendo la función sagrada del evangelio de Dios (*hierourgounta to euangelion tou theou*), para que la oblación de los gentiles llegue a ser grata y santificada en el Espíritu Santo» (Rom 15,16).

9. *De los misterios salvadores*

Algunas de las palabras con las que el Nuevo Testamento se refiere a Jesús, el Mesías, el enviado del Padre (cfr. Jn 17,3), tienen relación con el hecho de protagonizar los misterios salvadores: «Jesús Nazareno, hombre acreditado por Dios, entre vosotros, con virtudes (*dynámesi*), prodigios (*térasi*) y signos (*semeíois*)» (Act 2,22); «que fue predestinado (*tou oristhéntos*) Hijo de Dios en el poder (*en dynámei*; Vg: *in virtute*)» (Rom 1,4).

«Cristo, que ha sufrido por nosotros, dejándonos un ejemplo, a fin de que sigamos sus pisadas»

(1Pe 2,21), «a Éste, dentro del designio fijado y de la previsión de Dios, le disteis muerte por manos de los inicuos», dice Pedro a los que le escuchan (Act 2,22); que «murió y fue sepultado» (Act 2,29). Y al cual se refiere Pablo: «predicamos a Cristo crucificado» (1Cor 1,23); «Cristo, nuestra Pascua, ha sido inmolado (*etythe*)» (1Cor 5,7); «ha sido entregado (*parédothe*) por nuestros delitos (*paraptómata*) y ha resucitado (*egérthe*) para nuestra justificación (*dikaíosin*)» (Rom 4,25); «se ha dado Él mismo por nosotros, como oblación» (Ef 5,2; cfr. Gál 2,20); «treinta monedas de plata, precio (*ten timén*) en que fue valorado» (Mt 27,9-10; cfr. Jer 32,6-11) «(Jesucristo) destruyó la muerte, e iluminó la vida y la incorrupción por medio del evangelio» (2Tim 1,10); «al cual Dios resucitó, sueltas las ataduras de la muerte» (Act 2,24); «no fue dejado en el infierno (*eis Háden*), ni su cuerpo sufrió corrupción» (Act 2,31); «(en espíritu) fue a predicar a los espíritus que estaban en la cárcel (*en phylaké*)» (1Pe 3,19); «Cristo ha muerto una sola vez por nuestros pecados, el justo por los injustos, para ofrecernos (*prosagáge*) a Dios, mortificado en la carne (*thanototheís... sarkí*), pero vivificado (*zoopoiéseis ...pneúmati*) en el espíritu... el cual, una vez subido (*poreutheís*) al cielo, está a la diestra de Dios... teniendo sujetos a Él los ángeles, potestades y virtudes» (1Pe 3, 18-22), «amó la Iglesia y se entregó Él mismo por ella» (Ef 5,25); «en quien tenemos la redención (*apolytrosin*) por medio de su sangre, la remisión (*aphesin*) de los pecados» (Ef 1,7).

Su vida y su mensaje —como un eco de una de las definiciones de Dios: «Dios es caridad» (1Jn 4,16)—, se puede resumir en alguna otra frase: «el que nos ha amado y se ha entregado por nosotros»

(Gál 2,10); es Él que puede decir con razón que «nadie tiene amor mayor que éste de dar la vida por sus amigos» (Jn 15,13). «Conocemos la caridad (la Vg añade 'de Dios') en esto: que Él dio su vida por nosotros» (1Jn 3,16). En este sentido estaría otro de los resúmenes de su vida: «el cual pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo» (Act 10,38).

«Glorificado (*edoxásthe*)» (Jn 7,39); «es Aquel al que Dios ha resucitado de entre los muertos» (Act 13,37), el que «ha sido elevado al cielo» (Act 1,11); «exaltado por la diestra de Dios» (Act 2,33); «está sentado a la diestra del solio de Dios (*kekáthiken en dexía tou thrónou*)» (Heb 12,2); «se sentará en el trono de su gloria (*kathísei epí thrónou dóxes autou*)» (Mt 25,31); y «es primicias de los que duermen» (1Cor 15,20).

«Este es el que viene por el agua y la sangre, Jesucristo, no sólo en el agua, sino en al agua y la sangre... Porque tres son los que dan testimonio, el espíritu (*ho pneúma*), y el agua (*to hydor*) y la sangre (*to haima*), y estos tres son uno» (1Jn 5,6-7). Se podría relacionar esta terminología con la que el mismo Juan, en el relato de la Pasión, señala que después de que «entregó el espíritu (*parédoken to pneúma*) (Jn 19,30), uno de los soldados traspasó su costado y «salió sangre y agua» (v.34). También podría verse aludida aquí la eficacia de los sacramentos, no sólo el bautismo (en el que se nace de nuevo por el agua y el Espíritu Santo: Jn 3,9), sino también la Eucaristía, en la que se revive la Pasión de Cristo (por la referencia a la sangre y el agua).

Se podría ver recalcada aquí la verdad de la humanidad de Cristo —frente a las corrientes

gnósticas y docetas, a las que tal vez hace referencia el mismo apóstol en otro lugar, cuando alude a «muchos seductores que salieron al mundo y no confiesan a Jesucristo vivo en carne; éste (equivalente a «éstos») es el seductor y anticristo» (1Jn 7)— y el valor redentor de la Pasión.

Son varios los nombres que subrayan su relación con la vida: «vivificado»: «mortificado... en la carne (*thanatotheís... sarkí*), pero vivificado en el espíritu (*zoopoietheís... pneúmati*)» (1Pe 3,18); vivo: «vivo, pero fui muerto (*ho zón, egénomen nekrós*)» (Ap 1,18); «viviente»: «vivirá para siempre (*pántote zón*) para interceder (*entygchánein*) por nosotros» (Heb 7,25); fue crucificado, por causa de debilidad (*stauróthe ex astheneías*)... pero vive por la virtud de Dios (*zé ex dynámeos Theou*)» (2Cor 13,4).

Recordemos varios nombres, unidos, en los que se alude a sus dos naturalezas —divina y humana—, a su acción redentora, y a su poder: «Yo soy el primero y el último, y el que vive (*ho zón*); fui muerto y he aquí que vivo por los siglos de los siglos (*zón eimí eis tous aiónas tón aiónon*), y tengo las llaves de la muerte y del infierno (*tas kleis tou thanatou kaí tou Hadou*)» (Ap 1,18).

10. *De personas inspiradas*

Como ya se ha visto, a menudo son personas inspiradas por Dios las que le dan nombres llenos de sentido: Juan el Bautista le saluda así: «he aquí el Cordero de Dios, el que quita el pecado del mundo» (Jn 1,29); Zacarías, lo ve como «el Oriente (el Sol naciente) que viene de las Alturas (*Anatolé ex hypsous*)» (Lc 1,78); Simeón le canta

como a «gloria de tu pueblo (de Dios), Israel (*dóxan laou sou Israel*)» (Lc 2,32).

Poncio Pilato profiere una expresión que va más lejos de lo que él pensaba: «*Ecce Homo* (*idou ho ánthropos*)», «he aquí al Hombre» (Jn 19,5): el que se podría considerar como el Hombre por antonomasia; y del cual la mujer del Procurador romano habla como de «aquel Justo (*ho díkaio ekeíno*)» (Mt 27,19). El mismo Judas, después de haberlo traicionado, exclama: «He pecado, entregando sangre inocente (*athoon*)» (Vg: *sanguinem iustum*: «sangre justa») (Mt 27,4).

Caifás, dirigiéndose a los otros pontífices y a los fariseos alude a Jesús de manera genérica: «os conviene que muera un hombre (*heis ánthropos apotháne*) por el pueblo, para que no perezca toda la nación» (Jn 11,50). Juan explica que «esto no lo dijo por sí mismo, «sino que al ser Pontífice (*archiereús*) aquel año, profetizó que Jesús había de morir por la nación, y no sólo por la nación, sino para congregar en uno a los hijos de Dios (*ta tekna tou Theou*), que estaban dispersos» (Jn 11,51).

Pedro, en la alocución al pueblo después de la curación de un cojo de nacimiento, habla con audacia de Jesús: «su Hijo (*paida autou*) (de Dios), Jesús, al que vosotros entregasteis (*paradókate*) y negasteis, ante la faz de Pilato, cuando estimaba que había de ser soltado». Y da de él varios nombres: «vosotros negasteis al Santo (*ton hágion*) y al Justo (*kaí díkaion*) y pedisteis que os fuera devuelto un hombre homicida. Pero matasteis al autor de la vida (*ton de Archégon*), al que Dios suscitó de entre los muertos, de lo cual nosotros somos testigos» (Act 3,13-14).

Y aunque no sea necesario subrayarlo, san Pablo se muestra casi inagotable atribuyéndole nom-

bres. Además de algunos que se recogen en otros lugares, recordemos aquí: «imagen (*eikón*) de Dios» (2Cor 4,4); «imagen (del hombre celestial: *eikóna tou epouraníou*)» (1Cor 15,49) «nuestra paz» (*he eiréne hemón*) (Ef 2,14), «nuestra Esperanza» (*tes elpídos hemón*) (1Tim 1,1); «Mediador (*mesites*) de Dios y de los hombres, el Hombre Cristo Jesús» (1Tim 2,5); «el Principio (*he arché*)» (Col 1,18); «primogénito de entre los muertos (*protótokos ek ton nekrón*)»; resucitó de entre los muertos, «primicias de los que duermen (*aparché ton kekoimeménon*)» (1Cor 15,20); «el que tiene la primacía (*proteúon*) en todas las cosas» (Col 1,18); «el misterio de Dios, (esto es, Cristo): «hasta llegar a un pleno conocimiento del misterio de Dios, Cristo (*tou mysteríou tou Theou, Christou*), en el cual están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia» (Col 2,2-3).

De la epístola a los Hebreos mencionamos aquí: «Autor y Consumador (*archégon kai teleiotén*) de la fe» (Heb 12,2); «Autor de la salvación de los hombres» (Heb 2,10); «Precursor (*pródromos*)»: «donde Jesús ha entrado por nosotros como precursor» (Heb 6,20); «Fiador (*eggús*, Vg: *sponsor*)»: «ha resultado fiador de una Alianza mejor» (Heb 7,22); «puede salvar definitivamente a los que por medio de Él se acercan a Dios, ya que está siempre vivo (*pántote zon*) para interceder por ellos» (Heb 7,25); «el Hijo perfecto (*teteleiómenon*) para siempre» (Heb 7,28); «Mediador (*mesítes*) de una Alianza mejor (*kreittonós diathékes*)» (Heb 8,6), o «de la Nueva Alianza (*diathékes néas*)» (Heb 12,24); «acerquémonos con confianza al Trono de la gracia (*to thróno tes cháritos*) para obtener misericordia» (Heb 4,6).

En el Apocalipsis, a menudo, el nombre viene enriquecido con descripciones e imágenes: «El que tiene las siete estrellas en su mano derecha, el que se pasea en medio de los siete lampadarios de oro» (2,1); «el que tiene los siete espíritus de Dios y las siete estrellas» (3,1); «el que tiene la espada afilada de dos filos» (2,12).

11. *Condición humana y analogías*

El hecho de que Jesús comparta verdaderamente la naturaleza humana, y la analogía con las realidades de la vida de los hombres, dan ocasión a bellos nombres:

«Hijo»: de Dios (*Hyiós Theou*) (Mt 27,54), o *Teknon Theou* (Jn 1,12), en el sentido de la filiación divina natural, ya que a Él no se le puede aplicar el de la filiación adoptiva (la *hyiothesía* de quienes son «hijos de Dios» por la gracia: *hyioi Theou* —Rom 8,14-17; cfr. Gál 4,4-7 y Heb 12,5-6—, o *tekna Theou* Rom 8,16). Hijo (de José o de María): «Niño (o Vg: Hijo), ¿por qué has hecho esto con nosotros (*téknon, ti epóiesas hemyn outos*)?» (Lc 2,48); de Abraham (Mt 1,1); de David (Mt 12,23); «Primogénito»: «y dio a luz a su hijo primogénito (*ton Hyión autés ton protótokon*)» (Lc 2,7); «los ha predestinado a hacerse conformes con la imagen de su hijo (*synmórphous tes eikónos tou Hyiou autou*), para que sea primogénito entre muchos hermanos (*protótokon en pollois adelphois*)» (Rom 8,29); «Heredero»: «a su Hijo, al que ha constituido heredero universal» (*kleronómon pánton*) (Heb 1,2); «Éste es el heredero (*ho kleronómos*), matémosle» (Lc 20,14); «si sois hijos, también

herederos (*kleronómoi*): herederos ... de Dios, y coherederos (*sygkleronómoi*) de Cristo» (Rom 8,17).

«Padre» (implícitamente, cuando se dirige a los discípulos como a hijitos, *teknía*, *tékna*: Mc 10,24, y Jn 13,33); «Hermano (*adélphos*)» (Heb 2,12.17; Mt 28,10); «Amigo (*phílos*)» (Jn 15,15); «Esposo» o «Novio» (*nimphíos*) (Mt 9,15; cfr. Mt 25,1-10); «Varón»: «os he desposado a un solo varón (*hení andrí*) para presentaros (*parestésai*) a Cristo, como casta virgen (*parthénon agnén*) (2Cor 11,2); también «Varón» (*ho áner*) en el sentido de hombre (Jn 1,30); «Siervo» o «Esclavo» (*doulos*) (Flp 2,7); «Servidor» o «Ministro» (el que sirve: *ho diakonón*) (Lc 22,27); «Maestro (*Rabbí, Didáskalos*)» (Jn 3,2; Mc 5,35), «Preceptor» (*kathegetai*, Vg: *Magister*: Mt 23,10) (o *Epistáta*: «Jefe», que en Lc —cfr. 5,5; 8,24; 9,33, 17,13— tiene el sentido de Maestro) «Caudillo (*hegoúmenos*), Vg: dux» (Mt 2,6; cfr. Miq 5,1). «Cabeza (*kephalé*): «el cual es la cabeza» (Ef 4,15); «Cabeza»: («del varón»: 1Cor 11,3); «de la Iglesia» (Ef 5,23); «del cuerpo de la Iglesia» (Col 1,18); «de todo principado y potestad (Col 2,10).

«Abogado»: «tenemos un Abogado (*paráklеton*), Jesucristo justo» (1Jn 2,1); «Paráclito (Consolador o Defensor)», porque cuando anuncia otro Paráclito, está diciendo que Él también lo es (Jn 14,16); «Juez (*krités*)»: «(El Padre) ha dado todo juicio al Hijo» (Jn 5,22); «Juez justo (*díkaios krités*)» (2Tim 4,8; cfr. Mt 25,31-46).

«Prójimo (*plesíon*)». En la parábola del Samaritano que, «movido por la misericordia (*ho poiésas to éleos*)», auxilia al hombre que bajaba de Jerusalén a Jericó y que cayó en manos de salteadores. El Samaritano no le esquiva, como hacen otros —un sacerdote (*hieréus*), y un levita (*leuites*)— sino que va a su encuentro, lo atiende, lo monta en su cabalgadura, y lo lleva a la posada, y paga para que sigan cuidándolo (Lc 10,25-37). Aquel Samaritano se puede identificar con el Señor, como hace San Agustín (De Verbo Dom., Sermo 37), siguiendo a otros Padres.

«Pastor (*poimén*)» (Jn 10,11; 1Pe 2,25); «Príncipe de los Pastores (*Archipoiménon*)» (1Pe 5,4); «Inspector (*Epískopos*)» (1Pe 2,25); «Constructor» (Mt 16,18); «Médico» (Lc 4,23; 5,31); «Sembrador ('el que siembra la buena simiente', en la liturgia romana: *sator*)» (Mt 13,37); «Primicias (de los que resucitarán)» (1Cor, 15,23).

Y en la descripción del Juicio final, Él, que es el Rey, se presenta como aquel que tuvo hambre y sed, fue peregrino, o se encontró desnudo, enfermo o preso, y unos lo atendieron, y otros no (cfr. Mt 25 passim).

El término «oikodespótes», dueño de la casa, padre de familia, (Vg: *paterfamilias*) se encuentra aplicado a Cristo, varias veces, en los evangelios. En un contexto amplio en que se defiende de una acusación de sus adversarios —«en virtud del príncipe de los demonios, expulsa los demonios» (Mt 9,34)—, dice que «si al padre de familia (*ten oikodespóten*) —esto es, a Él— le han llamado Belzebub, cuanto más lo harán con sus domésticos (*tous oikiakoús*), o sea, sus discípulos» (cfr. Mt 10,24-25).

La palabra «Señor (*kyrios*; Vg: *dominus*), además de su uso como nombre divino que se ha señalado más arriba, se encuentra también para referirse al dueño de la casa (en un sentido equivalente al de *oikodespótes*, Vg: *paterfamilias*) en algunas parábolas en las que utiliza esta imagen: «bienaventurados aquellos siervos a los cuales el Señor, cuando llegue, les encuentre vigilantes, porque se ceñi-

rá, les hará sentar a la mesa, y se acercará para servirles» (Lc 12,37-38; cfr. 12,43; 46; 16,5).

En otro lugar, a propósito del número de los que se salvan, anuncia que algunos llamarán a la puerta, diciendo: «Señor (*kyrie*), ábrenos», y una vez el padre de familia (*oikodespótes*) haya entrado y cerrado las puertas, exclamarán, en su afán por darse a conocer: «comimos y bebimos contigo, y enseñaste en nuestras plazas» (cfr. Lc 13,22-30), todo lo cual es más fácilmente aplicable a Cristo, que al Padre o a Dios en general.

Se compara a un «prestamista» (*daneisté*) (Lc 7,41), en el texto dirigido a Simón el fariseo, que se escandaliza porque Jesus recibe el homenaje de la mujer pecadora : «Un prestamista tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios, y el otro cincuenta. Y no teniendo con qué pagar, condonó (la deuda) a uno y otro. ¿Quién en consecuencia le quiere más?... Pienso que aquel a quien ha condonado más». Él es el prestamista que perdona, y la mujer pecadora y Simón, respectivamente los dos deudores aludidos (cfr. Lc, 7,36-50).

Tal vez sirva también —por ser una comparación que se aplica a la actitud que hay que tener ante el Reino de Dios— la de «hombre negociador» —comerciante— (*ánthropos emporo*) que ha encontrado una piedra preciosa (cfr. Mt 13,45).

También se puede aplicar a él en el grado más eminente la comparación con que se concluye el capítulo de las parábolas sobre el Reino de Dios: «todo escriba docto en el Reino de los cielos (*pas grammáteus matheteútheis te basileia tonouranón*) es semejante a un dueño de la casa (*ánthropo oikodespóte*) que saca de su arca cosas nuevas y viejas (*kainá kaí palaiá*)» (Mt 13,52).

E incluso, Cristo mismo se sirve de la imagen del ladrón (*ho kléptes*) para ilustrar el carácter repentino de su venida postrera: «si supiera el dueño de la casa a qué hora había de venir el ladrón, vigilaría ... Y vosotros estad preparados porque a la hora que no pensáis vendrá el Hijo del Hombre» (Lc 12,35-40).

Y por supuesto, también es válida, en un sentido propio, la palabra más genérica, «hombre» (*ánthropos*), como en Lc 23,47: «Este hombre (*ho ánthropos outos*)»; cfr. Jn 9,16; Jn 10,33). O el más inconcreto todavía de «un cierto hombre»: *ánthropos tis*, con el que se introducen algunas parábolas que pueden referirse a Dios en general, o a su Hijo (Lc 14,16; 16,1).

La relación Adán-Jesús. Merece un capítulo aparte el paralelismo de Jesús con Adán: «el primer hombre Adán (*ho prótos ánthropos Adám*) fue hecho alma viviente (*eis psychén zósan*), y el último Adán, espíritu vivificador (*eis pneúma zoopoioun*)» (1Cor 15,45).

El tema da lugar a un desarrollo extenso en Rom 5,12-21, donde se contrapone el pecado de uno, que pasó a todos, y la redención operada también por uno, que afectó también a todos: «por tanto, así como por medio de un solo hombre (*di'henós anthrópou*) entró el pecado en el mundo, y a través del pecado, la muerte, y de esta forma la muerte llegó a todos los hombres, puesto que todos pecaron (*eph'ho pántes hémarton*)... (v.12) ... Sin embargo, la muerte reinó desde Adán hasta Moisés, incluso sobre aquellos que no pecaron de una manera semejante a la transgresión de Adán (*epí to homoiómati tes parabáseos Adám*), el cual es figura del que había de venir (*hos éstin typos tou méllon-*

tos) (v.14)... Pero el don (*to chárisma*) no es como el delito (*paráptoma*); pues si por el delito de uno solo murieron todos (*hoi polloi*, 'los muchos', expresión bíblica que significa 'todos', como en Mt 26,28), cuánto más la gracia de Dios y el don que se da en la gracia de un solo hombre (*tou henós anthrópou*), Jesucristo, sobreabundó para todos (*eis tous pollous*) (v.15). Pues si por el delito de uno solo la muerte reinó por medio de uno solo, mucho más los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia, reinarán en la vida por medio de uno solo, Jesucristo (v.17)».

12. *De la naturaleza y del trabajo humano*

De la observación de la naturaleza y del trabajo humano, resultan metáforas que sirven para poner de relieve cualidades y funciones: «Yo soy la vid (*ho ámpelos*) y vosotros los sarmientos (*klémata*)» (Jn 15,1 ss); Tronco verde (*hygró esiló*) (Lc 23,31); Pan de la vida (*ho ártos tes zoés*) (Jn 6,35), Pan bajado del cielo (*ho katabás ek tou ouranou*) (Jn 6,41), Pan, que es su Carne (*sárks*) (Jn 6,51), y que «verdaderamente (*alethés*) es comida (*brósis*)» (Jn 6,55), lo mismo que su Sangre (*haima*) «verdaderamente es bebida (*posis*)» (Jn 6,54); «Grano de trigo» (*ho kókkos tou sítou*) que cae en tierra (Jn 12,24). «Raíz (*he riza*) y linaje (*ho génos*) de David» (Ap 22,16).

Aunque no se da directamente a Cristo el nombre de agua, fuente, o río, estas imágenes se relacionan íntimamente con Él: «el agua (*to hydor*) que yo le daré, se hará en él una fuente (*pegé*) de agua que salta hasta la vida eterna (*eis zoén aiónion*)» (Jn 4,14). Y en el mismo sentido, Él dice: «Al sediento le daré gratis de la fuente de agua viva» (Ap 21,6); y el ángel muestra a Juan «un río de agua viva (*potamón hydatos zoés*), espléndido como cristal (*hos krystállon*), que procede de la sede de Dios y del Cordero» (Ap 22,1). «El Cordero les conducirá a las fuentes de las aguas de la vida» (Ap 7,17).

Cordero (*amnós*: Jn 1,29; 1Pe 1,19) (*arníon*: Jn 21,15); oveja (*hos probaton*) (Act 8,32; cfr. Is 53,7); Puerta (para las ovejas: *he thyra tón probatón*) (Jn 10,7); «Estrella (*ho aster*) espléndida y matutina» (Ap 22,16). Luz (*phos*) (Jn 1,9) (de los hombres: Jn 1,4; del mundo: Jn 8,12; para revelación de los gentiles: Lc 2,32); lámpara o antorcha (*lychnos*) (Ap 21,23).

Piedra (*pétra*) (1Cor 10,4); Piedra que ha sido rechazada (*líthos exouthenetheís*) (Act 4,11); Piedra angular (*kephalén gonías*), piedra en que se tropieza (*líthos proskómmmatos*) y piedra de escándalo (*pétra skándalou*) (1Pe 2,7); fundamento (*themélion*): «y nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, que es Cristo Jesús» (1Cor 3,11). Templo (*naós*) (Jn 2,19.21). Signo de contradicción (*semeíon antilegómenon*) (Lc 2,34-35), de lo cual podría ser una manifestación este pasaje: «algunos decían que es bueno (*agathós éstin*), pero otros que no, que seduce a la gente (*planá ton ochlon*)» (Jn 7,12). León de la tribu de Judá (*ho Léon ho ek tes fylés Ioudá*) (cfr. Ap 5,5).

«Pieza de paño nuevo» y «vino nuevo»: «nadie puede poner una pieza de paño nuevo en un vestido viejo, porque la pieza tiraría del vestido, y se produciría un desgarrón peor. Ni se echa vino nuevo en odres viejos, pues de lo contrario se romperían los odres, y el vino se derramaría, y los odres

se perderían; sino que el vino nuevo se pone en odres nuevos y ambos se conservan». Podría pensarse que la imagen —además de significar la novedad que supone la doctrina evangélica, que no consiste sólo en algunos remiendos puestos en el Antiguo Testamento— mira también concretamente a la persona de Jesucristo. Si en el v. 15, la figura del esposo se refería a Jesucristo, en éste se confirma lo que se decía, con otra imagen: la pieza nueva sería la persona y la doctrina de Jesucristo que se une a lo que está llamado a ser nuevo, y también el vino nuevo sería lo que tienen de novedad la encarnación y la redención (Mt 9,1617).

De alguna manera se puede ver una alusión a Cristo, y también a Juan Bautista, en la descripción que se hace de los hombres de esta generación que «se asemejan a los niños que están sentados en la plaza y diciendo entre ellos: 'os hemos cantado al son de las flautas y no habéis bailado, hemos cantado lamentaciones, y no habéis llorado'» (Lc 7,31-32). Ni Cristo, ni Juan, en efecto, han provocado la adhesión de todos aquellos a quienes se han dirigido.

El mismo Jesús, que se aparece a Saulo en el camino de Damasco —«Yo soy Jesús a quien tú persigues» (Act 9,5)—, le invita a deponer su actitud, utilizando una locución popular con la cual se expresaba la inutilidad de una resistencia, «es duro para ti dar coces contra el aguijón» (Act 9,5; 26,14). En esa frase hecha se encuentra también una imagen que se aplica a Jesucristo: «el aguijón (*kentra*), con que los bueyes son incitados a andar». También esta vez se establece un contraste entre lo que hace Saulo —dar coces (*laktízein*, Vg: *calcitrare*)— y la actitud de Jesucristo, como en el anuncio a Simeón,

de que sería «Signo de contradicción (*sémeion antilegómenon*)», al que se contradecirá (Lc 2,34).

Su segundo advenimiento, «la parusía del Hijo del Hombre» (Mt 24,27), que será como el «relámpago (*he astrapé*) que sale del oriente y se ve hasta el occidente» (v.27), se compara al movimiento raudo de las águilas que se dirigen hacia su presa: «dondequiera que se encuentre el cuerpo, allá se congregarán las águilas (*hoi aetoi*)» (Mt 24,28).

Y una pequeña parábola audaz: «muchas veces he tratado de reunir a los hijos de Jerusalén como una gallina (*órnis*) los polluelos bajo sus alas» (Mt 23,37).

13. *Cualidades*

Otros nombres vienen de cualidades: cuando Él se presenta como «manso (*praus*)» (Mt 21,4; cfr. Zac 9,9); «manso, y humilde de corazón» (*praus kai tapeinos te kardía*) (Mt 11,29); o la descripción hecha con palabras de Is 47,1-4, en Mt 12,16-21; «él tomó nuestras enfermedades y llevó nuestras dolencias» (Mt 8,17; cfr. Is 53,4); «todos los que le oían estaban estupefactos por su prudencia y por sus respuestas» (Lc 2,47), frase en la cual, con una endíadis, se dice por medio de dos sustantivos, lo que también se podría expresar con un nombre y un adjetivo: «sus respuestas prudentes». O los que le oían en la sinagoga de Nazaret: «y se admiraban por las palabras de gracia, que salían de su boca» (Lc 4,22), «y quedaban estupefactos a propósito de su doctrina, porque su lenguaje era de quien tiene autoridad» (Lc 4,32).

«Sabiduría (*sophía*)»: «y la Sabiduría ha sido justificada por todos sus hijos» (Lc 7,35). Los hijos

de la sabiduría son los sabios, los santos, que dan testimonio de Cristo (cfr. Sab 7,26; Prov 8,22).

«Y vosotros sois de Él (*ex autou*) en Cristo Jesús, que se ha hecho para nosotros sabiduría (*sophía*) de Dios, y justicia (*dikaiosyne*) y santificación (*hagiasmós*) y redención (*apolytrosis*)» (1Cor 1,30).

Se le aplica la palabra «justo» (*díkaios*), como substantivo o adjetivo (cfr. Mt 27, 19 y 24; 1Jn 2,1). Tal vez se refiera a Él el texto de Santiago: «Condenasteis y matasteis al Justo, y no os opuso resistencia» (Jac 5,6). Dentro del tono propio de esta epístola, en la que el Autor mantiene un estilo próximo al mundo vétero-testamentario, y no siempre es del todo explícito en lo que se refiere a Jesucristo, es probable —y así lo han visto algunos autores— que la alusión a la muerte del Justo se refiera directamente a Él, o que, si se contempla alguna idea del Antiguo Testamento (cfr., por ejemplo, Sab 2,10-12), se aplique de manera eminente al Redentor. En esta línea estarían también los calificativos «Santo (*Hágios*)» (Ap 3,7; cfr. Lc 1,35; Mc 1,24; Heb 7,25) y «Verdadero (*Alethinós*)» (Ap 3,7; 1Jn 5,20).

En una paráfrasis de las palabras Sí y Amén, san Pablo hace un resumen de la afirmación que toda su vida constituye: «El Hijo de Dios Jesucristo, que ha sido predicado por nosotros... no fue Sí y No, (*Naí kaí Ou*) sino que en Él está sólo el Sí... y por esto, también por medio de Él, nosotros decimos a Dios Amén, para glorificación» (2Cor 1,19-20). Juan, en el Apocalipsis remacha la misma idea: «Esto dice el Amén, el testigo fiel y veraz, el principio de la creación de Dios» (Ap 3,14).

Se le llama «testigo fiel (*ho mártys to pistós*) (Ap 1,5), y sus mismos adversarios, cuando le quieren hacer una pregunta capciosa, empiezan por reconocer: «Maestro, sabemos que eres veraz (*alethés*) y que enseñas de veras el camino de Dios sin temor a nadie, ya que no haces acepción de personas» (Mt 22,15-16).

O cuando se destaca que «fue obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (Fil 2,8); y «que por vosotros se hizo pobre, siendo como era, rico (2Cor 8,9). También se dice de Él: «cuán Dulce (*chrestós*) es el Señor» (1Pe 2,3).

Otro nombre de Jesucristo es el de «fuerte»: «quien ha de venir después de mí, es más fuerte (*ischiróteros*) que yo», dice Juan Bautista (Mt 3,11). Es el «más fuerte (*ischyteros*, Vg: *fortior*)», que llega y vence a uno que es «fuerte y está bien armado (*ho ischyros kathoplisménos*)» —Satanás, Beelzebub—, y le quita las armas y reparte su botín (Lc 11,21-22).

El Cordero aparece como «digno (*áxiós*) de recibir la potencia, la riqueza, la sabiduría, la fortaleza, el honor, la gloria y la bendición» (Ap 5,12), y también «digno de recibir el libro y abrir sus sellos» (Ap 5,9).

14. *Una puntualización terminológica*

Está claro que Jesucristo que, al tiempo que perfecto Dios, es perfecto Hombre, muestra su aprecio por todos los verdaderos valores humanos las virtudes personales y de convivencia: sinceridad (Jn 1,47), amistad (Jn 11,36), o solidaridad (Jn 6,11).

Y quien ha participado —como Verbo— en la creación del mundo y en la conservación de todo, enseña el respeto por las cosas de la naturaleza —vivientes: los pájaros (Mt 6,26); o los lirios (Mt 6,28); o no vivientes: una perla preciosa (Mt 13,46)— que han salido, buenas, de las manos de

Dios, destellos de su belleza, partes de un conjunto, participación del ser de Dios, y que, a quien las observa con atención, pueden llevarle a encontrar el Ser por antonomasia, que en su grado máximo es Unidad, Bondad, Belleza. Y que también es Padre: «Sed, por tanto vosotros perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto (*teleiós*)» (Mt 5,48).

Para ello ha de ser útil fijarse en los varios sentidos que la palabra «mundo» —*kósmos*—, tiene en la Escritura, y en concreto en el evangelio de san Juan. Hay un sentido cosmológico, y según éste el mundo es bueno: «Todas las cosas han sido hechas por Él (Jn 1,2)»; «estaba en el mundo, y el mundo ha sido hecho por Él» (Jn 1,10).

Y en otros lugares se utiliza el vocablo, sin calificarlo, como lugar de estancia de los hombres, a donde Él mismo viene: «Salí del Padre y vine al mundo; y de nuevo dejo el mundo, y voy al Padre» (Jn 16,28). Es el mismo sentido en que dice «no te ruego que los saques del mundo, sino que los guardes de mal» (Jn 17,15).

Pero a veces se le da un sentido antropológico absoluto —el de todos los hombres que están en el mundo—: «y el mundo no le conoció» (Jn 1,10). Y además de ese sentido, aparece otro —el sentido antropológico relativo—, la parte mala de los hombres que están en el mundo: «si el mundo os odia, sabed que antes me tuvo odio a mí» (Jn 15,18). Si hubierais sido del mundo, el mundo hubiera amado lo que era suyo, pero, porque no sois del mundo, sino que os elegí del mundo, por eso os odia el mundo» (Jn 15,19).

Quedará como un clásico para una teología del mundo, entendido en algunos de los sentidos apuntados más arriba, el texto titulado «Amar al mundo apasionadamente» (Homilía pronunciada en el campus de la Universidad de Navarra el 8-10-1967, recogida en «Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer», 15 ed. Madrid, 1986, p. 233). Y también sus glosas al lema encaminado a «poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas» (cfr. «Es Cristo que pasa», Homilías, nn. 183, 156).

15. *Algunas lecturas difíciles*

Mt 12,31-32. Es un texto donde se dice que, a diferencia de un pecado o blasfemia contra Dios, o de una palabra contra el Hijo del Hombre que se perdonan, una cierta ofensa al Espíritu Santo no sería remisible.

Si se leyera sin profundizar, se podría ver en este pasaje, una excepción, por parte de Dios o de los que le representan en la tierra, en el perdón de los pecados, ya que se alude a cierto pecado que «no se perdonará ni en este siglo (*en touto to aióni*) ni en el futuro (*en to mellónti*)». Así, alguien podría pensar, por esta consecuencia, que en algún sentido, hay una diferencia en dignidad entre la Tercera Persona y las otras dos, o que Dios quisiera limitarse en su poder de perdonar los pecados. La explicación ha de ser otra: ya que se requiere para la remisión de un pecado, que el pecador, en su libertad, no ponga obstáculo, se puede suponer que un pecado contra el Espíritu Santo es, por definición, la negativa del pecador a recibir el perdón de Dios, cosa que no ocurre en una simple blasfemia ni en un insulto al Hijo, pecados que se dieron efectivamente con motivo de la Crucifixión (Mt 27,39-46), y para los cuales, Jesús mismo pidió perdón en favor de quienes los cometieron (Lc 23,34).

Esta cuestión surge también a propósito de un texto posterior, el de Heb 6,4-6, donde se trata de la imposibilidad de ser renovados para la penitencia (*anakainízein eis metánoian*), los que después de haber sido iluminados, saborearon el don celestial y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, y gustaron la buena palabra de Dios —el evangelio— y las virtudes del siglo venidero. También habría aquí un rechazo de la fe redentora, la negativa a recibir el perdón. Para ella se da una razón: esas personas vuelven a crucificar (*anastaurountas*) para ellos al Hijo de Dios, haciendo así una burla (cfr. 6). Parece, sin embargo, como si en este último texto se diera a tal imposibilidad —que hay que entender hiperbólicamente, como gran dificultad— un alcance distinto, tal vez menor, del que tiene en el de Mateo. Parecido sentido sería el del «pecado para muerte (*amartía pros thánaton*)» (cfr. 1 Jn 5,16), de quien lo ha cometido dice el autor: «no digo que alguien ruegue por él» (16), y termina así: «toda iniquidad (*adikía*) es pecado (*hamartía*), y es pecado no para muerte. Podría ser la apostasía, la pérdida de la fe (o de la vida: cfr. v. 12: «el que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo, no tiene la vida»). Véase también 2Pet 2,20-22.

Un texto muy sugestivo es el de Jac 5,19: «Hermanos míos, si alguien de vosotros, se aparta de la verdad, y alguien le convirtiere (*kaí epistrépse tis autón*), debe saber que quien hace convertir al pecador del error de su camino (*ginoskéto hoti ho epistrépsas amartolón ek plánes hódou*) salvará su alma de la muerte (*sosei psychén autou ek thanátou*) y cubrirá la multitud de los pecados (*kaí kalypsei pléthos amartión*)».

La morfología de la frase que, por la ambigüedad del pronombre *autou* —tanto en los supuestos en que en latín le correspondería el pronombre *eius*, como en los que sería propia la forma *suus*, puede aplicarse a quien convierte y también al convertido— no permite afirmar con seguridad que el alma que se salva de la muerte es la del que hace la obra de caridad y de apostolado, o la del que ha sido beneficiario de ella, y tampoco, que la multitud de los pecados que se cubren son los de uno o del otro. Sin embargo, se puede admitir como más probable la primera de las apuntadas.

De hecho, la Vg parece distinguir dos personas, atribuyéndoles partículas diferentes (*ab errore viae suae*, en el caso del pecador), (*salvabit animam eius a morte*, en el de quien practica la caridad). Las razones podrían ser, entre otras, éstas: una, que si se refiriera al convertido, no haría falta subrayar ese hecho, porque es obvio; y otra, la relación que puede tener ese texto con 1Pe 4,8, donde se dice: «ante todo, tened una continua mutua caridad, ya que la caridad cubre la multitud de los pecados (cfr. Prov 10,12; 1Cor 13,7)». Se puede pensar que, aunque no se mencione en Jac 5, 19-20 la palabra caridad, se trata en realidad de un acto de esta virtud —apartar a otro, del pecado— que produce todos sus frutos.

Hay un precedente de esta idea en Ez 3,16-21, en un pasaje en que el Señor habla al profeta y le encarga que anuncie sus palabras al impío. Después de plantear varios supuestos, se dice: «mas si hubieres apercibido al justo a fin de que no peque, y él no pecare, en verdad que tendrá él verdadera vida, porque le apercibiste, y tú has librado tu alma» (21).

16. *Nombres malsonantes*

Obviamente prescindimos aquí de glosar con detalle los nombres ofensivos o inadecuados que, por odio o por desconocimiento de su realidad divino-humana, le dan sus adversarios.

Algunas veces le acusan abiertamente de blasfemo: «no te lapidamos por ninguna buena obra, sino por blasfemia (*perí blasphemías*), y porque tú, siendo como eres hombre, te haces a ti mismo Dios (*sy, ánthropos on, poieís seautón Theón*)» (Jn 10,33). O cuando se preguntan: «¿quién es este que dice blasfemias?» (Lc 5,21). O concluyen: «este hombre no es de Dios (*ouk éstin pará Theou ho ánthropos*), porque no guarda el sábado» (Jn 9,16).

También le llaman «malhechor (*kakón poión*)» (Jn 18,30), «aquel seductor» (Mt 27,63); o le dicen «eres samaritano y tienes el demonio» (Jn 8,48; 8,52).

Aunque comentan de él injuriosamente que es «comedor, y bebedor de vino, amigo de publicanos y pecadores» (Mt 11,19), se podría pensar también que estas expresiones obedecen a una mala lectura de su afán de almas, y de la naturalidad con que el Dios-Hombre vive su vida de hombre —de quien «se ha hecho igual a los hombres» (Flp 2,7), pero «sin pecado» (Heb 4,15)— y a quien la calumnia no ha manchado nunca ni con la más mínima sospecha de mala conducta.

Algunos errores provienen de una precipitación en la percepción por los sentidos —los apóstoles, al ver andar a Jesús sobre las aguas, dicen que «es un fantasma (*phantasmá*)» (Mt 14,26), o, ante una aparición de Cristo resucitado, estiman que ven sólo un «espíritu (*pneúma*)— o de errores recogidos de la opinión pública, según los cuales el Hijo del Hombre es Juan Bautista, Elías o uno de los profetas (Mt 16,14).

Y otros, de la no aceptación de su mensaje por parte de algunos, en la época de la predicación de los apóstoles: el Cristo que Pablo anuncia «nosotros predicamos a Cristo crucificado», el cual, para los que son llamados, judíos y griegos, es «poder de Dios y sabiduría de Dios», mas «para los judíos es escándalo (*skándalon*), y para los gentiles, necedad (*morían*)» (1Cor 1,23-24).

Un pasaje del evangelio, después de haber explicado que «se había reunido la muchedumbre, de manera que ni siquiera podían comer», recoge la reacción de algunos de sus parientes; «como lo oyesen los suyos (*hoi par' autou*) fueron para cogerle, ya que decían que está fuera de si (*exeste*)» (Mc 3,20-21). Jesús se queja de que: «como a un ladrón (*lestén*) habéis salido a cogerme, con espadas y palos» (Mt 26,55).

En algunos casos se trata de anuncios proféticos: al señalarse que «con Él crucificaron a dos ladrones (*lestás*)» (Mc 15,27), se cumplió la Escritura que dice: «Y fue contado entre malhechores (*meta ánomon elogísthe*)» (Lc 22, 37). O de la aplicación a Él de algunos aforismos: «no hay profeta sin honor (*átimos*) si no es en su patria y en su casa» (Mt 13,57). O de la caridad de Cristo llevada al extremo: para redimirnos de la maldición de la Ley, Cristo «se hizo por nosotros maldición (*katára*), porque está escrito: «maldito (*epikatáratos*) el que es colgado del madero» (Gál 3,13).

17. *El Nombre*

Hay todavía otra manera de incluir todos los nombres en uno solo: es la de decir simplemente «el Nombre» (*to ónoma*), en el que puede verse el

contenido y la fuerza de todos los demás. Podría considerarse aquí otra vez la descripción de los diversos estadios de la existencia del Verbo, que hace san Pablo, y que culmina en la definitiva manifestación externa de su glorificación: «y Dios le ensalzó y le dio un nombre que está por encima de todo otro nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla —de los seres que están en el cielo, en la tierra y en los abismos— y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor, para la gloria de Dios Padre» (Flp 2,910).

Santiago habla del nombre bello o bueno (*to kalón ónoma*): «¿no es verdad, acaso, que ellos (los ricos) blasfeman del bello nombre que ha sido invocado sobre vosotros?» (Jac 2,7). Y los Actos de los Apóstoles recogen las palabras de Pedro, que narra cómo Dios les ayudó, «para entresacar de entre los gentiles un pueblo para su nombre» (Act 15,14).

Los servicios tienen valor, si se hacen en nombre de Jesús: «en verdad os digo que todo el que os dé un vaso de agua en mi nombre, porque sois de Cristo (*hoti Christou este*), no perderá su recompensa» (Mc 9,41). O lo que dijo cuando «cogió a un niño y lo colocó junto a Él, y les dijo: 'todo el que acogiere a este niño en mi nombre (*en to onómati mou*), a mí me recibe; y todo el que me recibe a mí, recibe al que me envió'» (Lc 9,47).

Los apóstoles lo sabían, cuando hacían milagros: «En el nombre de Jesucristo, el Nazareno, anda» (Act 3,6), o daban la razón de los milagros que obraban: «en el nombre de nuestro Señor Jesucristo Nazareno, a quien vosotros crucificasteis, al que Dios resucitó de entre los muertos, en él éste está sano ante vosotros» (Act 4,10). O afirmaban con

fuerza: «No hay ningún otro nombre dado a los hombres bajo la capa del cielo, en el cual podamos ser salvos» (Act 4,12), y señalaban la sinrazón de hacerles silenciar el nombre de Jesucristo: «y llamándoles les conminaron para que no hablasen en absoluto, ni enseñasen en el nombre de Jesús» (Act 4,18); y de nuevo en Act 5,28, a lo que responden: «es necesario obedecer antes a Dios que a los hombres» (Act 5,29). Jesús les había dicho: «Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre» (Jn 16,24).

Pedro cuando, dirigiéndose a Cornelio y a su familia —los primeros gentiles a quienes se da entrada en la Iglesia— les dice, antes del bautismo de agua: «de Éste (de Jesús de Nazaret) todos los profetas dan testimonio de que todos los que creen en Él, han de recibir la remisión de sus pecados por medio de su nombre» (Act 10,43).

Pablo y los primeros cristianos entienden que aquí se encuentra la manera de santificar la vida ordinaria: «Todo lo que hagáis, de palabra o de obra, hacedlo todo en nombre del Señor Jesucristo, dando gracias a Dios Padre, por medio de Él» (Col 3,17).

Los primeros cristianos, que celebraban los «signos y prodigios que se realizan por el nombre de vuestro santo Hijo Jesús» (Act 4,30); y cuando, después de ser llevados al sanedrín, son dejados en libertad, se van «gozosos de haber sido considerados dignos de sufrir ultrajes por el nombre de Jesús» (Act 5,41). «Han salido por el nombre (*hyper gar tou onómatos*) (se sobreentiende «de El»), sin recibir nada de los gentiles» (3Jn 7).

El Cristo del Apocalipsis dice al ángel de una de las Iglesias: «Retienes mi nombre, sin negar mi fe» (2,13), y habla de «mi nombre nuevo» (3,12).

B. ACLAMACIONES

Él mismo anuncia que se le llamará «Bendito» (Mt 23,39). Son aclamaciones las palabras que la multitud dirige a Jesús en su entrada en Jerusalén. «Hosanna, Bendito el que viene (*eulogeménos ho erchómenos*) en nombre del Señor, Rey de Israel (*to Basileús tou Israhel*)» (Jn 12,13). «Hosanna al Hijo de David, Bendito el que viene en nombre del Señor, hosanna en las Alturas (*en tois hypsíois*)» (Mt 21,9).

Las palabras proferidas por una mujer del pueblo, en las que se alían los elogios al Hijo y a la Madre: «¡Bienaventurados el seno (*makaría ta koilía*) que te llevó y los pechos (*mastoi*) que te amamantaron!» (Lc 11,27). «Bienaventurado (*makários*)»: aunque es Jesús quien aplica este adjetivo a otros (a Pedro: Mt 16,17); «bienaventurado quien no se escandalice de mí (*eán me skandalísthe en emoì*)» (Lc 7,23); u oye como se lo dirigen a su Madre por su relación con Él («bienaventurado el vientre que te llevó»: Lc 11,27), también es adecuado para Él, entre otros motivos porque es igualmente propio de Dios («Bienaventurado y único Poderoso: *ho makários kaí mónos Dynates*), Rey de Reyes y Señor de los que dominan» (1Tim 6,15), y porque las Bienaventuranzas —que empiezan por la palabra «Bienaventurados» («Felices»): (*Makárioi*) se pueden predicar de Él, puesto que encarna el ideal del programa de vida que ofrecen, y en el contenido de las mismas no hay nada que desdiga de su condición divina (Mt 5,112; Lc 6,20-23).

También lo es esta afirmación: «Jesucristo, el mismo que era ayer y es hoy, será por los siglos de los siglos» (Heb 13,8). Algunas señalan su relación con la Cruz: «A mí, no se me ocurra gloriarme más que en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo, por el cual el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo» (Gál 6,14).

O las que se tributan al Padre y al Hijo: «Al que se sienta en el trono, y al Cordero, bendición (*he eulogía*), y honor (*he timé*), y la gloria (*he dóxa*), y el poder (*to krátos*), por los siglos de los siglos. Y los cuatro animales decían: Amén» (Ap 5,13-14). Cfr. Ap 5,9-10. 12. O en otro texto en que se expresa el deseo de que Dios «obre en vosotros lo que le es agradable por Jesucristo, para quien es la gloria por los siglos de los siglos» (Heb 13,21). «...Jesucristo... y nos hizo reino, y sacerdotes para el Dios y Padre suyo: para Él la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén» (Ap 1, 5-6). Véase también 1Pe 4,11: «para que en todos sea honrado Dios, por medio de Jesucristo, para el cual es la gloria, y el imperio por los siglos de los siglos. Amén».

También tendría este carácter una expresión de júbilo —«Aleluya»— que procede de la lengua Hebrea, de la forma «hallelu-yah», que significa «alabad a Jahveh», frecuente en el Antiguo Testamento (Ps 111, 114, 115), que en el Nuevo Testamento aparece sólo en el Apocalipsis, en el c. 19, cuatro veces entre los versículos 1 a 7, en un contexto en el que se celebra también a Jesucristo, el Cordero. Después de la caída de la gran Babilonia (c. 18), con cuyo nombre se alude a Roma —poco antes se ha hablado de las «siete colinas» (cfr. 17,9) de esa ciudad— se oye una voz del cielo, como de una gran multitud, que empieza con la palabra «Aleluya», que se repite con diversos cantos de triunfo (19,1; 19,3; 19,4).

Y a continuación se oye otra vez: «Aleluya, porque reinó el Señor Dios nuestro omnipotente. Gocémonos y alegrémonos, y démosle gloria, ya que llegaron las bodas del Cordero, y su esposa se ha engalanado; se le ha concedido cubrirse con un vestido de lino resplandeciente y puro. El lino son las buenas obras de los santos» (19,7-8).

El ángel que se hace presente en la visión añade: «escribe: bienaventurados los llamados a la cena de las bodas del Cordero» (19,9), y se hace una alusión a «tus hermanos que guardan el testimonio de Jesús» (10), y se explica: «el testimonio de Jesús es el espíritu de profecía» (10).

Y el grito escatológico «marana tha»: «Nuestro Señor viene» (1Cor 16,22), o «Ven, Señor Jesús» (Ap 22,20).

La parte dogmática de la epístola a los Romanos termina con una doxología, con una triple invocación a Dios, que por ese carácter ternario tiene un aire trinitario, si bien no se hace en ella referencia a ninguna Persona determinada, y así podría estar dirigida a Dios, al mismo tiempo Uno y Trino: «Porque de Él (*ex autón*), y por Él (*di'autón*) y para Él (*eis autón*) son todas las cosas: ¡para Él sea la gloria por los siglos! Amén».

Con todo, se podría pensar si el Autor, al escribirla, no ha tenido más presente a Jesucristo, el Señor. En las páginas anteriores ha argumentado abundantemente en el sentido de que Jesucristo es el Señor (9), que el mismo es el Señor de todos, judíos y griegos (12), que todo el que invocare el nombre del Señor será salvo (13). Comoquiera que, cuando se refiere a Dios Padre suele decir «Dios (*ho Theós*), éstas y otras alusiones al Señor (*Kyrios*), podrían entenderse como aplicadas a Jesucristo.

En todo caso, esta aclamación siempre recordaría que Jesucristo está asociado al Padre, en la creación, en la conservación, y en la consumación de todas las cosas.

C. Substantivos

Del hebreo al griego: resonancia del estado constructo

Habría otro largo capítulo de referencias escriturísticas a Cristo: todas aquellas expresiones en que un nombre, o un adjetivo, que se aplica al DiosHombre, está unido a otro sustantivo.

En el griego y en las versiones latinas esta palabra se encuentra ordinariamente en genitivo o lleva un posesivo, y en nuestras lenguas va precedido de alguna preposición, como la preposición «de»: «la gracia de nuestro Señor Jesucristo» (Rom 16,24); «la ley de Cristo (*ton nómon tou Christou*)» (Gál 6,2); «la palabra de Cristo» (Col 3,16); «el día del Señor» (1Tes 5,2); «apóstoles de Cristo» (1Tes 2,7); «siervo de Jesucristo» (1Cor 7,21; Gál 1,10); «ministros (o servidores) (*hyperétas*) de Cristo» (1Cor 4,1); «su pueblo» (Mt 1,21); «la Iglesia de Dios (o «del Señor», según algunas versiones) que adquirió con su sangre» (Act 20,28); «mi Iglesia» (Mt 16,18); «tu Reino» (Lc 23,43); «manifestada (la vocación) por la manifestación (*epiphaneías*) de nuestro Salvador Cristo Jesús» (2Tim 1,10); «mi yugo es suave y mi carga, ligera» (Mt 11,30).

En la mentalidad hebraica —que conservaban o recuperaban, en el Nuevo Testamento, los autores sagrados que escribían en griego— debía de

haber como un eco de la construcción semítica en que se presentaban los nombres en el estado constructo: dos palabras juntas formaban una estrecha unidad; una de ellas, la que en la estructura lingüística greco-latina iría en genitivo, no experimentaba cambios, mientras que la otra —la que se suele denominar regente— variaba. Se puede pensar así que en aquel tipo de construcciones, por el hecho de ser un nombre de Cristo la palabra que no se modifica en la construcción, aquella referencia a Él, en cierta manera, cobra todavía más importancia. Sea como sea, al establecerse un vínculo entre una determinada palabra y un nombre de Cristo, se eleva el valor de aquélla, que recibe, en muchos casos, algo de la infinitud que le viene de la unión hipostática: «la caridad de Cristo» (2Cor 5,14); «la paz de Cristo» (Col 3,15); «la Revelación de Jesucristo» (Gál 1,12), si bien la participación de los hombres en ello se da siempre en forma limitada.

Esas palabras pueden indicar:

1. *Los componentes somáticos o psíquicos*

Su espíritu (*pneúma*) (Lc 23,46), su alma (*he psyché mou*) (Mt 26,38) o su vida (Mt 20,28; Jn 15, 13); su cuerpo (*to sóma mou*) (Mt 26,26); «envolvieron el cuerpo de Jesús en lienzos con aromas» (Jn 19,40); miembros o partes del cuerpo: la sangre: «la sangre de Jesucristo nos purifica (*katharízei*) de todo pecado» (1Jn 1,7); la carne: «mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre verdaderamente bebida» (Jn 6,55); «aprended de mí que soy manso y humilde de corazón (*te kardía*)» (Mt 11,2); «resplandeció su faz (*to prósopon*) como el sol (*ho*

hélios) (Mt 17,2); «cogieron una caña y golpeaban su cabeza (*ten kephalén autou*)» (Mt 27,30); «acercaron a su boca una esponja empapada en vinagre» (Jn 19,29); «le puso los dedos en los oídos (de un sordo), escupió, le tocó la lengua y le dijo: 'Effatá', esto es, ábrete» (Mc 7,33-34). «Porque salía de Él una virtud que curaba a todos» (Lc 6,19). «Por sus heridas habéis sido curados (*hou to mélothi iathete*)» (1Pe 2,24).

«Jesús les mostró las manos (*tas cheíras*) y el costado (*ten pleurán*)» (Jn 20,20); «reclinado sobre el seno (*kolpo*) de Jesús» (Jn 13,23); «el que en la cena se reclinó sobre su pecho (*stethos*)» (Jn 21,20); «pues Dios me es testigo de cómo os quiero (*epipotho*) en las entrañas (*en splágchnois*) de Jesucristo» (Flp 1,8); «(una mujer pecadora) no ha dejado de besar mis pies (*kataphilousa mou tous pódas*)» (Lc 7,45); la voz: «las ovejas oyen mi voz (*phonén*)»; (Jn 10,27); «oirán mi voz» (Jn 10,16); «entonces levantó la vista y vio una gran multitud que venía hacia Él» (Jn 6,50). «Y en medio de los siete candelabros de oro (vi) uno como Hijo de hombre (*homoion Hyión anthrópou*), vestido de túnica talar, y ceñido junto a los pechos con cinto de oro» (Ap 1,13); «su cabeza (*he... kephalé*) y sus cabellos (*hai tríches*) eran blancos como la nieve (*leuchón hos chión*)» (Ap 1,14); «y sus ojos (*hoi ophthalmoí*), como llama de fuego (*phlox pyrós*)» (Ap 1,14); «y sus pies (*hoi pódes*) parecidos a oriámbar como si ardieran en el horno de fuego (Ap 1,15); «y su voz (*he phoné*) como voz de muchas aguas» (Ap 1,1); «y tenía en su mano derecha (*en té dexía*) siete estrellas» (Ap 1,16); «de su boca (*ek tou stómatos*) salía una espada aguda por una y otra parte» (Ap 1,16); «y su faz (*he ópsis*) como el sol cuando brilla

con todo su esplendor» (Ap 1,16); «se postró ante las rodillas (*tois gónasin*) de Jesús» (Lc 5,8). «Vosotros sois el cuerpo (*to soma Christou*) de Cristo y parte de sus miembros (*méle ek mérous*)» (1Cor 12,27).

2. *Cualidades*

«Lleno de sabiduría (*pleroménou sophías*), y la gracia de Dios (*cháris theou*), estaba en Él» (Lc 23,40); «¿de dónde le vienen a éste la sabiduría (*sophía*) y las virtudes (*dynámeis*)?» (Mt 13,54); «en el cual se encuentran todos los tesoros escondidos de sabiduría y de ciencia» (Col 2,3). La doctrina (*didaché*): «mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió» (Jn 7,16); se admiraban de su doctrina» (Mt 7,28); «interrogó a Jesús sobre sus discípulos y su doctrina» (Jn 18,19); «el que permanece en la doctrina de Cristo» (2Jn 9). «La caridad de Cristo que sobrepuja todo conocimiento» (Ef 3,18); «conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por vosotros se ha hecho pobre, siendo como era rico, para que os enriquecierais con su pobreza» (2Cor 8,9). «La benignidad (*chrestótes*) y la humanidad (*philantropía*) de nuestro Salvador» (Tit 3,4); u otras virtudes: «aprended de mí, que soy manso (*praús*), y humilde de corazón (*tapeinós te kardía*)» (Mt 11,29); «os ruego por la mansedumbre (*prántetos*) y la bondad (*epiekeías*: moderación, equidad) de Cristo» (2Cor 10,1). «He aquí que tu Rey llega a ti, manso (*praús*) montando una burra y el pollino de la que está acostumbrada al yugo» (Mt 21,5; cfr. Zac 9,99; Is 62,11). «Justo» (Jac 5,6); «hacia la paciencia de Cristo (*eis ten hyponomén*) (2Tes 3,5)».

«El primer Adán, de la tierra, terreno, el segundo hombre, del cielo, celestial» (1Cor 4,47). «El novísimo Adán (se ha hecho... espíritu vivificante)» (1Cor 15,45).

3. *Estados de ánimo, unidos a menudo a acciones*

«Para que mi gozo (*chará*) esté en vosotros» (Jn 15,11); «exultó en el Espíritu Santo» (Lc 10,21); «ahora mi alma (*he psiché mou*) está turbada (*tetaráktai*)» (Jn 12,27); «mi alma está triste hasta la muerte» (Mt 26, 38); «entrado en una agonía, oraba más intensamente, y su sudor era como de gotas de sangre que corrían hasta el suelo» (Lc 22,44); «mi cáliz (*to potérion mou*)» (Mt 20,23); «esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para la vida eterna» (Jud 21); «la gracia que nos ha sido dada en Cristo Jesús» (2Tim 1,9); «y escondednos de la faz del que está sentado en el trono, y de la ira del Cordero (*apó tes orgés tou Arníou*)» (Ap 6,16); «como abundan los padecimientos de Cristo en nosotros, así abunda por Cristo nuestra consolación» (2Cor 1,5).

4. *Personas o cosas*

«Acordaos de las palabras que fueron dichas anticipadamente por los apóstoles de Nuestro Señor Jesucristo» (Jud 17); «Pablo..., apóstol... de Jesucristo» (Tit 1,1); «sois discípulos míos (*emoi mathetaí éste*)» (Jn 13,35); «os digo a vosotros, amigos míos (*tois phílois mou*)» (Lc 12,4). «servidores (Vg:

ministri) míos (*hoi hyperétai mou*)» (Jn 18,36); «y seréis mis testigos (*mou mártyres*) (Act 1,8); «buen soldado (*kalós sdtratiótes*) de Jesucristo» (2Tim 2,3). «Tu padre y yo, llenos de dolor, te andábamos buscando» (Lc 2,48); «todo el que hace la voluntad de mi Padre, es mi hermano y hermana, y madre» (Mt 12,50); «su madre y sus hermanos» (Mt 12,50); «¿no es éste el hijo del artesano (*tou téktonos hyiós*)? ¿su madre (*he méter autou*) no se llama María, y sus hermanos (*hoi adelphoí*) Jacobo, José, Simón y Judas? ¿Y sus hermanas (*hai adelphaí*) no están todas entre nosotros?» (cfr. Mt 13,53-58). No hace falta hacer notar, a propósito de textos como éstos, que en los idiomas semitas —y aún hoy ocurre— se llamaban hermanos a los miembros de una misma familia o de una tribu, y hasta los que practicaban la misma religión. «La desposada, la esposa del Cordero (*ten nymphen ten ginaika tou Arníou*)» (Ap 21,9). «El que tiene la espada de dos filos, aguda (*ten romphaian ten dístomon ten oxeian*)» (Ap 2,12).

«Tocó la orla (*tón kraspédon*) de su vestido (*tou himatíou autou*)» (Mt 9,20); «sus vestiduras (*ta himátia*)... y la túnica (*ton chitóna*)... túnica inconsútil (*ho chitón árraphos*)» (Jn19,23). «Tomó una toalla y se la ciñó» (Jn 13,4). «Sus vestidos se volvieron blancos (*leúka*) como la luz» (Mt 17,2). «No soy digno de desatar la correa de su calzado» (Jn 1,27). «Mi casa (*ho oikos mou*)» (Lc 19,46). «Para que comáis y bebáis en mi mesa» (Lc 22,20); «no podéis ser partícipes de la mesa del Señor y de la de los demonios» (Cor 10,21). «La sede (*ho thrónos*) de Dios y del Cordero» (Ap 22,3). «El que tiene los siete espíritus de Dios y las siete estrellas» (Ap 1,1).

5. *Circunstancias diversas*

Lugares: «mi casa (*ho oíkos mou*)» (Mt 21,13); «voy a prepararos lugar (*tópon*)» (Jn 14,2); «llegó a su ciudad (*eis ten idían pólin*)» (Mt 9,1); «en su patria (*en te patrídi autou*)» (Lc 4,24); «y permanecieron en su casa (*par'autó émeinan*, Vg: *apud eum*)» (Jn 1,39). «Un río de agua de vida... procedente de la sede (*tou thronou*) de Dios y del Cordero» (Ap 22,1).

Tiempos: «todavía estoy con vosotros un poco de tiempo (*chrónon mikrón*)» (Jn 7,33); «tanto tiempo con vosotros y no me habéis conocido» (Jn 14,9); «mi tiempo está cerca» (*ho kairós mou eggys*) (Mt 26,18; cfr. Ap 22,10); «mi tiempo (*ho kairós ho emós*) todavía no ha llegado» (Jn 7,6), o en un sentido parecido: «no ha llegado todavía mi hora (*he hóra mou*)» (Jn 2,4; cfr. Jn 4,23; Mt 24,42)). «Vuestro padre Abraham exultó para ver mi día (*ten heméran ten hemén*); lo vio y se alegró» (Jn 8,56); El día de Jesucristo: «quien empezó en vosotros la obra buena (*ergon agathón*), la perfeccionará hasta el día de Cristo Jesús (*achri heméras Iesou Christou*)» (Flp 1,6). «En los tiempos novísimos (*ep'eschátou ton chrónon*)» (1Pe1,20). Para referirse a la eternidad: «Cristo... el mismo por los siglos de los siglos (*eis tous aiónas*)» (Heb 13,8).

6. *Medios, signos, y manifestaciones de santificación*

«Llevad los unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la Ley de Cristo» (Gál 6,2); «el fin de la Ley es Cristo, para la justificación de todo creyen-

te» (Rom 10,4); «mi precepto (*entolé*)» (Jn 15,12); el evangelio de Cristo: «vuestra participación en el evangelio de Cristo (*te koinonía hymón eis to euaggélion*) (para difundirlo)» (Flp 1,5); «vuestra sumisa confesión del evangelio de Cristo» (2Cor 9,13); «la Palabra de Cristo (*ho lógos tou Christou*) habite en vosotros abundantemente» (Col 3,16); «si alguno enseña otra cosa y no acoge las sanas palabras (*hygiaínousin lógois*) de nuestro Señor Jesucristo... es un soberbio...» (1Tim 6,3-40). «Todo el que se extravía y no permanece (*me ménon*) en la doctrina de Cristo (*en te didaché tou Christou*) no tiene a Dios; el que permanece en la doctrina, éste tiene al Padre y al Hijo» (2 Jn 9). «Somos para Dios buen olor de Cristo (*Christou euodía*)» (2Cor 2,15). «Todos buscan sus cosas y no las de Jesucristo (*ta Iesou Christou*)» (Flp 2,21). Cuando, como Pablo, se actúa «en la persona de Cristo (*en prosópo Christou*: Vg: *in persona Christi*)» (2Cor 2,10).

La fe en Jesús, esto es Jesucristo como objeto de fe: «aquí está la paciencia de los santos, que guardan los mandatos de Dios y la fe de Jesús» (*tas entolás tou Theou kaí ten pístin Iesou*) (Ap 14,12); «no tengáis la fe de nuestro Señor Jesucristo glorioso (*ten pístin tou Kyríou hemón Iesou Christou tes doxes*), con acepción de personas (*en prosopolepsíais*)» (Jac 2,1); en 1Tim 3,13, se habla de «adquirir mucha confianza, estando en la fe en Cristo Jesús (*pollén parresían en pístei te en Christó Iesou*)». La salvación está unida a la confesión de fe en Él y a su resurrección: si reconoces que Jesús es el Señor y crees de corazón que Dios lo ha resucitado de entre los muertos, serás salvo» (Rom 10,8-10); «la justicia de Dios, por la fe en Jesucristo (*diá písateos Iesou Christou*) para todos y sobre todos los que creen (*tous pisteountas*)» (Rom 3,22).

«Sabiendo que el hombre no es justificado (*ou dikaioutai*) por las obras de la Ley (*ex érgbon nomou*), sino por la fe en Jesucristo (*diá písteos Iesou Christou*)» (Gál 2,16). Las cosas que el Apóstol estima como una pérdida en comparación con «la eminencia del conocimiento (*to hyperéchon tes gnóseos*) de Jesucristo» (Flp 3,8). Y nosotros tenemos la mente de Cristo (*noun Christou échomen*) (1Cor 2,16).

La gracia: «la gracia (*cháris*) de Dios, por medio de Jesucristo nuestro Señor» (Rom 7,25); «nos devolvió a la vida con Cristo, y por gracia hemos sido salvados» (Ef 2,5); «según las riquezas de su gracia, que ha sobreabundado en nosotros» (Ef 1,78); la cruz: «enemigos de la cruz (*echroús tou staurou*) de Cristo» (Flp 3,18); «llevo los estigmas (*ta stígmata*) del Señor Jesús en mi cuerpo» (Gál 6,17); la fuerza o la virtud (*dynamis*) de Cristo en sus fieles: «para que habite en mí la virtud de Cristo» (2Cor 19,9); «porque somos buen olor de Cristo» (2Cor 2,15). «Gracias a Dios, que nos dio la victoria (*to níkos*), por nuestro Señor Jesucristo» (1Cor 15,57); «y vi a la mujer ebria de la sangre de los santos y de la de los mártires de Jesús» (Ap 17,6). La gloria: «para la adquisición de la gloria (*eis peripoíesin dóxes*) de nuestro Señor Jesucristo» (2Tes 2,14).

La revelación: «a los que esperan la revelación (*ten apokálypsin*) de nuestro Señor Jesucristo» (1Cor 1,7).

Palabras. «A vosotros os ha sido enviada la palabra de esta salvación (*ho lógos tes soterías tautes*)» (Act 13,26). «Tú tienes palabras (*rémata*) de vida eterna» (Jn 6,68); «las palabras (*ta rémata*) que os he hablado son espíritu y vida» (Jn 6,63). «Se acor-

dó Pedro de las palabras (*ta rémata*) de Jesús» (Mt 26,65).

La Iglesia: «edificaré mi Iglesia (*oikodoméso mou ten Ekklesían*)» (Mt 16,18); «mi Reino (*he basileía mou*)» (Jn 18,36); «en el reino del Cristo y Dios (*tou Christou kaí Theou*)» (Ef 5,5) «la iluminación de nuestro Salvador Jesucristo» (1Tim 1,10); los sacramentos: la unción de los enfermos «ungiéndolo con óleo en el nombre del Señor (*aleípsantes elaío en to onómati tou Kyríou*)» (Jac 5,14); «Mi yugo (*zygós*) es suave (*chrestós*) y mi carga ligera (*elaphron*)» (Mt 11,30); «mi cáliz (*tó potérion mou*)» (Mt 20,23). «Las ovejas oyen su voz (*phonés*)» (Jn 10,27).

Otras veces se trata de acontecimientos de los que Jesús es protagonista, como sujeto activo o pasivo: «dándoos ejemplo para que sigáis sus pasos» (1Pet 2,21).

Pasión y muerte. «Llevo las marcas (*stígmata*), los estigmas del Señor Jesús en mi cuerpo» (Gál 6,17). «Testigo de los sufrimientos de Cristo (*mártys ton tou Christou pathématon*)» (1Pet 5,1). Hemos sido reconciliados con Dios por la muerte (*diá tou thanátou*) de su Hijo» (Rom 5,10); «anunciaréis la muerte del Señor» (1Cor 11,26). «Hablaban de su tránsito (*ten éxodon autou*, Vg: *excessum eius*), que había de cumplirse en Jerusalén» (Lc 9,31). «La cruz de nuestro Señor Jesucristo» (Gál 6,14); «hemos sido reconciliados por la muerte de su Hijo» (Rom 5,10); «en la medida en que compartáis (*koinoneite*) los padecimientos (*pathémasin*) de Cristo, alegráos» (1Pe 4,13); «daban testimonio de la resurrección de Jesucristo» (Act 4,33); «Cristo ha resucitado de entre los muertos, como primicias de los que se durmieron» (1Cor 15,20); «Cristo Jesús, que murió, más aún que resucitó, que está a la diestra de Dios, que también intercede (*entygchánei*) por nosotros» (Rom 8,34).

«El testimonio (*to martyrion*) de Cristo que ha sido confirmado en vosotros..., que esperáis la revelación (el apocalipsis) de nuestro Señor Jesucristo..., en el día (del advenimiento) de nuestro Señor Jesucristo» (1Cor 1,6-8; cfr. Ap 1,9); «Fiel es Dios, por quien habéis sido llamados a hacer sociedad con su hijo Jesucristo» (1Cor 1, 9); «tened paciencia... porque se acerca la '*parousía*' (el advenimiento) del Señor» (Jac 5,7-8). «Entonces aparecerá el signo (*to semeion*) del Hijo de Dios en el cielo» (Mt 24,30); «el advenimiento del Hijo del Hombre» (Mt 24, 30 y 37). «Porque no fue siguiendo artificiosas fábulas (*sesophisménois mythois*) como os dimos a conocer el poder (*dynamin*) y la venida (*parousían*) de Nuestro Señor Jesucristo, sino como quienes han sido testigos oculares de su majestad» (2Pe 2,16).

La unción. «Y vosotros tenéis la unción (*chrisma*) del Santo (*apó tou hagíou*) y conocéis todo (*oidate pánta*)» (1Jn 2,10). El Ungido, o el Mesías, es el Santo —que tendría aquí el sentido de Santo de Dios, como en Jn 6,69. La unción —el crisma—, aunque a menudo representa el Espíritu Santo, por el cual Cristo fue ungido y constituido Mesías (Lc 4,18; Act 2,36; 4,27; 10,38), en este pasaje parece referirse al Hijo. «Y la unción que recibisteis de él (*ho chrisma ho elábete ap'autou menei en hymín*) permanezca en vosotros» (v. 27). En todos los versículos anteriores se habla del Hijo, relacionándolo con el Padre.

La obra de Cristo: ya que «por la obra de Cristo (*diá tou érgon Christou*) llegó hasta las puertas de

la muerte» (Flp 2,30). Las obras de Jesús: «Si no creéis en mí, creed a mis obras» (Jn 10,38); «Me conviene obrar las obras de Dios» (Jn 9,4); «He realizado una obra (*hen érgon*) y todos os admiráis» (Jn 7,21).

7. *Poder y potestad*

Además de lo que queda dicho a propósito de otros nombres, como *Kyrios* y *Pantokrátor*, o de las tres funciones de Jesucristo: Rey, Profeta y Sacerdote, que expresan sus tres potestades de regir, enseñar y santificar, se puede recordar aquí: «se me ha dado toda potestad (*exousía*) en el cielo y en la tierra» (Mt 28,18).

Esto se manifiesta de formas variadas:

Sobre la propia vida: «Nadie me la quita (la vida), sino que yo la doy libremente. Y tengo potestad (*exousían écho*) para darla, y para recobrarla» (Jn 10,18).

En relación con los medios de santificación que emplea o instituye: la necesidad de la fe y del bautismo: «el que creyere y fuere bautizado, se salvará» (Mc 16,16); en el ámbito de las conciencias, perdonando los pecados (cfr. 9,5; Mc 2,5), o dando poder para hacerlo: «a quienes perdonaréis los pecados les serán perdonados» (Jn 20,23).

En su dominio sobre el espacio y el tiempo: «fue a ellos, caminando sobre el mar» (Mt 14,25); «en una de las orillas del lago había una sola barca, los apóstoles arriban con ella al otro lado, sin que Jesús les acompañe, y sin embargo, la gente le encuentra también a Él allí, y no entiende cómo ha llegado» (cfr. Jn 6,22-25).

Sobre la materia: el «agua convertida en vino» (Jn 2,9); los seres vivos —vegetales: «se secó al instante la higuera» con su palabra (Mt 21,19); los animales, como en las pescas milagrosas (Jn 21,1-14)— ; o sobre las cosas, como la multiplicación de los panes y de los peces (cfr. Jn 6,2-15); en los más diversos milagros que afectan a las personas, desde la resurrección de muertos —«clamó: 'Lázaro, sal fuera', y volvió a la vida» (Jn 11,43)— y todo tipo de curaciones, como las de ciegos de nacimiento (cfr. Mc 8,22-26), o de paralíticos (cfr. Mc 2,1-12).

En su superioridad respecto a los ángeles (cfr. Heb 1,4; Mt 4,11): «y los ángeles le servían (*diékonoun*)». En el dominio sobre los demonios: «manda a los espíritus impuros y le obedecen» (Mc 1,27; cfr. Mt 5,1-20). «Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo» (1Jn 3,8).

En su magisterio: «les enseñaba como quien tiene potestad (*hos exousián echon*), y no como sus escribas y fariseos» (Mt 7,29; cfr. Mc 1,21-28). En su actitud ante la Ley de Moisés, para darle cumplimiento o para superarla (cfr. Mt 5,21-22, y passim); Mc 2,28: «el Hijo del Hombre es Señor, también del sábado».

En su potestad judicial: «todos hemos de manifestarnos ante el tribunal (*bématos*) de Jesucristo» (2Cor 5,10).

D. Verbos

Otro capítulo, en relación con la descripción de hechos y la transcripción de palabras de Jesucristo, en la Biblia, sería el de los verbos, que, en una sola palabra, reúnen elementos complejos. Algunas for-

mas tienen el valor o la apariencia de sustantivos o de adjetivos: es el caso de los participios: «sobre su Hijo, nacido del linaje de David según la carne, constituido Hijo de Dios en poder» (Rom 1,3-4).

En muchos verbos hay un nombre incorporado. A menudo, en efecto, se puede decir lo mismo con una forma verbal sola —«Él (Jesús) callaba» (Mc 14,61)— que con un verbo y un complemento: «y no le contestó nada», tal como aparece, a manera de paralelismo sinónimo, en aquel versículo; no hay diferencia esencial entre decir: «Jesús expiró» (Mc 15,37) y «Jesús entregó el espíritu» (Mt 27,50); encontramos «evangelizar» (*evangelizein* o *evangelizasthai*): «he de evangelizar el Reino de Dios» (Lc 4,43); y «predicar el evangelio» (*kerissein euangélion*), «predicad el evangelio a toda criatura» (Mc 16,15); «Pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo» (Act 10,30).

1. *Diversidad de verbos*

Hay una gran cantidad de verbos —seguramente tantos como los sustantivos con los que se correlacionan— que presentan la misma raíz que los nombres que hemos recogido más arriba, y los participios de los cuales, en la voz activa, media o pasiva, y en presente, pasado o futuro, según los casos, podrían dar lugar a alguno de aquellos nombres de Cristo.

2. *Significaciones genéricas y específicas*

Hay un gran número de verbos, que satisfacen la expresión literaria de la rica actividad de quien al mismo tiempo es Hombre y Dios, que a veces tienen una significación genérica, y otras algún sentido específico. «Decir»: en los lugares en que se utiliza en un texto narrativo: «y abriendo su boca les enseñaba, diciendo...» (Mt 5,2); o cuando adquiere en sus labios una fuerza particular, como en el Sermón de la Montaña, en los pasajes en los que, con su autoridad divina, se sitúa por encima de la Ley mosaica: «habéis oído que se ha dicho a los antiguos..., pero yo os digo...» (Mt 5,21.22). «Hablar»: «No les hablaba sin parábolas» (Mc 4,34). «Responder»: «y respondiendo a quien le hablaba, pregunta: 'quién es mi madre y quiénes son mis hermanos...?' Todo aquel que cumple la voluntad de mi Padre que está en los cielos, él es hermano mío y hermana y madre» (Mt 12,48-50).

«Ver» y «mirar»: «veía (*etheóroun*) a Satanás caer del cielo como un rayo» (Lc 10,18); «al ver (*eidós*) Jesús sus pensamientos» (Mt 9,4); «y mirándole (*emblépsas*), le amó», dice a propósito de aquel joven rico, que había guardado los mandamientos desde su juventud (Mc 10,21); «levantó los ojos al cielo, dijo la bendición...» (Mc 6,41).

«Venir», «ir», «caminar»: «¿Eres tú el que ha de venir (*ho erchómenos*)?» (Mt 11,3); «he aquí que vengo (*érchomai*) pronto» (Ap 22,12) «Este Jesús que ha sido llevado de entre vosotros hacia el cielo, vendrá (*eleúsetai*) de la misma manera que lo habéis visto yéndose (*poreuómenon*) hacia el cielo» (Act 1,11); «ven Señor Jesús, (*Érchou, kyrie Iesou*; Vg: *veni, Domine Iesou*)» (Ap 22,20). «Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos (*eleusómetha*) a él, y haremos morada en él» (Jn 14,23); «y al hacerse de día iba a un lugar desierto, y las multitudes le buscaban, y llega-

ron a Él, y le detenían, para que no se separase de ellos» (Lc 4,42); «viendo a Jesús que pasaba (*peripatounti*), dice... (Jn 1,36). Y fue a donde estaban ellos, caminando (*peripaton*) por el mar» (Mt 14,25);

«Subir» y «bajar»: «subió (*anébe*) a una montaña» (Mt 5,1); «y subiendo hacia arriba, se llevó cautiva la cautividad... Ahora bien, qué es esto de subir, sino que primero bajó (*katébe*) a las partes inferiores de la tierra? Aquel que bajó es el mismo que también subió más arriba que todos los cielos, para llenarlo todo» (Ef 4,7-10); «he aquí, que subimos a Jerusalén...» (Mt 20,18). «Entrar»: «y al entrar (*eiserchómenos*) en este mundo, dice...» (Heb 10,5); «entró Jesús en el templo de Dios, y expulsaba a los que allí vendían y compraban...» (Mt 21,12).

«Habitar»: «Jesús habita (*oikón*) en una luz inaccesible» (1Tim 6,16); «y habitó (*eskénosen*: plantó su tienda) entre nosotros» (Jn 1,14); «habita (*episkénose*) en él (Pablo) la fuerza de Cristo» (2Cor 12,9), y «Cristo habita (*katoikésai*) por la fe en vuestros corazones» (Ef 3,17). «Sentarse» o «estar sentado»: «estaba sentado (*ekátheto*) junto al mar» (Mt 13,1); «cuando se siente (*kathíse*) el Hijo del Hombre en la sede de su majestad (*epí thrónou dóxes autou*)» (Mt 19,28).

«Dar» o «conceder un don»: «a muchos dio la vista (*echarísato*)» (Lc 7,21); «les dio (*édoken*) poder sobre los espíritus inmundos» (Mt 10,1).

3. *El verbo ser*

Entre todos los verbos de los cuales Jesús es el sujeto, destaca por su importancia «ser» (el *eimí* griego). Algunas veces son los usos corrientes de las diferentes formas de la conjugación, con diversos complementos: «cada día estaba con vosotros...» (Mc 14,19); «el Cristo, cuando vendrá, nadie sabrá de dónde es» (Jn 7,27); «Yo soy, no tengáis miedo» (Jn 6,20); «os tomaré... porque donde estoy yo, estéis también vosotros» (Jn 14,3); «yo estoy con vosotros, todos los días, hasta la consumación de lo siglos» (Mt 28,20); «yo soy Jesús, a quien tú persigues» (Act 9,5).

Sin embargo, muy a menudo, sobre todo en el Evangelio de san Juan, se encuentra en la primera persona del singular del presente de indicativo, desligado del resto de palabras, a manera de afirmación, casi como un nombre: «antes que Abraham fuese, Yo Soy» (Jn 8,58). «Y cuando les dijo, Yo Soy... cayeron en tierra» (Jn 18,6), como si las palabras pronunciadas irradiasen una fuerza divina. Cuando Juan escribe en el evangelio aquellas palabras «Yo Soy» (Jn 8,58), sitúa, de hecho, a Jesús, en el mismo plano que el Dios del Antiguo Testamento, cuyo nombre, Jahveh, significa precisamente «Yo Soy», «Yo soy el que soy» (Ex 3,14). También tiene mucha fuerza la expresión «Yo soy de arriba (*egó ek to ano eimí*; Vg: *ego de supernis sum*)» (Jn 8,23).

Otras veces el verbo se encuentra en primera persona del plural, aplicado al mismo tiempo a Él y al Padre: «Para que sean uno, como también nosotros somos Uno» (Jn 17,22); «Yo y el Padre somos Uno» (Jn 10,30). Y con esta misma intención recoge las palabras «Yo trabajo», con las que alude a su colaboración, como Dios, con el Padre, en la creación y conservación del mundo: «mi Padre ha trabajado hasta ahora, y yo también trabajo» (Jn 5,17).

4. *El verbo gígnomai*

También es muy característico el uso que se hace en el Nuevo Testamento del verbo «*gígnomai*» o «*gínomai*», que equivaldría a la pasiva de «hacer», al «*fio*» latino, y a la idea que se expresa en algunas lenguas modernas en verbos del estilo del catalán «*esdevenir*», del francés «*devenir*», del italiano «*diventare*», del inglés «*to become*» o del alemán «*werden*»: llegar a ser, convertirse en, hacerse.

Cuadra también, aplicado al Hijo de Dios: «hecho (o nacido) de Mujer (*genómenon ek ginaikós*), nacido (o constituido) bajo la Ley» (Gál 4,4); «Y el Verbo se hizo (*egéneto*) carne» (Jn 1,14); «la gracia y la verdad han llegado a ser (*egéneto*) por medio de Jesucristo» (Jn 1,17; Rom 1, 3-4).

Y también, en el resultado de alguna de sus acciones: en las bodas de Caná, cuando el maestresala «vio el agua convertida (*gegenneménon*) en vino» (Jn 2,9). Es una forma muy adecuada de expresar este hecho, que es precedente de aquella otra admirable conversión que operará más adelante, del vino en su sangre.

5. *Otros verbos: hacer*

Hay muchas aplicaciones del verbo «hacer» (*poiein*). En la voz activa: «todo lo ha hecho bien (*kalós pánta pepóieken*)» (Mc 7,30); «haced todo lo que Él os diga» (Jn 2,5); «el Hijo no puede hacer nada por Él mismo (*poiein aph'heautou oudén*) sino lo que vea hacer al Padre» (Jn 5,19); «para que tus discípulos vean las obras que tú haces (*ta érga sou ha poieís*)» (Jn 7,3); «para que tal como yo os lo he hecho (*kathós egó epoíesa*), también vosotros lo hagáis» (Jn 13,15); «qué hemos de hacer (*poiómen*), para obrar las obras de Dios (*ta érga tou Theou*)» (Jn 6,28); y en algún derivado: «somos hechura (*póiema*) suya, creados en Cristo Jesús en las buenas obras» (Ef 2,9-10). Y en las equivalencias pasivas expresadas con el verbo griego «*gígnomai*», hacerse, llegar a ser, al cual acabamos de aludir a propósito de su parentesco con el verbo ser (*eimí*).

6. *Cristo, Hombre-Dios*

Encontramos otra síntesis de los misterios de la Encarnación y Redención, con una particular referencia al período de su vida oculta, en Gál 4,4-5: «Y cuando llegó la plenitud del tiempo (*to pléroma tou chrónou*), envió Dios a su Hijo (*exapésteilen ho Theós ton Hyión autou*), hecho de Mujer (*genómenon ek Ginaikós*), constituido bajo la Ley, para redimir (*exagoráse*) a los que estaban bajo la Ley, y para que recibiéramos la adopción de hijos (*ten hyiothesían*)».

De manera especial Lucas en los primeros capítulos del Evangelio, describiendo diversos hechos de la vida de Jesús, señala el cumplimiento de esos dos aspectos: los que van unidos al curso de la naturaleza, a través de las diversas etapas del crecimiento humano de Jesús, y los que tienen que ver con el cumplimiento de lo que estaba establecido por la Ley promulgada por Moisés.

De diversas maneras, se afirma la verdad de su condición humana: «*Ecce homo*» (*idou ho ánthropos*), «he aquí al hombre», dice de Él el procurador romano Poncio Pilatos (Jn 19,5). «Todo espíritu que confiesa a Jesucristo venido en carne (o que Jesucristo ha venido en carne; Neovg: *Iesum Christum in carne venisse*) es de Dios» (1Jn 4,2). «Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado (*en homoiómati sarkós hamartías*) y por el pecado, condenó el pecado en la carne» (Rom 8,3-4). Se puede subrayar que tenía una naturaleza humana, que la suya era verdadera carne —no una apariencia— pero libre de todo pecado; el sentido de semejanza aquí sería el de forma o figura. Lo mismo ocurre en Flp 2,7: «hecho a semejanza de los hombres» (*en omoiómati anthrópon genómenos*; Vg: *in similitudinem hominum factus*, en un contexto en el que también se dice de él: «tomando forma de siervo: *morphén doúlou labón*; Vg: *formam servi accipiens*), y en su condición exterior presentándose como hombre (*kaí schémati euretheís hos ánthropos*; Vg: *et habitu inventus ut homo*). O el texto donde Pablo habla del «hombre Cristo Jesús (*ánthropos Iesous Christós*), mediador entre Dios y los hombres» (1 Tim 2,5).

Se podrían agrupar los verbos que tienen una significación natural y biológica:

Sobre su concepción: «He aquí que concebirás (*syllepse en gastrí*) y parirás (*kaí teche*) un hijo» (Lc 1,31); «el fruto de tu vientre (*ho karpós tes koilías sou*)» (Lc 1,42). «Nacer»: «como hubiese nacido Jesús (*tou de Iesou gennethéntos*)» (Mt 2,1).

Otros: «Y llegó a Nazaret, donde se había criado (*hou en tethramménos*)» (Lc 4,16).

Y los siguientes serían los que expresan el voluntario sometimiento de Jesús a las prescripciones de la Ley, como consecuencia de haber sido «hecho (o constituido) bajo la Ley (*genómenon hypó nómou*)» (Gál 4,4).

Sobre la circuncisión: «y al cumplirse ocho días para ser circuncidado (*tou perítemein*)» (Lc 2,21).

Para la presentación: «lo llevaron a Jerusalén para ser presentado (*parastésai*) al Señor» (Lc 2,22). Así se cumplía lo establecido en Éx 13, 2 y 12 para que los primogénitos fueran consagrados al Señor. Hay que decir, con todo, que no parece, que fuera rescatado con el pago de cinco siclos, según lo que se establecía en Núm 18,15-16, y que debía de ser práctica común. De este modo tiene más sentido el episodio de la subida al Templo a los doce años (Lc 2,41-52). «E iban sus padres todos los años a Jerusalén en el día solemne de la Pascua. Y al cumplir doce años (*kaí hote egéneto eton dódeka*) (41), subiendo ellos a Jerusalén, según la costumbre del día de fiesta (*katá to éthos tes heortés*), cumplidos esos días, al regresar, se quedó el niño Jesús en Jerusalén, y no se dieron cuenta sus padres (*hoi gonéis autou*)» (Lc 2,41-43).

La respuesta de Jesús a la pregunta de sus padres —«¿no sabíais que conviene que esté en las cosas de mi Padre?» (49)— parece una confirmación del sentido que pudo tener la presentación en el Templo, no seguida de rescate: una dedicación de por vida al servicio de Dios.

Llama la atención el hecho de que le encontraran sus padres precisamente a los tres días de estar aparentemente perdido, como si en ello se pudiera ver una imagen que anticipaba la estancia en el sepulcro que duró también tres días.

Citemos también, a manera de ejemplo, algunos de los verbos más significativos con los que se

expresan trazos característicos de la Humanidad de Jesús. Entre los primeros, los que indican desarrollo físico, necesidades orgánicas o pasiones psicológicas: «y Jesús crecía en sabiduría, en edad, y en gracia, delante de Dios y de los hombres» (Lc 2,52); «tengo sed» (Jn 19,28); «y después de ayunar cuarenta días y cuarenta noches, tuvo hambre» (Mt 4,2); «Jesús se estremeció en su espíritu, y se turbó (*enebrimésato to pneúmati kai etáraxen eautón*)» (Jn 11,33). «Y Jesús lloró (*edákrysen*)» (Jn 11,35); «viendo la Ciudad, lloró (*éklausen*) sobre ella» (Lc 19,41); «se estremeció en su interior (*enebrimésato to pneúmati*), y se conmovió (*etáraksen eautón*)» (Jn 11,33); «Mirando al cielo, gimió (*esténaksen*), y dijo '*Effeta*', que significa ábrete» (Mc 7,34). Con algunos se alude a la memoria: «Señor, acuérdate de mí, cuando estés en tu Reino» (Lc 23,42).

Jesús ejercita sus sentidos. «Veía (*etheoroun*) a Satanás como un relámpago que caía del cielo» (Lc 10,18); «Jesús le miró (*emblépsas*; Vg: *intuitus*), y le amó» (Mc 10,21). «Lo encontraron en el templo sentado en medio de los doctores, oyéndoles (*akoúnta*) y haciéndoles preguntas» (Lc 2,46). «Y le dieron a beber vino mezclado con hiel, y habiéndolo gustado, no lo bebió» (Mt 27,34). «Y la casa se llenó del olor del ungüento» (Jn 12,3). A veces se decriben acciones materiales: «hizo barro, y ungió mis ojos» (Jn 9,6). Y Jesús, extendiendo la mano, le tocó, diciendo: «lo quiero, queda limpio» (Mt 8,3). «Y el sábado entró según su costumbre (*katá to eiothós autó*) en la sinagoga» (Lc 4,16). «Y viendo a Jesús que pasaba (*peripatounti*)» (Jn 1,36). «Y lo derramó (el ungüento precioso) sobre su cabeza, mientras estaba en la mesa (*autou anakeiménou*)» (Mt 26,7); «curaba a todos (*etherapeúsen*)»

(Mt 12,15); «¿dónde quieres que te preparemos para comer el Cordero pascual?» (Mt 26,17). Y después de la resurrección, «le ofrecieron parte de un pescado asado y un panal de miel. Y habiéndolo comido ante ellos, tomando las sobras, se las dio» (Lc 24,43). «Palpad y mirad, porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo» (Lc 24,39).

Otros son susceptibles de expresar matices diversos: «beber», en un sentido obvio, «dame de beber» (Jn 4,7), o en un sentido figurado: «¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?» (Mt 20,22); se le presenta «cansado, a causa del camino» (Jn 4,6); «mientras las olas cubrían la barca, Él dormía» (Mt 8,24); en un pasaje se dice —con un solo verbo— que «Jesús lloraba (o lagrimaba, si vale la expresión)» (Jn 11,35); manifiesta sentimientos de misericordia: «tuvo que hacerse semejante a sus hermanos, para ser misericordioso (*eléemon*)» (Heb 2,17); «movido por la misericordia (*esplangchnisthe*) hacia ella, dijo, no llores» (Lc 7,13); «tengo compasión de la gente» (Mt 15,32; 8,2); «Hijo de David, ten compasión de mí (*eléeson me*)» (Mc 10,46; Lc 19,32).

Con frecuencia se le presenta haciendo oración: «se apartaba al desierto y oraba» (Lc 5,16); «pasaba la noche en oración» (Lc 6,12); «y de rodillas, oraba» (Lc 22,41).

Cuando retornan con gozo los setenta y dos discípulos, y explican que «hasta los demonios se nos sometían, en tu nombre» (Lc 10,17), prorrumpió en sentimientos de júbilo, exultó en el Espíritu Santo y dijo: «Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y prudentes y las has revelado a

los pequeñuelos» (Lc 10,21); en el huerto de Getsemaní dice: «mi alma está triste hasta la muerte» (Mt 26,38).

En las epístolas de Juan se defiende la verdad de la humanidad: de Cristo, frente a los que entonces negaban —los docetas— la realidad de la encarnación (cfr. 1Jn 4,2). «Porque muchos seductores (*polloí plánoi*) salieron al mundo, los cuales no confiesan (*hoi me homologountes*) que Jesucristo haya venido en la carne (*erchómenon en sarkí*). Éste —es decir, éstos— es el seductor y anticristo (*ho plános kai ho antíchristos*)» (2Jn 7).

Y en otro texto: «En esto se conoce el espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en la carne, es de Dios, y todo espíritu que no confiesa a Jesús (Vg: *qui solvit Iesum*, que separa a Jesús), no es de Dios; y éste es el anticristo (*ho antíchristos*), del que habéis oído que viene; y ahora ya está en el mundo» (1Jn 4,2-3).

7. *Cristo, Dios-Hombre*

En otros pasajes se trasluce la divinidad: penetra en el corazón de los hombres; perdona los pecados, y «quién puede perdonar los pecados sino Dios» (Mc 2,7).

En un prodigio múltiple (Mt 9,1-7): lee en el interior de las conciencias —«al ver sus pensamientos», cosa que es propia de Dios, como se dice en Act 1,24: «Señor, Tú que conoces los corazones (*kardiognóstes*) de todos»—; perdona los pecados al paralítico, y acto seguido, con el milagro físico de una curación visible prueba su poder en el orden espiritual: «para que veáis que el Hijo del Hombre tiene potestad para perdonar los pecados, dice al paralítico: 'levántate, toma tu camilla y vete a tu casa'».

Los Magos que vinieron de Oriente (*apó anatolón*) «para adorarle (*proskynésai autó*)», «entrando en la casa encontraron al niño con María su Madre, y prostrándose le adoraron (*pesóntes prosekynesan*), y abriendo sus tesoros, le ofrecieron oro (*chrysó*), incienso (*líbanon*) y mirra (*smyrnan*)» (cfr. Mt 2,1-12).

Se alude a su intervención en la creación: «todo ha sido hecho por Él» (Jn 1,3); «todas la cosas han sido creadas por Él y en Él, y Él es antes que todo, y todo tiene en Él su subsistencia» (Col 1,16-17).

Manifiesta su dominio sobre toda la creación. Las cosas inanimadas: «increpó a los vientos y al mar, y se produjo una gran tranquilidad» (Mt 8,26); sobre los seres vivos: da orden a Pedro para que eche el anzuelo en el mar, y en el primer pez que coja encontrará una moneda para pagar el tributo» (Mt 17,23-26); y sobre el hombre: resucita al hijo de la viuda de Naim, y se lo da a su madre (cfr. Lc 7,11-17).

Se muestra su superioridad respecto a los ángeles: «es Cabeza de todos los principados y potestades» (Col 2,10); «una vez subido al cielo, está a la diestra de Dios, después de haber sido sometidos a Él los ángeles, las potestades y las virtudes» (1Pe 3,22; Col 2,15; cfr. Heb 1,4-14): «hecho tanto mayor que los ángeles cuanto que, con preferencia a ellos, ha heredado un nombre más excelente». «He enviado a mi ángel» (Ap 22,16). Y también manifiesta su dominio sobre los demonios: «manda a los espíritus impuros, y le obedecen» (Mc 1,27).

Expresamente dice que es superior a Salomón y a Jonás: «aquí está quien es más» (Lc 11,31-32).

Implícitamente se coloca por encima de Moisés, al comentar con autoridad el contenido de la Ley dada por Dios a éste (Mt 19,1-12). Insinúa que David le llama Señor —tratamiento que se da a Dios—: «dijo el Señor a mi Señor, siéntate a mi diestra hasta que ponga a tus enemigos como escabel de tus pies» (Mt 22,41-46; cfr. Ps 110 [109], 1). Y a los que no admiten que pueda ser mayor que su padre Abraham, les dice: «antes de que Abraham llegara a ser, yo Soy», (Jn 8,48-59), utilizando esta forma verbal como un nombre de Dios.

En diversas ocasiones se afirma su superioridad respecto a Juan el Bautista. En diversas ocasiones éste da testimonio de Jesús, y dice que «llegó a ser antes que yo (*emprosthén mou gegonen*) porque era primero que yo (*hoti protós mou en*)» (Jn 1,15). «Yo tengo que ser bautizado por ti, y tú vienes a mí», le dice el Precursor. (Mt 3,1). «No soy digno de inclinarme para desatar la correa de sus sandalias» (Mc 1,7).

Pide un seguimiento incondicional, cuando llama a los apóstoles: «Y ellos (Jacobo y Juan) al instante (*euthéos*), dejando (*aphentes*) las redes y a su padre, le siguieron (*ekolouthesan*)» (Mt 4,22). «El que no está conmigo (*ho me on met'hemou*), está contra mí (*kat'emou éstin*), y el que no recoge conmigo, desparrama» (Mt 12,30). Palabras que, desde un punto de vista distinto, hay que completar con las que se encuentran en otro pasaje: «Maestro (*Epistáta*), hemos visto a uno lanzando demonios en tu nombre, y se lo hemos prohibido, porque no viene con nosotros. Y les dice Jesús: 'no se lo prohibáis; ya que quien no está contra vosotros, por vosotros está'» (Lc 9,49-50; cfr. Mc 9,40). En ellas se puede observar también la eficacia divina del nombre de Jesús, y la llamada a la unidad de los que trabajan por Cristo.

Es totalmente ajeno a todo pecado propio: «¿quién de vosotros me convence de pecado? (*elégchei me perí hamartías*)» (Jn 8,46). Al enseñar a rezar a los apóstoles, se segrega de ellos, al decirles: «así habéis de rezar: 'Padre nuestro... Y perdónanos nuestras ofensas (o nuestras deudas)'» (Mt 6,9-12), de manera que esta última petición no le afecta a Él —que es la santidad misma, y por tanto incompatible con el pecado—, sino al resto de los hombres, que son pecadores.

8. *Funciones intelectivas*

Hay formas verbales que expresan sus funciones intelectivas, unas veces según su naturaleza humana, y otras según la divina: «lo encontraron en el Templo, sentado entre los doctores, escuchándoles e interrogándoles» (Lc 2,46); entró el sábado en la sinagoga de Nazaret, «y se levantó para leer»; «le fue entregado el libro del profeta Isaías; «y empezó diciendo: «hoy se ha cumplido esta Escritura»: «y todos estaban admirados por las palabras de gracia que salían de su boca» (cfr. Lc 4,16-30); «estaban estupefactos de su doctrina» (Mc 1,22); ante los que acusaban a la mujer adúltera, «escribía en el suelo» (Jn 8,6-8). «y algunos dicen: '¿cuál es la sabiduría que se la ha dado?'» (Mc 6,2); «les enseñaba, como quien tiene potestad, y no como los escribas y fariseos» (Mt 7,29);

El conocimiento, lleno de afecto, de las personas: «yo conozco las mías (las ovejas), y las mías me conocen a mí» (Jn 10,14); «les interpretó lo

que se refería a Él en todas las Escrituras» (Lc 24,27; Mt 5,2; Lc 5,3); hablaba al corazón: «¿no es verdad que nuestro corazón ardía cuando nos hablaba en el camino y nos abría el sentido de las Escrituras?» (Lc 24,32); revelaba los misterios de Dios: «el Hijo Unigénito, que está en el seno del Padre, es quien lo ha explicado» (Jn 1,18).

Una expresión de su ciencia experimental: «Jesús se admiró (*ethaúmasen*), y dijo... nunca había encontrado en Israel una fe tan grande» (Mt 8,10);

Otras veces será la prudencia de callar: «Y Jesús callaba» (Mt 26,63).

9. *Ejercicio de las facultades volitivas*

Unas veces se expresa la voluntad humana, y otras la divina. Conocemos su actitud de ánimo en el momento de venir a este mundo: «He aquí que vengo, para hacer, oh Dios, tu voluntad», dice a su Padre (Heb 10,9). Y en el umbral de la pasión, en el huerto de Getsemaní: «no se haga mi voluntad (*to thélema*), sino la tuya» (Lc 22,42). «Mi alimento es hacer la voluntad de quien me ha enviado, que realice su obra» (Jn 4,34).

«Impera a los espíritus inmundos y le obedecen» (Mc 1,27); imperó a los vientos y al mar» (Mt 8,26); «imperó a la fiebre» (Lc 4,39). «Tocó al leproso, diciendo: 'lo quiero, queda limpio'» (Mt 8,3); «y tomando a la chica por la mano le dice: '*Talitha cumi*', que significa: niña, a ti te lo digo, levántate» (Mc 5,41). San Pablo alude al «imperio (*epitagén*) de Dios Salvador nuestro y de Cristo Jesús, esperanza nuestra» (1 Tim 1,1).

Dice cuáles son las ofrendas que resultan más agradables a Dios: «Misericordia es lo que quiero, y no sacrificio» (Mt 9,13).

Deja un mandato, a manera de testamento, que es la medida de su amor: «un mandamiento nuevo os doy, que os améis los unos a los otros como yo os he amado» (Jn 13,34). Como expresión del ejercicio de la caridad está el verbo «amar» (*agapáo*), que la Vg traduce al latín por «*amare*» o «*diligere*», tanto para referirse al amor de Jesucristo a los hombres —«mirad como le amaba» (Jn 11,36); «a los que amo, los corrijo y castigo» (Ap 3,19); (Mc 10,21)—, como al de éstos a Él; «a quien me ama, mi Padre le amará» (Jn 14, 21; cfr. Jn 21,15); y también *philéo*: «y al otro discípulo a quien amaba (*hon ephílei*) Jesús» (Jn 20,2).

Otro resumen de ello se encuentra en 1Jn 4,8-9: «En esto se manifestó la caridad de Dios en nosotros (o en medio de nosotros) (*en hemyn*), en que envió Dios al mundo a su Hijo Unigénito, para que vivamos por Él».

10. *Gestos*

A veces es la descripción de una serie de gestos realizados sobre cosas, o ante personas: «Imponiéndoles las manos (a los niños), les bendecía» (Mc 10,16); «y elevando sus manos, les bendijo» (Lc 24,50); «con el dedo escribía en el suelo» (Jn 8,6); es bautizado por Juan (Mt 3,13), y bautiza, si bien lo realiza por medio de los discípulos (Jn 4,1-2).

En la última Cena, al lavar los pies a los apóstoles (cfr. Jn 13,1-17), y en la institución de la Eucaristía, que san Pablo narra así: «He recibido

del Señor, la tradición que os he transmitido, que el Señor Jesús, la noche en que iba a ser entregado, tomó el pan y dando gracias, lo partió, y dijo: tomad de él y comed, que esto es mi cuerpo, entregado por vosotros; hacedlo en conmemoración mía. De manera semejante hizo con el cáliz, después de haber cenado, diciendo: Este cáliz es la nueva Alianza en mi sangre; hacedlo cada vez que bebáis de él, en conmemoración mía. Porque cada vez que coméis este pan y bebéis de este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor hasta que venga» (1Cor 11,23-27; cfr. Mt 26,26-29; Mc 14,22-25; Lc 22,19-20). «Y ocurrió que, mientras estaba con ellos en la mesa, tomó el pan, dijo la bendición, y lo partió, y se lo dio. Y se les abrieron los ojos, y lo reconocieron» (Lc 24,30-31; «y cómo le reconocieron en la fracción del pan (*en te klései tou artou*)» (*ibidem*, 36).

«Sopló, y les dijo (a los apóstoles): recibid el Espíritu Santo; a quienes perdonaréis los pecados, les serán perdonados; y a quienes los retendréis, les serán retenidos» (Jn 20,22).

11. *Sentido soteriológico*

Muchos de ellos tienen una significación soteriológica, para referirse a acciones características o a momentos culminantes de los misterios salvadores.

a) Misión divina

«Ser enviado» y «enviar»: «Dios envió (*apéstalken*) a su Hijo Unigénito al mundo para que

vivamos por Él (1Jn 4,9); «como el Padre me ha enviado, también yo os envío a vosotros» (Jn 20,21); «Jesús envió (*apésteilen*) estos doce» (Mt 10,5) (de ahí la palabra «apóstol»); (cfr. Gál 4,4). «He aquí que yo os envío como corderos en medio de lobos» (Lc 12,3). «Y convocados sus doce discípulos (*mathetás*), les dio potestad sobre los espíritus inmundos, para expulsarlos, y para curar toda dolencia y toda enfermedad. Los nombres de los doce apóstoles (*ton de dódeka apostólon*) son éstos: el primero Simón, que se llama Pedro (*Pétros*), Andrés, su hermano, Jacobo de Zebedeo y Juan su hermano, Felipe y Bartolomé, Tomás y Mateo el Publicano, Jacobo de Alfeo y Tadeo, Simón el Cananeo, y Judas Iscariote, el que lo entregó» (Mt 10,1-4). Véanse también estos nombres, excepto el último, en Act 1,13, con algunas variantes en la denominación. Y a los once se añade Matías (Act 1,26).

«Llamar»: «llamó hacia Sí a los que Él quiso y fueron a Él (Mt 3,13)». «Elegir»: y dijo durante la Cena —un momento ligado a la institución de los sacramentos de la Eucaristía y del Orden— a los apóstoles: «No me habéis elegido vosotros a mí, sino yo a vosotros» (Jn 15,16).

«Le ungió Dios con el Espíritu Santo y con poder» (Act 10,38); «el Espíritu del Señor sobre mí; por esto me ungió y me envió a evangelizar a los pobres» (Lc 4,18; cfr. Is 61,18; 58,6; cfr. Lv 25,10). «El Hijo del Hombre ha venido a buscar y salvar (*zetesai kai sosai*) lo que había perecido» (Lc 19,10).

Visitar: «nos visitará un Sol que saldrá de lo alto» (Lc 1,78). Cfr. Lc 19,74: «no has conocido el tiempo de tu visitación».

b) Vida, muerte y glorificación

Nacimiento: «nacido de una mujer» (Gál 4,4); «Y (María) parió a su hijo primogénito, y le envolvió en pañales, y lo reclinó en un pesebre» (Lc 2,7); «y al cumplirse los ocho días, para circuncidar (*peritemnein*) al Niño, se le dio el nombre de Jesús» (Lc 2,21); «lo llevaron a Jerusalén para presentarlo al Señor» (Lc 2,22); «se quedó el niño Jesús en Jerusalén, sin que lo supieran sus padres» (Lc 2,48). «Fue al Jordán para ser bautizado (*baptisthénai*)» (Mt 3,13). «...los llevó consigo a un monte elevado (a Pedro, Santiago y Juan), y se transfiguró (*metemorphóthe*) ante ellos» (Mt 17,2).

«Dio testimonio (*martyrésantos*) bajo Poncio Pilatos» (1Tim 6,13). «Y lo llevaron atado (*desántes autou apégagon*) y lo entregaron (*parédokan*) a Poncio Pilatos» (Mt 27,2). «Padecer (*páschein*)»: «porque Cristo ha padecido por nosotros, dejándoos ejemplo, para que sigáis sus pisadas» (1Pe 2,21); «sabía Pilatos que los Sumos Sacerdotes lo habían entregado por envidia» (Mc 15,10); ser objeto de burlas» (Mc 15,16-20); «ser flagelado» (Mc 15,15); «ser crucificado (*staurothénai*)» (Mt 26,2; Act 2,36); «morir (*apothnéskein*)»: «e inclinando la cabeza, entregó el espíritu» (Jn 19,30); «por esto también Jesús, a fin de santificar el pueblo con su propia sangre, padeció fuera de la puerta (*exo tes pyles épathen*)» (Heb 13,12); «ser matado (*apoktanthénai*)» (Mt 16,21); «para matarle (*anairethénai*)» (Act 13,28); «al que vosotros habéis matado (*diecheirísasthe*) suspendiéndole en un madero» (Act 5,30). «porque Cristo ha muerto por nuestros pecados, según las Escrituras» (1Cor 15,3); «Él dio su vida por nosotros (*ten psichén autou étheken*)» (1Jn 3,16); «cuando lo vieron ya muerto, no le quebraron las extremidades» (Jn 19,33).

«Y a vosotros... os vivificó con Él, perdonándoos todos los delitos (*ta paraptómata*), anulando el acta escrita (*to cheirógraphon*) con las prescripciones (*tois dógmasin*) contra nosotros, que nos era adversa, y la quitó de en medio, clavándola en la cruz» (Col 2,13-14). «Cristo murió una vez por nuestros pecados, justo por injustos, para ofrecernos a Dios, mortificado en la carne, pero vivificado en el espíritu» (1Pe 3,18);

«Sepultar (*tháptein*)»: «y que ha sido sepultado (*etáphe*)» (1Cor 15,4); «Y habiendo recibido el cuerpo, José lo envolvió con una sábana limpia (*enetylixen autó en sindóni katharà*) y lo puso en su sepulcro nuevo» (Mt 27,59). «En el cual (en el espíritu) fue a predicar a los espíritus que estaban encarcelados» (1Pe 3,19); «no fue abandonado en el infierno (*hades*) ni su carne vio la corrupción» (Act 2,31).

«Glorificar (*doxazein*)»: «el Dios de Abraham y Dios de Isaac y Dios de de Jacob, Dios de nuestros padres, glorificó a su Hijo Jesús al que vosotros entregasteis y negastéis» (Act 3,13); «es mi Padre quien me glorifica» (Jn 8,54); «aún no había sido dado el Espíritu, (*oupo gar en Pneuma*) porque Jesús aún no habia sido glorificado (*edoxasthe*)» (Jn 7,39); la efusión del Espíritu puede estar simbólicamente anticipada en la transfixión, cuando del costado de Cristo brota sangre y agua» (Jn 19,34). «Cristo será glorificado (*megalynthésetai*) en mi cuerpo, ya sea por medio de la vida, ya por la muerte» (Flp 1,20). Vemos a Jesús coronado de gloria y de honor (*dóxe kaí timé estephanoménon*), por la pasión de la muerte, para que, por la gracia

de Dios experimentara la muerte, en bien de todos» (Heb 2,9-10).

«Levantar», «exaltar (*hypsoún*)»: «así como Moisés levantó (*hypósen*) la serpiente, conviene que sea levantado (*hypsothénai*) el Hijo del Hombre» (Jn 3,14); «cuando habréis levantado al Hijo del Hombre, entonces comprenderéis que Soy Yo» (Jn 8,28); «Y cuando yo seré levantado de la tierra, atraeré hacia mí todas las cosas (o «todos», según otra variante)» (Jn 12,32).

«Resucitar (*egeirein*)»: «y que resucitó al tercer día según las Escrituras» (1Cor 15,4); «a este Jesús, Dios le resucitó, y de esto todos nosotros somos testigos» (Act 2,32); como dice Pedro: «a Éste, Dios le ha exaltado con su diestra, como a Príncipe (*Archégon*) y Salvador (*Sotéra*)» (Act 5,31).

«Aparecer (*phaneróo*)»: «Cuando Cristo, vuestra vida, aparezca (*phaneróthe*)» (Col 4,3). «Cuando aparezca el Príncipe de los Pastores» (1Pe 5,4).

«Comparecer (*emphanizo*):» «No entró en un santuario hecho por mano de hombres, ejemplar de los verdaderos (*antítypa ton alethinón*), sino en el mismo cielo, para aparecer (*emphanisthénai*) ante el rostro (*to prósopo*) de Dios, a favor nuestro» (Heb 9,24).

c) Actividad mesiánica

Predicar y evangelizar: «predicando (*kerysson*) y evangelizando (*euangelizómenos*)» (Lc 8,1); fue «predicando el Evangelio de Dios, y diciendo que se ha cumplido el tiempo, y está cerca el Reino de Dios: convertíos (*metanoeite*) y creed en la Buena Nueva» (Mc 1,14). «Recorría... toda la Galilea, en-

señando (*didáskon*) en sus sinagogas y predicando el evangelio del reino (*kerysson to euaggélion tes basileías*) y curando (*therapeúon*) toda enfermedad (*noson*) y toda dolencia (*malakían*)» (Mt 4,23). Hablar (*lalein*): «nunca ha hablado así un hombre, como este Hombre» (7,46); «me ha enviado (el Espíritu del Señor) a evangelizar a los pobres» (Lc 4,18), «fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo» (Mt 4,1); «después de ayunar (*nesteúsas*) cuarenta días y cuarenta noches... tuvo hambre (*epeínasen*)» (Mt 4,2); expulsar demonios: «hasta los demonios se nos someten en tu nombre» (Lc 10,17); iluminar (*photízein*) (Jn 1,9) o (*epiphaúskein*): «y te iluminará Cristo» (Ef 5,14).

Dar ejemplo: «os he dado ejemplo (*hypódeigma*)» (Jn 13,15); «dejándoos un ejemplo, para que sigáis sus pasos» (2Pe 2,21); «venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres, y ellos, inmediatamente, dejando las redes, le siguieron» (Mt 4,19-20).

Hacer milagros (*poiein semeia*): «y aquellos hombres, al ver que Jesús había hecho un signo... (*idóntes ho epoíesen semeion*)» (Jn 6,14); «este fue el inicio de los signos que Jesús hizo en Caná y manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en Él» (Jn 2,11).

Regir (*poimaínein*) (Mt 2,6; Ap 12,5); reinar (*basileuein*) (Ap 20,4); apacentar (*bóskein* y *poimaínein*) (Jn 21,15 y 17). Hacer el bien: «pasó haciendo el bien (*euergetón*) y sanando todos los oprimidos por el diablo, ya que Dios estaba con Él (*met'autou*)» (Act 10,38). «Venid a Mí todos los que estáis fatigados y cargados, y yo os aliviaré (*anapaúso hymás*)» (Mt 11,28). «Y ocurrió que las multitudes se precipitaban hacia Él para oír la palabra de Dios» (Lc 5,1).

Más tarde los apóstoles y discípulos seguirán sus pasos: «en las sinagogas (Saulo) predicaba a Jesucristo» (Act 9,20); «no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo Señor» (2Cor 4,5); «convenía que se predicara en nombre de Él (de Cristo) la penitencia (*metanoía*) y la remisión de los pecados (*áphesin hamartíon*)» (Lc 24,47); «vino a este mundo a salvar los pecadores (*hamartolous sósai*), de los cuales yo (Pablo), soy el primero» (1Tim 1,15).

d) Acción redentora

Comprar (*agorázein*): «habéis sido comprados a un gran precio» (1Cor 6,20; cfr. 1Pe 1,18); redimir o rescatar: «y nos has redimido (*egorásas*) para Dios con tu sangre» (Ap 5,9); «para redimir (*exagoráse*) a los que estaban sometidos a la Ley (Gál 4,5); «éstos (los que son vírgenes)... siguen al Cordero a dondequiera que vaya... han sido comprados (*egorasthésai*), de entre los hombres, como primicias para Dios y el Cordero»; «sabiendo que habéis sido rescatados (*elytróthete*)... no con nada corruptible, con plata u oro, sino con una sangre preciosa, como la de un cordero inmaculado e inocente de Cristo, predestinado antes de la creación del mundo y manifestado al final de los tiempos a causa de vosotros» (1Pe 1,18-20). Salvar (*sósai*): «el Hijo del Hombre vino a salvar lo que había perecido» (Mt 18,11). Liberar (*eleutheroun*): «con la libertad (*te eleuthería*) con que Cristo nos ha liberado (*eleuthérosen*)» (Gál 5,1).

Santificar o hacerse víctima: «Hemos sido santificados (*hegiasménoi*) por la oblación, una sola

vez, del Cuerpo de Cristo» (Heb 10,10); «Yo mismo me hago víctima (*hagiazo emautón*; Vg: *sanctifico meipsum*) por ellos» (Jn 17,19).

Darse: «este es mi cuerpo que se da (*didómenon*) por vosotros» (Lc 22,19); «que se dio Él mismo (*édothen seautón*) por nosotros para redimirnos (*lytrósetai*) de toda iniquidad (*anomías*)» (Tit 2,14). Entregarse (*paradídomi*): «se entregó Él mismo por nosotros» (Ef 5,2; 5,25; Gál 2,20). Ser entregado (1Cor 11,23: «en la noche en que había de ser entregado (*parélabon*) (cfr. Lc 22,48; Jn 19,11; Lc 23, 15); «Él llevó en su cuerpo nuestros pecados sobre el madero, para que muertos al pecado, vivamos para la justicia» (1Pe 2,24; cfr. Is 53,5); «Dios no nos ha destinado a la ira, sino a la adquisición de la salvación (*peripoíesiv soterías*), por nuestro Señor Jesucristo, el cual ha muerto por nosotros a fin de que, tanto si estamos en vela como si dormimos, vivamos juntamente con Él» (1Tes 5,9-10). «Si, siendo enemigos (*echthroi*), fuimos reconciliados (*katellágemen*) con Dios por la muerte de su Hijo, (*diá tou thanátou tou Hyiou autou*) mucho más, una vez reconciliados, seremos salvos (*sothesómetha*) en su vida. Y no sólo esto, sino que somos glorificados (*kauchómenoi*) en Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, por el cual ahora recibimos la reconciliación» (Rom 5,10-11).

Servir (*diakonein*): el Hijo del Hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como redención (*lytron*) para muchos (Mt 20,28; Lc 22,27). «El cual (el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo)... nos predestinó (*proorisas*) a la adopción de hijos (*hemás eis hyiothesían*) para Él,

por medio de Jesucristo (*diá Iesou Christou eis autón*)» (Ef 1,5).

«Yo, a los que amo, les reprendo y castigo (*Egó hosous eán philó, elegcho kai paideúo*)» (Ap 3,19).

e) Vida en Cristo

El conocimiento vivido del misterio de Cristo por parte de los apóstoles se produjo como lo describe Juan: «Lo que era desde el inicio, lo que oímos, lo que vimos con nuestros ojos, lo que contemplamos, y nuestras manos tocaron acerca del Verbo de la vida... os lo anunciamos para que estéis en comunión con nosotros, y nuestra comunión sea con el Padre y con su Hijo Jesucristo» (1Jn 1,1-3). Para otros la vía fue distinta: «Al que, sin haber visto, amáis» (1Pe 1,8).

Y Pablo alude de este modo a su encuentro con Cristo: «¿No soy yo apóstol? ¿Acaso no he visto a Jesús Señor nuestro?» (1Cor 9,1). Seguramente se refiere a Cristo resucitado, que le sale al encuentro en el camino de Damasco (1Cor 15,8). Es probable que en éste y otros lugares quiera cortar la pretensión de algunos, para los cuales la condición de apóstol se restringe a quienes son testigos de la vida terrestre de Cristo, como quizá les ocurrió a algunas de las personas aludidas en 1Cor 1,12, y frente a las cuales, Pablo dice: «Y yo soy de Cristo (o yo estoy por Cristo)».

El texto que sigue no es de fácil interpretación: «Por tanto, a partir de ahora, a nadie conocemos según la carne; y si conocimos (*egnókamen*) según la carne (*kata sárka*) a Cristo, sin embargo, ahora ya no conocemos (*ginóskomen*) (así). De suerte que

el que es de Cristo se ha hecho nueva creatura» (2Cor 5,16-17).

La expresión «conocer según la carne» podría hacer pensar a primera vista que Pablo conoció a Cristo en la época anterior a su conversión, cuando Jesús aún no había muerto. Ello en efecto, sería posible, ya que, si en el momento del martirio de Esteban, Saulo era un joven (*neaníou*) (Act 7,58), podía haber estado en Jerusalén unos años antes, en la época en que se recorrieron las últimas etapas de los misterios salvadores de Jesucristo, ya que se calcula que Saulo nació entre los años 7-12; después del 30 estuvo en Jerusalén haciendo sus estudios sobre la Ley; y su vocación a la fe cristiana se produjo entre el 34-36.

Sin embargo, en ese pasaje, haber conocido a Cristo según la carne no significa necesariamente haberle visto con sus propios ojos, antes de su conversión. Conocer según la carne puede significar, en efecto: conocer a través de la experiencia personal, con los sentidos; o tener sólo un conocimiento externo, según los criterios corrientes, y no en toda su profundidad, en relación con la gracia.

«Conocer según la carne» significa probablemente en este lugar: conocer fuera de la perspectiva de la fe y de la gracia, con errores y con prejuicios, como le ocurría a Pablo antes de su conversión, lo mismo que a algunos de los maestros oficiales del pueblo.

Esas palabras están en un contexto en el que habla de la trascendencia que tiene la gracia en el hombre, que lo hace nuevo. A partir de su encuentro con Cristo en el camino de Damasco, todo lo ve ya desde esta manera nueva.

De ello se concluye que, en cualquier caso, antes no conoció a Cristo, como ahora, captando toda su riqueza.

Con todo, aunque no le hubiera conocido directamente en su estancia en Jerusalén, cuando era un adolescente, sí que pudo haber oído hablar de él; y ya muy pronto, fue cómplice con su presencia de los que martirizaron a Esteban (Act 7,63) y persiguió a los que seguían a Cristo, los cristianos: «devastaba las Iglesias» (Act 8,3).

Por esto, aunque antes hubiera podido quedarse en un conocimiento natural de Él, según las apariencias, ahora ya no ocurre así: siempre tiene en cuenta esa otra referencia, y capta esa nueva dimensión.

En san Pablo el pleno conocimiento de Jesús pudo empezar en su encuentro con Él en el episodio de su conversión, en el camino de Damasco (Act 9,1-22), con las reflexiones que le sugirió este hecho: él iba tras los cristianos para llevárselos presos (1-2), y resulta que es Cristo quien se considera perseguido. Se daba a entender así que existía una vinculación estrecha entre Jesús y sus seguidores.

Ello pudo hacer descubrir a Pablo la teología del Cuerpo místico, ya apuntada por Jesús con la metáfora de la vid y los sarmientos (Jn 15,1-12): Jesucristo y los fieles forman un solo Cuerpo —el Cuerpo místico— en el cual Él es la Cabeza y los demás los miembros, con una unidad que no es física, ni simplemente moral, sino de naturaleza misteriosa, y por eso se llama mística: el Cuerpo místico: «Todos los que habéis sido bautizados, habéis sido revestidos de Cristo. No hay judío ni griego, ni esclavo ni hombre libre, ni varón ni mujer: todos sois uno solo (*eis*, el pronombre numeral, en masculino singular) en Cristo Jesús» (Gál 3,27-28).

Después de decir en Col 3,9-10, que hay que despojarse del hombre viejo y revestirse del nuevo,

que se va renovando hacia el pleno conocimiento según la imagen de aquel que lo creó, afirma que para Éste «no cuenta ser griego o judío, circunciso o incircunciso, bárbaro o escita, esclavo o libre, sino que Cristo es todo en todos» (11).

La idea de la unión vital con Cristo que ilustraron Jesús con la alegoría de la vid y de los sarmientos, y Pablo con la del Cuerpo místico, viene expresada, con frecuencia, sobre todo en las predicaciones y en los escritos de san Pablo, con la preposición «en» (en griego «en», en dativo), en las fórmulas «en Cristo (*en Christó*)»: 1Tes 4,16; Flp 2,1; Col 1,2; Flm 8; «en Cristo Jesús (*en Christó Iesou*)»: 1Cor 1,2 y 4; 1 Tes 2,14; 5,17; Ef 1,1; Flp 1,1; 1Tim 1,1; Flm 10»; en el Señor (*en Kyrío*): Rom 16,8; Ef 4,1; Col 4,17; «en Dios Padre y en el Señor Jesucristo» (1Tes 1,1; 2Tes 1,2); y otras parecidas. Y está también presente en palabras como éstas: «vuestra vida está escondida con Cristo en Dios (*syn to Christó en to Theó*) (Col 3,3); «vivir en Cristo Jesús (*zen en Christó Iesou*)» (2Tim 3,12).

También se utiliza la preposición «por (*hypér*)», para expresar, por ejemplo, la finalidad de las acciones o sufrimientos: «en las necesidades, en las persecuciones, y en las angustias por Cristo» (2Cor 12,9). Y otra: «diá» (por, a través de, por medio de): «por quien (Jesucristo señor mío) prescindí de todo» (Flp 3,8).

Un sugestivo texto paulino —que ofrece las raíces de palabras cuyo uso modernamente se ha generalizado («ateos», «alienados»)— describe el contraste que se da entre estar sin Cristo y estar con Cristo, con sus consecuencias: «porque estabais en aquel tiempo sin Cristo (*to kairó ekeino chorís*

Christou), excluidos (Vg: *alienati*, alienados) (*apellotrioménoi*) de la ciudadanía (*tes politeias*) de Israel, y extraños a las alianzas y a las promesas, sin esperanza y sin Dios en este mundo (*átheoi en to kosmo*). Pero ahora vosotros estáis en Cristo, los que en un tiempo estabais lejos, habéis llegado a estar cerca, en la sangre de Cristo» (Ef 2,12-13).

La imitación de Cristo está expresada de diversas maneras en el Nuevo Testamento: «aprended de mí (*máthete ap'emou*)» (Mt 11,29). El mismo apóstol habla de hacerse imitadores de Cristo, directa o indirectamente, e invita a ello: «Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo (*mimetaí mou gínesthe, kathós egó Christou*)» (1Cor 11,1); «sed imitadores míos (*mimetaí mou gínesthe*; y a esas palabras la Vg añade: *sicut ego Christi*) (1Cor 4,16). «Y vosotros os habéis hecho imitadores nuestros, y del Señor (*kaí hymeis mimetaí hemón egenéthete kaí tou Kyríou*)» (1Tes 1,6); «hermanos, os habéis hecho imitadores de las Iglesias de Dios, que están en Judea, en Cristo Jesús (1Tes 2,14); cfr. también Ef 5,1: «sed imitadores de Dios, como hijos carísimos» (Ef 5,1; Flp 3,17: «sed imitadores míos»).

En tono de un cierto reproche, después de haber descrito la manera de comportarse de los paganos, dice a los efesios: «pero vosotros no habéis aprendido a Cristo así, si es que habéis oído hablar de Él y habéis sido instruidos en Él según aquello que es verdad en Jesús» (Ef 4,20).

Entresaquemos algunos verbos relacionados con la vida en Cristo:

Predicar y anunciar a Cristo: «Predicamos a Cristo crucificado (*keryssomen Christón stauroménon*), escándalo para los judíos, necedad para los gentiles» (1Cor 1,23). «Con tal de que, de todas

maneras, ya sea como pretexto, ya sea sinceramente, Cristo sea anunciado (*Christós kataggéletai*), me alegro, y me alegraré» (Flp 1,18).

Creer en Él: «esta es la obra de Dios (*to érgon tou theou*), que creáis (*pisteúete*) en Aquel que Él ha enviado» (Jn 6,29); «confirmados en la fe (*bebaioúmenoi te pístei*), tal como habéis aprendido, abundando en la acción de gracias (*en eucharistía*)» (Col 2,7). Confesarle: todo el que me confesare delante los hombres, también el Hijo del Hombre le confesará (*homologései*) ante los ángeles de Dios, y el que me negare delante de los hombres, será negado (*aparnethésetai*) delante de los ángeles de Dios» (Lc 12,8).

Los sentidos tienen su papel en el conocimiento de Jesucristo: «Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos, y nuestras manos tocaron acerca del verbo de vida... os lo anunciamos» (cfr. 1Jn 1,1-4).

Tocar a Jesús: «Todos los que le tocaban, quedaban sanos» (Mc 6,56); «sólo con tocar su vestido, quedaré sana» (Mt 9,21). «Toda la multitud quería tocarle» (Lc 6,19).

Ver y mirar a Jesús: «E intentaba (Zaqueo) ver (*idein*) a Jesucristo» (Lc 19,3). «Y los ojos de todos en la sinagoga estaban fijos en él (*atenizontes autó*: le miraban atentamente)» (Lc 4,20). «Queremos ver (*idein*) a Jesús (Jn 12,21). «Mirando (*aphorontes*, Vg: *adspicientes*) al autor y consumador de la fe, Jesús» (Heb 12,2).

Oír a Jesús: «María... a los pies del Señor, oía su palabra» (Lc 10,39). «Este es mi Hijo... Escuchadle» (Lc 9,35).

Buscar a Jesús: «Todos te están buscando (*pantes zetousin se*) (Mc 1,37).

Ir a Jesús: «el que viene a mí (*ho erchómenos pros me*) no tendrá hambre» (Jn 6,35). «Todo lo que me da el Padre, vendrá a mí (*pros emé héxei*)» (Jn 6,37). «Señor.. a quién iremos (*pros tína apeleusómetha*) (Jn 6,68). «Si alguien viene a mí (*ei tis érchetai pros me*) y no odia a su padre y a su madre y a la mujer y a los hijos y a los hermanos y hermanas e incluso a su vida, no puede ser mi discípulo» (Lc 14,26), donde el sentido del verbo odiar podría captarse mejor relacionándolo con otros pasajes paralelos: «el que ama al padre o a la madre más que a mí, no es digno de mí...» (Mt, 10, 37) («Se podrían traducir las palabras de Cristo por amar más, amar mejor, más bien, por no amar con un amor egoísta, con un amor a corto alcance: debemos amar con el Amor de Dios»: Cfr. J. Escrivá de Balaguer, Es Cristo que pasa, n. 97).

Acercarse a Cristo: «se acercaron (*proselthan*) a él sus discípulos» (Mt 5,1); «una mujer... se acercó (*proselthousa*) y tocó la orla de su vestidura» (Mt 9,20); (se le acercaban (*eggízontes*) todos los publicanos y los pecadores para oirle» (Lc 15,1).

Recibir (*paralambáno*) a Cristo: «Y le recibió con gozo (*hypedéxato autón chairon*)» (Lc 19,6). «Si habéis recibido a Cristo Jesús el Señor» (Col 2,6); «Señor, a quién iremos (o «por quién te abandonaremos» —*apeleusómetha*, de *apérchomai*, es salir de un sitio, abandonar a alguien—): sólo Tú tienes palabras de vida eterna» (Jn 6,68);

Seguir (*akolouthéo*): a Cristo: «si alguien quiere seguirme (*opíso mou akolouthei*), que se niegue a sí mismo, y coja su cruz y me siga. Porque el que quisiera salvar su vida la perderá, y el que perdiere su vida por mí y el evangelio, la salvará» (Mc 8,34-35). «El que no toma su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo» (Lc 14,27). «Nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido» (Mt 19,27). «Quien me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida» (Jn 8,12). «Tú, sígueme» (Jn 21,22). «Estos siguen al Cordero, a dondequiera que vaya» (Ap 14,4).

Ganar a Cristo: «por quien prescindí de todo, y lo tengo por basura, a fin de ganarme a Cristo (*Christón kerdéso*; Vg: *lucrifaciam*)» (Flp 3,8).

Ser aprehendido por Jesús: Pablo habla de su deseo de alcanzar el término, «ya que también Cristo Jesús se apoderó (*katelephthen*) de él» (Flp 3,12).

Caminar (*peripatein*) (en Cristo)»: «caminad en Él, enraizados y edificados en Él» (Col 2,6-7). «Vayamos (*ágomen*) también nosotros y muramos con Él (*hina apothánomen met'autou*)» (Jn 11,16).

En un sentido moral se habla del «buen olor de Cristo»: «porque somos buen olor de Cristo para Dios» (2Cor 2,15).

Vivir: «Para mí vivir es Cristo, (*to zen Christós*), y morir una ganancia» (Flp 1,21); «vivo, pero no yo, sino que es Cristo quien vive en mí» (Gál 2,20), el cual (Jesucristo) ha muerto por nosotros, para que tanto si estamos vigilantes como si dormimos, vivamos juntamente con Él» (1Tes 5,10). Crecer: «conviene que Él crezca (*auksaneiv*) y que yo mengüe (*elattousthai*, dice Juan Bautista, refiriéndose a Jesús)» (Jn 3,30).

Estar con Cristo: «el deseo de deshacerme (*to analysai*) y de estar con Cristo (*syn Christó einai*) (Flp 1,23). Estar a la mesa o comer con Él: muchos publicanos y pecadores comían con Jesús (*synanékeinto*)» (Mc 2,15); cenar con Él (*deipnéso*) (Ap 3,20); «quédate con nosotros (*meinon met'hemón*)... entró para estar con ellos» (Lc 24,29).

Revestirse de Jesucristo: «todos los que habéis sido bautizados en Cristo os habéis revestido (*enedysasthe*) de Jesucristo» (Gál 3,27); «llevamos por doquiera en nuestro cuerpo el estado de muerte de Jesús»... Somos entregados a la muerte por causa de Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal (2Cor 4,10); la inhabitación de Cristo por la fe: «que Cristo habite (*katoikésai*) por la fe en vuestros corazones, y que arraigados y fundados en la caridad, podáis comprender con todos los santos cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, esto es, conocer la caridad de Cristo que excede todo conocimiento, para que os llenéis de toda la plenitud de Dios» (Ef 3,17-19). «Para que habite en mí la virtud de Cristo» (2Cor 12,9).

«Fiel es Dios, por el cual habéis sido llamados a la sociedad (a asociaros) (*eis koinonían tou Hyiou autou*) con su Hijo Jesucristo nuestro Señor» (1Cor 1,9). «Cumplo lo que falta a los sufrimientos (*antanapleró ta hysterémata ton thlípseon*) de Cristo, en mi carne en favor de su cuerpo, que es la Iglesia» (Col 1,24).

Elegir: «nos eligió en Él (*exeléxato hemás en autó*) antes de la constitución del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha (*hágious kaí amómous*)» (Ef 1,4).

Predestinar: «nos ha predestinado (*proorísas*) a la adopción de hijos (*eis hyiothesían*) por Jesucristo» (Ef 1,5).

Pablo describe el ejercicio de las virtudes teologales, en relación con Jesucristo: «damos gracias a Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, orando siempre por vosotros y oyendo hablar de vuestra fe (*ten pístin hymón*) en Cristo Jesús, y la caridad que

tenéis a todos los santos (*ten agápen hen échete eis pántas tous hagíous*), por la esperanza que está reservada para vosotros en los cielos» (Col 1, 3-6). Y Pedro dice: «santificad a Cristo en vuestros corazones, siempre preparados a dar razón de la esperanza que está en vosotros» (1Pe 3,15).

Se pueden recordar los verbos que tienen incorporada la preposición «*syn*» (con, juntamente con), para subrayar la unión con Cristo: «Si hemos muerto juntamente con Él (*synapethánomen*), también viviremos juntamente con Él (*syzésomen*), si sufrimos (o perseveramos) con Él (*hypoménomen*), también reinaremos (*symbaleúsomen*) con Él» (2Tim 2,11-12); «hemos sido sepultados juntamente con Él (*syntáphemen*) por el bautismo en la muerte, para que así como Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, también nosotros llevemos (*peripatésomen*, andemos) una vida nueva» (Rom 6,4); «sepultados juntamente con Él en el bautismo, en el cual también habéis resucitado (*synegérthete*) por la fe» (Col 2,12)»; a pesar de estar muertos por los pecados, nos volvió a la vida con Cristo (*synezoopoíesen*)... y nos resucitó con Él (*synégeiren*), y con Él nos hizo sentar (*synekáthisen*) en los cielos en Cristo» (Ef 2,5-6).

«Tenemos nuestra ciudadanía en el cielo, de donde esperamos a nuestro Señor Jesucristo, que transformará (*metaschematísei*) el cuerpo de nuestra humildad (*tes tapeinóseos hemón*) para hacerlo conforme (*symmorphon*) con el cuerpo de su claridad (*tes dóxes autou*)» (Flp 3,20-21); «si sois... hijos, también herederos; herederos... de Dios, herederos juntamente con Cristo (*sygkleronómai... Christou*), si padecemos juntamente (*sympáscho-*

men) para que seamos juntamente glorificados (*syndoxasthómen*)» (Rom 8,17).

«Porque a los que ha conocido anticipadamente (*proégno*), también los ha predestinado (*proórisen*) a llegar a ser conformes (*symmórphous*) a la imagen de su hijo para que sea el primogénito entre muchos hermanos» (Rom 8,29).

Por su parte, Pedro describe esta unidad con Cristo, con la imagen de las piedras vivas: «y acercándoos a Él (a Jesucristo), piedra viva, rechazada por los hombres, pero por Dios elegida y honrada, también vosotros habéis de ser edificados encima, como piedras vivas, casa espiritual, sacerdocio santo, para ofrecer hostias espirituales, aceptables a Dios, por medio de Jesucristo» (1Pe 2,4-5).

Y como se ha escrito de manera sugerente: la vida de Jesucristo se puede resumir en dos afirmaciones —y ahora en este contexto, nosotros podríamos decir que, con dos verbos—: «y les estaba sujeto (Jesús, a sus padres de la tierra: José y María)» (Lc 2,51), para los años de la vida oculta; y «pasó haciendo el bien» (Act 10,36), en cuanto a la vida pública (cfr. Beato J. Escrivá de Balaguer, Es Cristo que pasa, Homilías, nn. 16 y 17).

f) Hacia la consumación de los siglos

Con la ascensión a los cielos, deja de ser visible en la tierra la figura de Jesús, pero está presente de maneras varias: «he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos (*héos ten synteleían tou aiónos*)» (Mt 28,20):

Está en la jerarquía de la Iglesia («el que a vosotros oye, a mí me oye»: (Lc 10,16), en el cuerpo de la Iglesia: «donde están dos o tres reunidos en mi nombre (*synegménoi eis to hemón ónoma*) allí estoy yo en medio de ellos (*ékei eimí en méso autón*)» (Mt 18,20); en la Eucaristía: «cuantas veces comiéreis este pan y bebiéreis este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor hasta que venga» (1Cor 11,26); en la eficacia de los otros sacramentos: «todos los que habéis sido bautizados en Cristo (*ebaptísthete en Christó*), os habéis revestido de Cristo (*Christou enedysasthe*)» (Gál 3,27).

Está presente en su palabra, recogida oralmente, y luego escrita, sobre todo en los Evangelios, o en el resto de los libros del Nuevo Testamento, como en la frase que se encuentra en Act 20,35: «conviene acordarse de la palabra del Señor Jesús... Es mejor dar que recibir». «La fe, por la audición, la audición... por la palabra de Cristo» (Rom 10,17).

Pablo le escribe a Timoteo: «desde la infancia conoces las Sagradas Letras (*ta hierá grámmata*), que pueden instruirte para la salvación por medio de la fe en Cristo Jesús» (2Tim 3,15), y añade que «toda Escritura (*pása graphé*) es divinamente inspirada (*theópneustos*) y útil para enseñar, para argüir, para corregir, para instruir en la justicia; para que el hombre de Dios sea perfecto, instruido para toda obra buena» (2Tim 3,16-17). «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán (*oi de lógoi ou mé parélthosin*)» (Mt 24,35).

Y Juan en el Apocalipsis se hace eco de lo que le fue revelado: «Escribe pues las cosas que viste y las que son y las que han de suceder después de éstas» (Ap 1,19)»; «y me dijo: escribe, porque estas palabras son fidelísimas y verdaderas» (Ap 21,5).

Se hizo presente corporalmente a Pablo en el camino de Damasco, y así éste fue verdaderamen-

te, como los demás apóstoles, testigo de la Resurrección (1Cor 15,8). Sólo Dios sabe en qué otras ocasiones ha tenido o tendrá lugar alguna aparición de este tipo —Jesucristo que se traslada localmente—, hasta que se produzca su segunda venida (*parousía*).

Por lo que explica Pablo ha sido Cristo quien le ha hecho gustar anticipadamente del Paraíso: «sé de un hombre en Cristo, hace más de catorce años, si en el cuerpo o fuera de él, no lo sé, Dios lo sabe, que fue arrebatado hasta el tercer cielo (*héos trítou ouranou*)... al Paraíso (*eis ton Paradeíson*)» (2Cor 12,2-3).

A lo largo de los siglos se va afirmando la realeza de Cristo —«todo lo sometió bajo sus pies» (Ef 1,22)—, a través de la vida y del quehacer de los cristianos: «todo lo que hacéis, tanto si son palabras como obras, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesucristo, dando gracias a Dios Padre por medio de Él» (Col 3,17), con vistas a «recapitular (*anakephalaiósasthai*) todas las cosas en Cristo» (Ef 1,10), porque «todo es vuestro, ya sea Pablo, ya Apolo, o Cefas, el mundo, la vida, la muerte, lo presente, lo futuro; todo es vuestro, y vosotros sois de Cristo, y Cristo de Dios» (1Cor 3,21-23).

La Redención afecta de algún modo al cosmos: «La expectación de la creatura aguarda la revelación de los hijos de Dios... la misma creatura será liberada de la corrupción, para la libertad de la gloria de los hijos de Dios. Sabemos pues que toda criatura gime con dolores de parto, hasta ahora» (Rom 8,19-22).

De todas formas, Jesucristo domina ya de un modo u otro en esta fase final de los tiempos escatológicos —la que va de Jesucristo hasta los últimos momentos—. En el Apocalipsis se ofrece un resumen de la historia correspondiente a este tiempo: de una manera más realista por lo que respecta a los primeros tiempos (véanse las cartas dirigidas a los ángeles de las siete Iglesias: Ap 1,9-3,22), y a la manera profética, del resto, donde aparece repetidamente Jesucristo, Alfa y Omega, Principio y Fin de todo, con su propia figura gloriosa, o en la del Cordero, junto a Dios Padre (Ap *passim*).

Se describen en el Apocalipsis variadas vicisitudes, entre ellas se habla de un reinado de mil años. Éste puede representar simbólicamente el curso de la historia del mundo: de «los que fueron degollados por el testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, y no adoraron la bestia ni su imagen, ni recibieron su sello en sus frentes y sus manos, y vivieron y reinaron con Cristo mil años» (Ap 20,4-6). Al término de todo esto «satanás será desatado de su cárcel» (20,17), hasta que el diablo sea «enviado al estanque de fuego y de azufre, donde también la bestia y el pseudoprofeta serán atormentados dia y noche por los siglos de los siglos» (20,7-10). Y al final de los tiempos, «se rebelerá aquel Inicuo a quien el Señor Jesús matará con el espíritu de su boca» (2Tes 2,1-7).

Se va consolidando la victoria de Jesucristo sobre el Enemigo, hasta que se alcance el término final, con la transformación de la Jerusalén terrena o de la Iglesia, en la Jerusalén celestial, que brillará radiante (Ap 21-22). «Es la claridad de Dios que la iluminará, y su lámpara es el Cordero» (21,23)

Nadie puede afirmar el tiempo que media hasta la segunda venida. Con frase gráfica dijo Jesús que «del día o de la hora nadie sabe nada, ni los

ángeles en el cielo («ni el Hijo del Hombre», se añade en Mc 13,32) —se entiende que con su ciencia humana adquirida, o en cualquier caso, que no es una verdad comunicable—, sino sólo el Padre» (Mt 24,36).

Al final de los tiempos escatológicos han de suceder los hechos anunciados por Cristo en el discurso que puede llamarse Apocalipsis sinóptica, pronunciado en Jerusalén en la semana de su pasión (Mt 24,2; 24,23-29; 24,30-31; 34,36-41; 24,42-44), en las partes de su discurso que tratan del fin del mundo, dejando aparte los referentes a la destrucción de Jerusalén y del Templo.

«Como sale el relámpago de oriente y aparece en occidente, así será el advenimiento (*he parousía*) del Hijo del Hombre» (Mt 24,27); «y entonces aparecerá la señal (*to semeíon*) del Hijo del Hombre en el cielo»... «y verán al Hijo del Hombre venir en las nubes del cielo con gran poder y majestad (*metá dynámeos kai dóxes pollés*)» (30). «Y enviará a sus ángeles al son de la trompeta y con gran voz, y congregarán a sus elegidos» (31). «El mismo Señor...descenderá del cielo, y los muertos en Cristo, resucitarán los primeros, luego nosotros, los que vivimos (*heméis, hoi zontes*), los que quedamos (*hoi parileipómenoi*), seremos arrebatados junto con ellos en las nubes al encuentro del Señor, en los aires» (1Tes 4,17).

En 2Tes 2-12, vuelve a ese mismo tema: ruega a los destinatarios de la primera epístola, «por el advenimiento de nuestro Señor Jesucristo y de nuestra reunión con Él que no se intranquilicen», «como si fuera inminente el día del Señor (*hoti enésteken he heméra tou Theou*)» (2) y les indica algunas de las señales que lo precederán: primero, la apostasía (*he apostasía*), y la revelación del hombre del pecado (*ho ánthropos tes hamartías*), el hijo de la perdición (*ho Hyiós tes apoleías*) (3), y alude a aquello que lo retiene (*to katechón*), y a aquel que lo detiene (*ho katechón*) (6). Y cuando desaparezcan estos obstáculos, «entonces se revelará aquel inicuo (*ho ánomos*), al que el Señor Jesús matará con el aliento de su boca (*analei to pneúmati tou stómatos autou*) y destruirá con la manifestación de su advenimiento (*kai katargései te epiphanía tes parousías autou*)» (8).

A ello habría que añadir lo que la Providencia ha dispuesto acerca del testimonio colectivo del pueblo de Israel, con su conversión, antes del fin (Rom 10,25): «no quiero que ignoréis, hermanos, este misterio para que no seáis sabios para vosotros mismos: que la ceguera afectó en parte a Israel, hasta que entrara la plenitud de Israel, y así todo Israel sea salvo (cfr. Is 59,20)»; cfr. también 2Cor 3,12-18: «hasta el día presente, cuando se lee a Moisés, está colocado un velo sobre el corazón de ellos; pero cuando se haya convertido (Israel) al Señor (cfr. Éx 34,34), será retirado el velo» (14-15).

En los versículos anteriores a los arriba citados de Rom 10, se iba preparando la argumentación hasta llegar a estos puntos: «el fin de la Ley es Cristo para la justicia de todo creyente» (4). «Esta es la palabra de fe, que predicamos. Que si confiesas en tu boca a Jesús como Señor, y en tu corazón creyeres que Dios lo hizo resucitar de entre los muertos, serás salvo» (9). «Pero no hay distinción entre judío y griego, pues el mismo es el Señor de todos, rico para todos los que le invocan» (13). «Pues todo el que invocare el nombre del Señor será salvo» (cfr. Job 2,32; Act 2,21). Así, Pedro apli-

ca a Jesucristo ese texto de Joel, el día de Pentecostés. Esteban, por su parte, muere invocando a Jesús: «Señor Jesús, recibe mi espíritu» (Act 7,59).

«Veréis el cielo abierto, y los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del Hombre» (Jn 1,51). «Y entonces dará a cada uno según sus obras» (Mt 16,27).

g) Presencia de Jesús, presencia de Dios

Los textos escriturísticos hablan de distintos modos de la presencia de Jesucristo, el Verbo Hecho Carne.

La plenitud de presencia se da en la presencia local y en la eucarística.

A. En la local:

a) Allí donde ocupaba un lugar en su vida terrena: «enseñó en la sinogoga y en el templo (Jn 18,20); «habitó en Cafarnaum» (Mt 4,13); «habitó en la ciudad llamada Nazaret» (Mt 2,23); «el Niño se quedó en Jerusalén» (Lc 2,43);

b) Y a partir de la Resurrección y Ascensión, en el Cielo (Jn 6,62; Act 1,11; Ap 5,6); «veo los cielos abiertos y al Hijo del Hombre, de pie, a la diestra de Dios» (Act 7,56), o en aquellos lugares en que se ha hecho presente de esta manera, y no sólo de forma intelectual, en apariciones a personas privilegiadas.

B. En la Eucarística:

Bajo las especies consagradas (Mt 26,28; 1Cor 11,27).

C. También, de una manera virtual,

a) En la eficacia de su Palabra: «todas las cosas que se han escrito de mí en la Ley y en los profetas» (Lc 24,44). En el AT, porque Moisés escribió de Cristo (cfr. Jn 5,46); «los Profetas hablaron del advenimiento del Justo» (Act 7,52). Y en el NT: «Estas cosas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios» (Jn 20,31); «El Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, Él os enseñará todas las cosas que os he dicho» (Jn 14,26).

b) En la eficacia de los otros sacramentos: la Penitencia (Jn 20,23; cfr. 18,18); la Unción de los enfermos (Jac 5,14-15), etc.

D. En la Iglesia, Cuerpo de Cristo, de diversas maneras:

a) En la Asamblea: «donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18,20);

b) En la Jerarquía: el que a vosotros escucha, a mí me escucha» (Lc 10,16); «el que a vosotros recibe, a mí me recibe» (Mt 10,40); «he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos» (Mt 28,20).

E. También existen textos que se refieren a la presencia del Verbo, en cuanto Dios, o que es Dios:

a) En la huella que, como Creador, ha dejado en las criaturas: «estaba en el mundo» (Jn 1,10);

b) Desde el principio estaba junto al Padre (cfr. Jn 1,2).

c) En los que participan de la vida divina, por la gracia, y se hacen «partícipes de la naturaleza divina (*theías koinonoí physeos*)» (Vg: *divinae consortes naturae*); en los que, en el curso de su vida cristiana, ejercitándose en la virtudes sobrenaturales, se van transformando en Cristo (Gál 2,20), como son aquellos a los que Pablo otra vez ha dado a luz hasta que se forme (*morphethe*) Cristo en ellos (cfr. Gál 4,19).

d) Y en el alma de los que aman a Cristo y guardan sus mandamientos, en los cuales hará morada, junto con el Padre (y el Espíritu Santo, que está inseparablemente unido a las otras dos Personas) (cfr. Jn 14,23).

F. Para aquellos que intencionalmente le encontrarán en las personas con las que Cristo quiere identificarse:

a) En los niños: «el que recibe a un párvulo en mi nombre» (Mt 18,5);

b) En los que sufren: los hambrientos, los sedientos, los peregrinos, los que no tienen vestido, los enfermos, los presos (Mt 25,35-36);

c) En los discípulos: «el que a vosotros recibe, a mí me recibe» (Mt 10,40).

G. En el recuerdo y en la imaginación, tomando ocasión de las cosas que estuvieron en contacto con el Cuerpo del Salvador: la Santa Cruz: «junto con Cristo, he sido clavado en la Cruz» (Gál 2,19); «llevando su cruz (*ton staurón*)» (Jn 19,17); sus vestidos (*ta himatia*), que los soldados que le crucificaron se repartieron, y su túnica (*ton chitóna*), sobre la que echaron suertes (cfr. Jn 19,23-24); o la Sábana Santa (*la Sancta Sindon*): «José compró una sábana (*sindóna*) y lo envolvió en ella» (Mc 15,46).

O en la descripción de las escenas de la vida de Cristo, que se hace en los Evangelios y otros libros del NT: Lucas escribe a su destinatario de manera ordenada, sobre lo que ha ocurrido, después de haber investigado todo desde el principio, con diligencia (*akribós*: con acribia), «para que conozcas mejor la verdad de aquellas palabras en las cuales has sido instruido (*katechéthes*) (cfr. Lc 1,1-4). Juan por su parte, hablando de los signos (o de los milagros) que se relatan en su evangelio, dice que «han sido escritos para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre» (cfr. Jn 20,30-31).

h) Promesas, premios y castigos

En las Bienaventuranzas, dentro del Sermón de la Montaña, utilizando un lenguaje con reminiscencias del Antiguo Testamento, al que da un sentido más pleno, Jesús hace un resumen del espíritu evangélico: «Bienaventurados (*makárioi*) los pobres en el espíritu (*hoi próchoi en to pneúmati*) porque de ellos es el Reino de los cielos» (Mt 5,3). «...los mansos porque ellos poseerán la tierra (*kleronomésousin ten gen*)» (ib. 4). «...los que lloran porque serán consolados (*paraklethesontai*)» (ib. 5). «...los que tienen hambre y sed de la justicia, (*hoi peinóntes kaí dipsontes ten dikaiosynen*), porque ellos serán saciados» (ib. 6). «...los misericordiosos (*hoi eleémones*), porque ellos alcanzarán misericordia» (ib. 7). «...los limpios de corazón, (*hoi katharoi to cardía*) porque ellos verán a Dios» (ib. 8). «...los pacificadores (*hoi eirenopoioi*), porque serán llamados hijos de Dios (*hyioi Theoú*) (ib. 9). «...los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos» (ib. 10). «Bienaventurados sois si os maldijeren y persiguieren, y dijeren todo mal contra vosotros, mintiendo, gozaos y exultad, porque vuestra recompensa es grande en los cielos. Que así persiguieron a los Profetas que os precedieron» (Mt 5,3-12; cfr. Lc 6,20-23).

También en ocasiones distintas, expone otros motivos de bienaventuranza: unas veces se dirige a todos, y otras, a alguien en particular: «Bienaven-

turados los que oyen la palabra de Dios y la ponen en práctica» (Lc 11,28). «Dichosos vuestros ojos porque ven, y vuestros oídos porque oyen» (Mt 13,16). Bienaventurados los que, sin ver, creyeron» (Jn 20,29). «Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás, porque no te ha revelado esto ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos» (Mt 16,17).

También se expresan de manera parecida los apóstoles, siguiendo el ejemplo de Jesús. «Dichosos vosotros, si sois ultrajados en el nombre de Cristo, porque el Espíritu de la gloria, el de Dios, reposa en vosotros» (1Pe 4,14 cfr. ib. 3,14). «Bienaventurado el varón que sufre la tentación... recibirá la corona de la vida» (Jac 1,12); «Bienaventurado y santo el que tendrá parte en la resurrección primera» (Ap 20,6). Y Pablo, hablando a los pastores de Éfeso, recoge una sentencia de Jesús, que no aparece en los Evangelios: «Hay mayor felicidad en dar que en recibir» (Act 20,35).

En muchos pasajes se habla de la remuneración. «Yo, a los que amo, corrijo y castigo» (Ap 3,19). «El estipendio del pecado es la muerte» (Rom 6,23). «Está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y tras esto el juicio» (Heb 9,27). «He aquí que vengo de prisa, y traigo conmigo mi recompensa, para dar a cada uno según sus obras» (Ap 22,12).

El Señor, en el Sermón de la Montaña aconseja ponerse de acuerdo con el adversario mientras se está en el camino con él, no sea que le entregue al juez, y el juez al ayudante, y sea enviado a la cárcel. «En verdad te digo que no saldrás de allí hasta que no hayas pagado la última moneda» (Mt 5, 15-26). Es un texto que parece referirse a la purificación por las penas temporales, antes de entrar en la gloria, y se aplica así al purgatorio.

En dicho Sermón se lee también que quien dirigiera a otro un insulto especialmente grave: (*moré, impío*; Vg: *fatue*)» será reo de la *gehenna* de fuego (*eis ten géennan tou pyrós*)» (Mt 5,22); y habla de que «te conviene que perezca uno de tus miembros antes que todo tu cuerpo sea enviado a la *gehenna*» (Mt 5,29).

En concreto en la descripción que Jesús hace del juicio que Él, el Hijo del hombre, hará en su venida gloriosa, se habla de premios y castigos: «Entonces dirá a los que estarán a su derecha: Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la constitución del mundo...». La razón será: «cuanto hicisteis con uno de estos hermanos míos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (Mt 25,34.40). «...dirá también a los de su izquierda: apartáos de mí malditos, al fuego eterno (*eis to pyr to aiónion*), que ha sido preparado para el diablo y sus ángeles...». El motivo será también: «cuanto dejasteis de hacer a uno de estos pequeñuelos, también a mí dejasteis de hacerlo» (*ibidem*, 41. 45). «Y estos irán al suplicio eterno (*eis kólasin aiónion*), y los justos, a la vida eterna (*eis zoén aiónion*)» (id. 46)... Y en otro lugar: «Y los justos brillarán como en el sol en el reino del Padre de ellos» (Mt 13,43).

«Y al que venza le daré de comer del árbol de la vida, que está en el Paraíso de mi Dios» (Ap 2,7). «Sé fiel hasta la muerte, y te daré la corona de la vida (*tón stéphanon tes zoés)* (Ap 2,10). «El que venciere no será castigado con la muerte segunda (*ek tou thanátou tou deutérou*)» (Ap 2,11). «Al que venza le daré maná escondido, y una pie-

dra blanca, y en la piedra escrito un nombre nuevo (*ónoma kainón gegramménon*)», que nadie sabe, más que el que lo recibe» (Ap 2,17). «Al que venciere y guardare mis obras hasta el fin, le daré potestad sobre las gentes, y las regirá con vara de hierro, y las quebrantará como vaso de alfarero, tal como yo también lo recibí de mi Padre; y le daré la estrella matutina» (2,16-28). «El que venciere, será así vestido con vestidos blancos, y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre ante mi Padre y ante los ángeles de Dios» (Ap 3,6). «Al que venciere, le haré columna en el templo de mi Dios; y escribiré sobre él el nombre de mi Dios y el nombre de la ciudad de mi Dios, de la nueva Jerusalén» (Ap 3,12). «Al que venciere le concederé sentarse conmigo en mi trono, igual que yo también vencí, y me senté con mi Padre en su trono» (Ap 3,21).

«Y no entrarán más que los que han sido escritos en el libro de la vida del Cordero (*en to biblíou to zoés tou arníou*)» (Ap 21,27). «No entrará en ella (en la Jerusalén celestial) nada manchado, ni quien obre abominación y mentira, sino aquellos que han sido escritos en el libro de la vida» (Ap 21,27). «Y estará en ella el trono de Dios y del Cordero, y sus siervos le adorarán» (Ap 22,3).

E. Conexiones

1. *La continuidad de una Persona*

En algunos textos quedan bien señalados tres estadios en la vida de la segunda Persona de la Trinidad, el Verbo (*Logos*). El primero es el de su preexistencia eterna: «el Verbo estaba en Dios» (*pros ton Theón*), y hay que notar que en esta construcción, «Dios» —«*ton Theón*», cuando va con artículo—, tiene el sentido de «el Padre» (Jn 1,1). Con Éste realiza la obra de la creación y conservación del mundo: «todas las cosas han sido hechas por medio de Él» (id. 3).

El segundo es el de su abajamiento a la condición humana: «y el Verbo se hizo Carne y habitó entre nosotros» (id. 14); «y cuando vino la plenitud de los tiempos, envió Dios su Hijo» (Gál 4,4), «porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo Unigénito» (Jn 3,16). Es la Encarnación, que se ordena a cumplir la Redención y a afirmar la realeza de Jesucristo sobre todas las cosas. Con ella, el Verbo hace como quien se agacha, poniéndose a la altura de los hombres: el gesto, magnánimo y humilde, que san Juan Crisóstomo denomina la *synkatábasis*, esto es, condescendencia o adaptación (S. Juan C., In Gen 3,8 Hom 17,1: PG 53,134).

Y, en un tercer momento, después de la pasión y muerte, recupera, con la resurrección, la gloria eterna a la que tenía derecho. Es siempre la misma persona, que pasa, en continuidad, por aquellos tres estadios.

Lo dice san Pablo en un texto que presenta una perspectiva grandiosa, y que resumimos aquí, parafraseándolo: Aquella persona, que era de condición divina, prescindió de las manifestaciones externas de una gloria que era propia de Dios, se anonadó (*eautón ekénosen*), tomando forma de siervo, y haciéndose conforme a los otros hombres, y comportándose como ellos, y obediente llegó a la muerte de cruz, pero de manera que este anonadamiento (*kénosis*) no trajo consigo la pérdida de su condición divina; por esto, luego, como premio, Dios lo ensalzó por encima de todas las creaturas (cfr. Flp 2,5-11).

Toda esta línea continua aparece en otros lugares: al principio de la epístola a los Romanos se habla del Hijo de Dios: «de su Hijo» (*tou Hyiou autou*), que, en el tiempo, «se hizo de la descendencia de David según la carne» (*tou genoménou ek spérmatos David katá sarka*), y que, en un tercer momento, a partir de la resurrección de entre los muertos «fue constituido Hijo de Dios en la virtud (con ostentación) (*tou oristhéntos Hyiou Theou en dynámei*), según el Espíritu de santificación». Es el mismo —«Jesucristo, Señor nuestro» (*Iesou Christou tou Kyríou hemón*)—, y hay que notar que en toda esta construcción, rectilínea, las palabras con que se presenta el Hijo de Dios están en el mismo caso, genitivo, marcándose bien de este modo esa continuidad (cfr. Rom 1, 1-7).

Se llega también a igual conclusión leyendo el comienzo de la epístola a los Hebreos donde, con lenguaje filosófico, se describen también aquellos tres estadios de la vida de la segunda Persona: el de la preexistencia eterna del Hijo, «a quien ha constituido heredero de todas las cosas», «por medio del cual ha hecho los siglos», que es «esplendor de la gloria» (*apaúgasma tes doxes*) e «impronta de su substancia» (*charákter tes hypostáseos autou*), y «lleva todas las cosas con la palabra de su virtud». En un segundo momento «cumplió la expiación de los pecados». Y por fin «está sentado a la derecha de la Majestad en las alturas», superior a los ángeles (cfr. Heb 1,1-4).

2. *La Santísima Trinidad: el Hijo y las otras Personas*

A menudo, en el Nuevo Testamento, encontramos la persona del Hijo en relación con las

otras de la Trinidad, la mayor parte de las veces de una manera implícita. Así, cuando se habla del Hijo, se sobrentiende que lo es del Padre: no tendría sentido, en efecto, la expresión «Hijo» sin que hubiera un «Padre», y alguien no sería «Padre» si no hubiera un «Hijo»: «todo el que niega el Hijo, tampoco tiene al Padre; el que confiesa al Hijo, también tiene al Padre» (1Jn 2,23); «quien tiene al Hijo, tiene la vida, quien no tiene al Hijo no tiene la vida» (1Jn 5,12); «no sabíais que tengo que ocuparme en las cosas de mi Padre» (Lc 2,49).

En determinadas ocasiones se encuentran acentos de gran intimidad en la relación afectiva entre Jesús y su Padre celestial: «Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y prudentes, y las has revelado a los párvulos. Todas las cosas me han sido entregadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo sino el Padre; y nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar» (Mt 11,2527; cfr. Lc 10,21-22). En la oración en el huerto de Getsemaní, se dirige a Él con un apelativo familiar «*Abba*», que sería como un diminutivo, un equivalente a «Papá»: «*Abba*, Padre (*Abbá ho Patér*), para ti todas las cosas son posibles: aparta de mí este cáliz; pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú quieres» (Mc 14,36).

Jn 8,42: «porque yo salí de Dios (*ek tou theou exélthon*) y he venido (*kaí héko*). De la traducción latina «*ex Deo processi et veni*» deriva la palabra «procesión», en el sentido de «origen de uno respecto de otro», y aquí la del Hijo respecto del Padre, por vía de generación: una generación espiritual según la operación inmanente del enten-

dimiento. Se puede notar, como ocurre en Jn 1,1: «el Verbo estaba junto a Dios (*prós ton theón*, Vg: *apud Deum*)» que, cuando se utiliza la palabra «Dios» con artículo, se refiere al Padre. El título de «*monogenés*» (cfr. Jn 1,18) indica que no hay más generaciones en Dios.

Otras muchas veces se mencionan juntas estas dos personas: como punto de partida de una epístola: «Bendito sea el Dios y Padre del Señor nuestro Jesucristo (*ho Theós kai Patér tou Kyríou hemón Iesou Christou*) (2Cor 1,3); «la gracia, la misericordia, la paz, de Dios Padre y de Cristo Jesús, Hijo del Padre, en la verdad y en la caridad, esté con vosotros» (1Jn 3). «Hemos sido reconciliados con Dios, por la muerte de su Hijo» (Rom 5,10); «nadie sabe quién es el Hijo sino el Padre, y aquel a quien el Hijo quiera revelarlo» (Lc 10,21-24); repetidamente, a lo largo de un discurso apologético (Jn 5,16-47; por ejemplo, Jn 5,20: «el Padre ama al Hijo»; cfr. Jn 8,54; Jn 17,1). «Felipe, quien me ve a mí, ve también al Padre» (Jn 14,9). «El que permanece en la doctrina, éste tiene al Padre y al Hijo» (2Jn 9).

«Y nosotros hemos visto y testificamos que el Padre envió a su Hijo Salvador del mundo (*ho Patér apestálken ton Hyión Sotéra tou kosmou*) (1Jn 4,14), «En estos días últimos, (Dios) nos ha hablado en el Hijo» (Heb 1,2).

En el Bautismo de Cristo se oye una voz: «Éste es mi Hijo el Amado (*ho agapetós*), en el cual me he complacido (*en ho eudókesa*)» (Mt 3,17; Mc 1,11; Lc 3,22). También en la transfiguración: «Este es mi Hijo, el Amado (*ho agapetós*), en el cual me he complacido: escuchadle» (Mt 17,5-6, Vg: *dilectus*; Mc 9,7, Vg: *carissimus*; Lc 9,35: *ho eklelegménos*, Vg: *dilectus*); Col 1,13: «del Hijo de su amor» (*Hyiou tes agápes*, Vg: *filius dilectionis suae*).

En todos estos lugares, además de señalarse esa característica de Hijo muy amado, propia de su condición de Hijo Unico, de «*Monogenés*», se puede observar que aparece una forma verbal de «*eudokéo*», que —lo mismo que el correspondiente substantivo «*eudokía*»— se utiliza a menudo para mostrar la complacencia de Dios en un acto de su Voluntad, su beneplácito, como en el pasaje en que Jesús da gracias al Padre porque ha ocultado ciertas cosas a los sabios y prudentes y se las ha revelado a los párvulos: «Sí, Padre, porque así te has complacido en tu Voluntad (*hóti hoútos egéneto eudokía emprosthén sou*)» (Lc 10,21).

Lo encontramos también en el texto de Mateo en que se señala que se cumplen en Él las palabras de Isaías: «Este es el hijo querido (*ho agapetós mou*) en que se ha complacido mi alma (*eis hon eudókesen he psiché mou*). Pondré en Él mi espíritu y anunciará la justicia a las gentes...» (Mt 12,1721; cfr. Is 42,1-4). Y ya en su nacimiento los ángeles anunciaban paz a los hombres de buena voluntad (*anthrópois eudokíais*, expresión de la que se dan dos interpretaciones: o bien, que son objeto del divino beneplácito, o que tienen buena voluntad). Véase también Ef 1,5: «porque nos ha predestinado a la adopción de hijos por Jesucristo para con Él, según el propósito de su voluntad (*katá ten eudokían tou thelématos autou*), y Col 1,9: «porque en Él se ha complacido habitar toda la plenitud (*pan to pléroma*)» (Col 1,19).

En todos estos lugares se puede ver tanto la complacencia de Dios Padre con su Hijo, como la

identificación de Éste con la Voluntad de su Padre.

En esta ocasión explica la estrecha unidad que hay entre el Padre y el Hijo, y el conocimiento mutuo de los dos. También los sinópticos, en unos textos que tienen un evidente parentesco con el estilo de Juan, recogen esta idea: «Todas las cosas me han sido entregadas por mi Padre. Y nadie sabe quién es el Hijo sino el Padre, o quién es el Padre sino el Hijo, y a quien quisiere revelárselo el Hijo» (Jn 10,21-24; cfr. Mt 11,25-27). Y así, dirigiéndose Jesús al Padre, dice «yo te conocí, y éstos conocieron que Tú me enviaste» (Jn 17,25).

Todo esto, además, el Hijo lo revela a sus discípulos, a quienes llama bienaventurados porque ven con sus ojos estas cosas: «Muchos profetas y reyes, en efecto, quisieron ver lo que ellos ven u oír lo que ellos oyen, y no lo vieron ni oyeron» (Lc 10,24).

A menudo, san Juan habla de Dios y de Jesús, en un entrelazamiento que subraya aspectos de su unidad: en 1Jn 3,16-18, se alude a la práctica de la caridad con el prójimo, como prueba de que la caridad de Dios (*he agápe tou Theou*) (17) está en aquel que la vive. Ha empezado el razonamiento diciendo que «en esto conocemos la caridad (*ten agápen*) (la Vg traduce «la caridad de Dios») (16), en que él dio su vida por nosotros: Él (*Ekeinos*) (16), se puede sobreentender que es Jesús, o bien Dios, aludido en la expresión «la caridad de Dios» (17).

Esa unidad de las dos Personas aparece también en este texto en el que parece verse que el precepto de la caridad —proclamado por Jesús— es también del Padre: «Y éste es su mandato, que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y nos amemos los unos a los otros tal como nos dio de ello mandato» (1Jn 3,23).

Este encadenamiento que conduce a decir lo mismo del Padre y del Hijo aparece también en otro pasaje de san Juan: al mostrarse al Hijo de Dios como camino para llegar al «Verdadero» (*ton Alethinón*), al Padre, queda también presentado el Hijo como «Dios Verdadero». Se lee allí que «el Hijo de Dios vino y nos dio la inteligencia (*diánoian*, el sentido) para que conozcamos al Verdadero (y la Vg: añade «Dios»). Y estamos en el Verdadero, en su Hijo Jesucristo». Y a continuación afirma: «Éste es el verdadero Dios (*ho alethinós Theós*) y vida eterna (*zoé aiónios*)» (1Jn 5,1821).

Parece como si Juan hubiera redactado la frase mostrando la estrecha relación entre el Hijo y el Padre, y la aptitud del Hijo para conocer al Padre, y que después de llegar al punto culminante —el conocimiento del Verdadero, esto es del Padre—, hubiera difuminado los contornos, buscando quizá una cierta ambigüedad, para que lo dicho del Padre se pueda entender del Hijo. Y así, la afirmación con que termina la frase «Este es el verdadero Dios y vida eterna», que podría tener como antecedente al «Verdadero», como nombre de Dios, también puede referirse a la expresión, inmediatamente anterior, el Hijo de Él, Jesucristo. Y así, esta afirmación, sería un digno final de una epístola que ha empezado con una alusión al testimonio de los apóstoles sobre Cristo (cfr. 1Jn 1,1-4).

Cuando dice «si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él» (Jn 14,23), si bien Jesús menciona expresamente sólo al Padre, se puede considerar también implícitamente aludido el Espí-

ritu Santo, y así el texto se refiere a la inhabitación de la Santísima Trinidad en el alma de los justos.

Ofrece interés la interpretación del texto en que el mismo Jesús dice «el Padre es mayor que Yo» (*ho Patér meízon mou éstin*) (Jn 14,28). Como está claro que Jesús y el Padre son una misma cosa (*hen ésmen*) (Jn 10,30), esto es, tienen una misma naturaleza divina, desde ese punto de vista, el Hijo no es menor que el Padre.

Si se tiene en cuenta que la generación del Hijo respecto del Padre es eterna, desde ese punto de vista, ninguno de los dos es mayor que el otro, pero se puede considerar que en la relación de filiación hay una dependencia del Hijo respecto al Padre, y una anterioridad lógica del Padre respecto al Hijo. En todo caso, el Hijo es menor que el Padre, en cuanto a su naturaleza humana o en cuanto a su natividad temporal.

En el texto siguiente se nombra al Padre y al Hijo, con dos nombres divinos «Dios (*ho Theós*) y Señor (*Kyrios*), respectivamente: «No hay otro Dios, más que uno (*ei me eis*)... pero para nosotros Dios es uno, el Padre (*heis theós ho Páter*), del cual vienen todas las cosas (*ex hou ta pánta*), y nosotros somos para Él (*eis autón*); y un solo Señor, Jesucristo (*kaí heis Kyrios Iesous Christós*), por el cual son todas las cosas (*di'hou ta pánta*), y nosotros por medio de Él (*kaí hemeis di'autou*)» (1Cor 8,4-6). O en otro texto en que se expresa el deseo de que Dios «obre en vosotros lo que le es agradable por Jesucristo, para quien es la gloria por los siglos de los siglos» (Heb 13,21).

Hay textos que ponen de manifiesto su relación estrecha con el Espíritu Santo: «Cuando venga el

Paráclito que yo os enviaré de parte del Padre, el Espíritu de verdad, que procede del Padre, Él dará testimonio de mí» (Jn 15,26). En este texto se alude a la otra procesión: la del Espíritu Santo, que se realiza por otra operación divina inmanente, la de la voluntad. El Espíritu Santo, en efecto, no sólo es enviado por el Padre y el Hijo, sino que también procede de ellos.

«Y yo rogaré al Padre, y me dará otro Paráclito para que permanezca con vosotros eternamente» (Jn 16,16). «Yo enviaré sobre vosotros la promesa de mi Padre», y les da instrucciones «hasta que sean revestidos de la fuerza de lo alto» (Lc 24,49). Cuando dice que saldrán del vientre del que cree en Él, aguas vivas, explica: «Y dijo esto, del Espíritu que recibirían los que creyeran en Él; pues todavía no había sido dado el Espíritu, porque Jesús todavía no había sido glorificado» (Jn 7,38-39). Y se hablará del Espíritu Santo, como del «Espíritu de Jesús» (Act 16,7); también en otro sitio: «Sé que esto redundará en mi salvación por medio de vuestra oración y de la asistencia (*epichoregías*) del Espíritu Santo» (Flp 1,19).

Otro texto habla de la coherencia de la vida del cristiano, que confiesa a Cristo, bajo el influjo del Espíritu Santo: «nadie que habla en el Espíritu de Dios, dice: 'maldito sea Jesús' (*anáthema Iesous*); y nadie puede decir 'Señor Jesús' (*Kyrios Iesous*), si no es en el Espíritu Santo» (1 Cor 12,3).

En distintas ocasiones —especialmente como confirmación de la misión divina del Hijo— se producen manifestaciones visibles de la Santísima Trinidad, como en el Bautismo de Jesús: «se le abrieron los cielos y vio el Espíritu de Dios que bajaba sobre Él. Y he aquí que una voz de los cielos decía:

'Este es mi Hijo, el Amado, en el cual me he complacido'» (Mt 3, 16-17).

En la escena evangélica que inaugura el Nuevo Testamento, la Anunciación del Angel a María, con la Encarnación del Verbo, están igualmente aludidas las tres Personas en las expresiones: «el Señor Dios», «la virtud del Altísimo (*Dynamis Hypsístou*)», «el Hijo del Altísimo (*Hyiós Hypsístou*)», el Espíritu Santo (*Pneúma hágion*) que vendrá sobre María (Lc 1,26-38).

En otra ocasión, cuando vuelven llenos de gozo los 72 discípulos y cuentan que hasta los demonios se les someten en su nombre, el Evangelio muestra a Jesús en relación con las otras personas divinas. Señala que exultó en el Espíritu Santo, y ofrece sus palabras: «Te doy gracias, Padre, Señor del Cielo y de la Tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y prudentes y las has revelado a los párvulos. Sí, Padre, porque así te plugo» (Lc 10, 21-24; cfr. Mt 11,25-30).

Y en la fórmula del bautismo, que Él deja a los apóstoles: «Id, pues, y enseñad a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt 28,20).

Con mucha frecuencia en los libros del Nuevo Testamento, especialmente en las epístolas paulinas, hay referencias concretas a cada una de las Personas divinas, y en algunos pasajes, se encuentran citadas las tres juntas. Así, en este texto del Apóstol: «Hay diversidad de gracias (*charismáton*), pero el mismo Espíritu (*Pneúma*), y diversidad de ministerios (*diakoníon*), pero el mismo Señor (*Kyrios*); y diversidad de operaciones (*energemáton*), pero el mismo Dios (*Theós*), que obra todo en todos» (1Cor 12,4-6). Y en esta salutación suya:

«que la gracia (*cháris*) del Señor Jesucristo, y la caridad de Dios (*he agápe tou Theou*), y la comunicación del Espíritu Santo (*he koinonía tou hagíou Pneúmatos*) esté con todos vosotros» (2Cor 13,13).

3. *Los nombres de Jesús y la fundación de la Iglesia*

Un cierto número de palabras de Cristo se refieren a la Iglesia (*Ekklesía*: Mt 16,18; 18,18), «su Iglesia», la congregación de sus fieles, su Pueblo, que es la continuación del Pueblo de Dios del Antiguo Testamento, constituido por todos los que con el bautismo forman una unidad: «un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo» (Ef 4,5). Esta Iglesia —en cierto modo, la extensión de Él en el tiempo y en el espacio— es su Cuerpo místico, en el cual realiza la función de Cabeza: «La cabeza de su Cuerpo que es la Iglesia» (Col 1,18); «los muchos somos un solo cuerpo en Cristo» (Rom 12,5), si bien todos con «carismas» diferentes.

Entre estos está el de «los que presiden» (Rom 12,7), los cuales representan a Jesucristo. Para la Iglesia universal, el del Romano Pontífice, sucesor de Pedro en el Primado —la Roca encima de la cual se edifica la Iglesia (cfr. Mt 16,16-18)—, y el del Colegio de los obispos: «e hizo doce, para que estuviesen con él» (Mc 3,14), y dijo «todo lo que atareis sobre la tierra, será atado en el cielo, y todo lo que desatareis sobre la tierra será desatado en el Cielo» (Mt 18,18).

Y en cada Iglesia particular, es el respectivo obispo quien ejerce su función con potestad vicaria de Cristo: «Cuidad de vosotros y de todo el rebaño, en el cual el Espíritu Santo os ha colocado

como obispos para regir la Iglesia de Dios que ha adquirido con su sangre» (Act 20,28).

Cristo actúa de manera especial en la persona de quienes confeccionan los sacramentos. Hacen presente a Jesucristo, de manera especial los presbíteros, colaboradores de los obispos, los cuales han recibido el sacramento del orden, con la imposición de las manos por el obispo (cfr. 2Tim 1,6): son los ministros (*hyperétas*) de Cristo y administradores (*oikónomous*) de los misterios de Dios» (1Cor 4,1). Ejercen su oficio —«Hacedlo en conmemoración mía» (1Cor 11,24), había dicho Jesucristo— al repetir les palabras y los gestos de la institución de la Eucaristía. Y cuando ejercen su función de reconciliadores: «llevamos pues un mensaje como embajadores de Cristo, como si Dios exhortase por nosotros. Os lo rogamos en nombre de Cristo: reconciliaos con Dios» (2Cor 5,19-20).

La Iglesia tiene también el nombre de Reino de Dios, un Reino que ya está presente en la tierra y que tendrá su culminación, en la fase celestial. Cristo fue definiendo sus características, en la predicación, utilizando a menudo las parábolas, entre ellas las que se encuentran en Mt 13: del sembrador; del trigo y de la cizaña; del grano de mostaza y de la levadura y la masa; del tesoro escondido y de la piedra preciosa; de la red lanzada al mar.

Se encuentran otras en diversos lugares del evangelio: el amo (*oikodespótes*) que salió a contratar obreros para su viña (Mt 20,1); el padre de familia que plantó una viña (Mt 21,33-46; cfr Lc 20,9-19); el que invita a las bodas de su hijo (Mt 22,1-10); los hombres que esperan a su señor que vuelva de las nupcias (Lc 12,35-40; cfr. Mt 24,42-44); las diez vírgenes que salieron al encuentro del esposo (*tou nymphíou*) (Mt 25,1); el hombre que fue a lejanas tierras, encomendó sus bienes a sus siervos (Mt 25,1430; cfr. Lc 19,21-27: «hombre noble», *ánthropos eugenés*).

Resultan de ello los rasgos de un Reino que es al mismo tiempo jerárquico y carismático, externo y visible e interior e invisible, y del cual forman parte santos y pecadores. San Pablo ofrece una imagen que ilustra una de las propiedades de la Iglesia: la unión estrecha de marido y mujer es un signo de la que hay entre Cristo y su Iglesia (Ef 5,21-33): «Cristo amó a la Iglesia y se dio a sí mismo por ella, a fin de santificarla, purificarla con el baño de agua, acompañado de la palabra, y presentarse a sí mismo la Iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga o nada parecido, sino santa e inmaculada» (Ef 5,25-27).

En los momentos más importantes de la fundación de la Iglesia, al lado de Jesús, está su Madre: se puede decir que la Iglesia surgió radicalmente en la Encarnación del Verbo —juntamente con la Cabeza del Cuerpo místico, María concibe también al resto de sus miembros—; nació formalmente —como una nueva Eva, del costado abierto del Nuevo Adán— (Jn 19,25-27), y se hizo públicamente conocida con motivo de Pentecostés, cuando la Iglesia incipiente, estaba reunida, alrededor de Pedro y el Colegio de los apóstoles (Act 2,1-13), y de María, preparándose para la venida del Espíritu Santo, que Jesús pidió al Padre (Jn 16,16), y que había de dar testimonio de Jesús (cfr. Jn 15,26). Por esto, María es Madre de Jesús y de la Iglesia: lo es de la Cabeza, y también de todo el Cuerpo, «el resto de su descendencia» (Ap 12,17).

Las tres funciones de Jesucristo, de Rey, Profeta y Sacerdote, pasaron a la Iglesia y dieron lugar a

la triple potestad de regir (jurisdicción), de enseñar (magisterio) y de santificar (orden), que ejercen el Sumo Pontífice para toda la Iglesia, y los obispos en su Iglesia particular.

Jesús ya había dicho: «quien os escucha a vosotros a mí me escucha» (Lc 10,16), o también «donde se encuentran dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18,20).

A aquellas formas de presencia de Cristo se podrían referir sus palabras dirigidas a los apóstoles, después de haberles dado el encargo de enseñar a todos los pueblos a guardar todo lo que Él les había mandado, y de bautizar en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo: «yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos» (Mt 28,20).

El definitivo triunfo de la Iglesia se describe en el Apocalipsis: «Uno de los siete ángeles... me habló diciendo: ven y te mostraré la novia, la esposa del Cordero (*ten nymphen, ten gynaíka tou Arníou*). Y me llevó en espíritu a un monte grande y alto, y me mostró la ciudad santa, Jerusalén, que bajaba del cielo, procedente de Dios, y tenía la gloria de Dios. Su claridad era semejante a la de una piedra de jaspe cristalino. Tenía una muralla grande y alta con doce puertas, y en las puertas, doce ángeles, y unos nombres inscritos, que son los de las doce tribus de los hijos de Israel: tres puertas a oriente, tres al norte, tres al sur y tres a poniente. Y el muro de la ciudad tenía doce piedras de cimiento, y en ellas los nombres de los doce apóstoles del Cordero» (Ap 21,9-14).

Y dos capítulos antes, en el mismo libro (19, 1-10), se daba un carácter definitivo a los títulos de Esposo y Esposa aplicados a Cristo —que allí recibe el nombre de Cordero— y a la Iglesia. Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella, para santificarla (cfr. Ef 5,22-33).

4. *Descripción de la idea de Iglesia*

Con sentido pedagógico, a Jesús le gustaba plantear preguntas, para que los interlocutores descubriesen alguna verdad.

Así, por ejemplo en una ocasión (cfr. Mt 22,44; Mc 12,36) les interroga acerca de Él mismo. «El Cristo, ¿de quién es hijo?» Le responden: «de David». Pero esa respuesta, con ser cierta, no es completa: se refiere sólo a su condición humana y no contempla el aspecto divino. A continuación les pregunta el sentido de un versículo de un salmo mesiánico: «Dijo el Señor a mi Señor: siéntate a mi diestra hasta que ponga a tus enemigos como escabel de tus pies» (Ps 110 [109],10).

Los oyentes, no saben responder adecuadamente y Jesús quiere que se fijen en que el autor del salmo, David, llama Señor al Mesías, al Cristo. Insinúa, para quien lo pueda captar, que Éste es más que David, y además, el Mesías, el Cristo, es Dios, porque a Él se le da un nombre propio de Jahveh. El razonamiento llevaría a la afirmación de la Humanidad y la Divinidad de Cristo, de la existencia de dos naturalezas, en la única Persona de Jesucristo.

Algo parecido podría hacerse con la Iglesia, y aplicarle análogicamente lo que se ha dicho de Jesucristo. De ella hablaba el Divino Maestro como de un misterio: «a vosotros os ha sido dado conocer el misterio (*to mystérion*), del Reino de los cielos» (Mc 4,11), o de un conjunto de misterios: (*ta*

mystéria) (Mt 13,11) —es el aspecto divino, que tiene que ver con el hecho de ser el Cuerpo místico de Jesucristo, con todo lo que es su riqueza interior, la gracia, los dones, o los carismas. Y por otra parte, la Iglesia se muestra también, a los hombres, de manera humilde, como la «ciudad colocada sobre un monte» (cfr. Mt 5,14), una institución visible que convive con las demás sociedades humanas.

Así, la Iglesia es una realidad compleja, con dos aspectos principales, inseparables, al mismo tiempo carismática y jerárquica.

Y, *servatis servandis*, valdría para ella lo que se ha dicho a propósito de Dios y de Jesucristo, que un solo nombre no es suficientemente expresivo de la rica realidad que constituye, y no hay más remedio que utilizar varios, y al mismo tiempo, de manera paralela, describir, en la medida de lo posible, los atributos y cualidades de esas naturalezas y aspectos.

Por eso, los autores, suelen ahora renunciar a dar una definición de «Iglesia», para que no quede inadecuada e incompleta. No la vamos a dar tampoco aquí nosotros, pero no renunciamos a hacer una descripción de sus características esenciales, teniendo en la mente el esquema que siempre facilita una definición, el de las cuatro causas aristotélicas: material, formal, eficiente y final. Podría ser ésta:

La Iglesia —Pueblo de Dios o Reino de Dios— es la congregación de todos los que han sido incorporados a ella por el Bautismo —de agua, de sangre o de deseo— y forman así como un solo cuerpo —una comunión—: el Cuerpo místico del cual la cabeza es Jesucristo y el alma el Espíritu Santo (cfr. Col 1, 18-20; 1Cor 12, 4-11).

Análogamente a Jesucristo —en quien, en la misma Persona se dan dos naturalezas, la divina y la humana— la Iglesia tiene al mismo tiempo un aspecto divino —los misterios de la gracia que engloba—, que es interior e invisible, y otro humano, su condición de sociedad compuesta por hombres y mujeres, y con unos medios de santificación, que tienen también una faceta exterior y visible.

De sus miembros, unos están en la fase terrena del Reino —la Iglesia de la tierra—: los «viatores», en camino hacia la meta definitiva; otros, en la fase celestial —la Iglesia del cielo— donde gozan de la visión beatífica de Dios e interceden por los demás miembros del Cuerpo místico; y otros —la Iglesia del purgatorio—, purificándose para entrar en el cielo.

En la Iglesia de la tierra se reciben, a través de los sacramentos, los diversos frutos de la redención, que Jesucristo operó, en su vida terrena, con su pasión, muerte y resurrección, y algunos de ellos también alcanzan, a través de la comunión de los santos, a los que están en la Iglesia del purgatorio.

La unidad de los fieles en la tierra se manifiesta en el hecho de profesar una misma doctrina: la de Jesucristo (unidad simbólica); de participar en las mismas fuentes de la gracia: los sacramentos (unidad litúrgica) ; y de obedecer, en las cosas de fe y disciplina, a sus legítimos Pastores: el Romano Pontífice, Sucesor de Pedro en el Primado, y los obispos, que forman un colegio que sucede al de los Apóstoles (unidad jerárquica).

Las funciones de Jesucristo, que es Camino, Verdad y Vida: las de Rey, Profeta, y Sacerdote, se perpetúan en la Iglesia, con sus potestades de regir, enseñar y santificar, llamadas de Jurisdicción,

Magisterio y Orden, que ejercen el Papa y los obispos, con la colaboración de los presbíteros, los diáconos y los que tienen confiados otros ministerios, y de la manera que les es propia también el resto de las personas de toda condición, religiosos y laicos, hombres y mujeres.

La Iglesia, que en el Nuevo Testamento es el nuevo Pueblo de Dios en el que se integra el Israel de Dios, el Pueblo de Dios del Antiguo Testamento, fue fundada por Jesucristo —Hijo eterno de Dios e Hijo de David según la carne (Rom 1, 3-4), encarnado en las purísimas entrañas de María siempre Virgen, por obra del Espíritu Santo (Lc 1, 26-38)— realizando así el designio eterno del Padre; y es vivificada por el Espíritu Santo, para que a través de la vida de sus miembros, que están llamados a ser santos (Mt 5,48; Ef 1,4), en el ejercicio de todas sus tareas, contribuyan a la afirmación de la realeza de Cristo, y con ello a la manifestación externa de la gloria de Dios, para que al término de la fase terrena del Reino de Jesucristo, cuando todas las cosas hayan sido colocadas bajo el dominio de Jesucristo, Éste entregue su Reino al Padre, para que sea todo en todos (cfr. 1Cor 15,25-28).

5. *Los cristianos*

Son diversas las formas de denominar a los seguidores de Cristo, que forman parte del Pueblo de Dios:

Cristianos (*christianoi*): «de tal manera que los discípulos se llamaron por primera vez en Antioquía, cristianos» (Act 11,26); «Agripa...a Pablo: por poco me persuades a hacerme cristiano» (Act 26,28); «Y si (sufre) como cristiano, no se avergüence pero glorifique a Dios en este nombre» (1Pe 4,16).

Discípulos (*mathetoí*): «en aquellos días, creciendo el número de los discípulos» (Act 6,1); «los discípulos se llenaban de gozo y de Espíritu Santo» (Act 13,51); «y encontrando a los discípulos, permanecimos allí siete días» (Act 21,40).

Santos (*hágioi*), que en Mt 27,52 se encuentra en el sentido de «justos», es usado por primera vez para aplicarlo a los cristianos en Act 9,13 («he oído... cuánto daño ha hecho (Saulo) a tus santos en Jerusalén»); luego lo empleará abundantemente Pablo: Rom 1,7;12,13;15,25; Ef 1,18;3,18; 1Tim 5,10; «os saludan todos los santos, sobre todo los que son de la casa del César» (Flp 4,22).

Hermanos (*adélphoi*) (Act 6,3); «los apóstoles y los presbíteros... a los hermanos procedentes de los gentiles» (Act 15,23); «a los que están en Colosas, santos y fieles hermanos en Cristo Jesús» (Col 1,2); «os saludan los hermanos que están conmigo» (Flp 4,21).

Fieles (*pistoí*): «los fieles que venían de la circuncisión» (Act 10,45); «que, por Él, sois fieles en Dios» (1Pe,1,21).

Testigos (*mártyres*): «y seréis mis testigos en Jerusalén... y hasta los confines de la tierra» (Act 1,8); «y nosotros somos testigos de estas palabras» (Act 5, 32).

Creyentes (*de pisteúo*): «y la multitud de los creyentes (*pisteusánton*) tenía un solo corazón y una sola alma» (Act 4,32); «y crecía más y más la multitud de hombres y mujeres que creían (*pisteúontes*) en el Señor» (Act 5,14).

Herederos (de la vida eterna) (*kleronómoi ...zoés aiónion*) (Tit 3,7); Herederos del Reino (kleronomous tes basileias) (Jac 2,5).

Hijos de Dios: «Para que seáis hijos de Dios (*tékna Theou*: «niños de Dios»), sencillos y sin reproche en medio de una generación prava y perversa, entre la cual brilláis como luminares en el mundo» (Flp 2,15).

«Los que son de Jesucristo (*hoi de Christou Iesou*)» (Gál 5,24).

Obra (*to érgon*, Vg: *opus*): «porque si este designio (*he boulé*, Vg: *consilium*) u obra... es de los hombres, se deshará, pero si es de Dios, no podréis deshacerlo, y no ocurra que os encontréis luchando contra Dios», dice Gamaliel a sus compañeros del Sanedrín (Act 5,38-39). La obra de Cristo: «ya que por la obra de Cristo, llegó hasta las puertas de la muerte (Flp 2,30; «quien empezó en vosotros la obra buena *érgon, agathón*) la perfeccionará hasta el día de Cristo Jesús») (Flp 1,6) (la «obra buena» es la contribución (*koinonía*) al evangelio de Cristo» (Flp 1,5).

Fe (*pistis*): «(Pablo) ahora evangeliza la fe que en otro tiempo atacaba» (Gál 1,23).

Camino, o vía (*hodós*): Saulo, antes de su conversión, se dirigía a Damasco dispuesto a aprehender «a los que encontrase, de esta vía (*tas hódou ontas*) (Act 9,2; 22,4).

Vida: (*zoé*) en las palabras del ángel a los apóstoles: «hablad en el templo a todo el pueblo todas las palabras de esta vida» (Act 5,20).

Pueblo (*laós*): «pueblo adquirido» (1Pe 2,9); «yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo» (2Cor 6,16); «el cual (Jesucristo) se dio por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo aceptable» (Tit 2,14); «tengo un pueblo numeroso en esta ciudad» (Act 18,10). «y ellos serán su pueblo» (Ap 21,3).

Iglesia (*ekklesía*): «entonces plugo a los apóstoles y presbíteros con toda la Iglesia...» (Act 15,22); «a la Iglesia de los tesalonicenses en Dios Padre y en el Señor Jesucristo» (1Tes 1,1); «a las Iglesias de Galacia» (Gál 1,2).

Secta (*haíresis*): «secta de los Nazarenos (*te ton Nazoraion haíresis*) (Act 24,5); «según el camino, que llaman secta (*katá ten hodón hen légousin hairesin*; Vg: *sectam*)» (Act 24,14); «pues acerca de esta secta sabemos que en todas partes se la contradice» (Act 28,22).

En dos frases que describen la expansión de la fe, están unidos el aspecto doctrinal, y el cuerpo que la primera comunidad cristiana va tomando: «Y la palabra del Señor (*ho de lógos tou theou*) crecía, y se multiplicaba.. (Act 12,24); «Y la palabra del Señor crecía y se multiplicaba mucho el número de los discípulos en Jerusalén, y también gran muchedumbre de sacerdotes (*polys te óchlos ton hieréon*) obedecía a la fe» (Act 6,70).

En la primera epístola de Pedro (1Pe 1,13-2,10), en una sugestiva descripción que se hace de la vida de los fieles, se utilizan gran variedad de nombres y adjetivos, cuyo sentido unas veces es propio y otras figurado: «hijos de obediencia» (1,14); «santos» (16); «y si llamáis Padre al que sin hacer acepción de personas, juzga según las obras de cada uno, comportaos con temor el tiempo de vuestra peregrinación» (17); «redimidos ... por la sangre preciosa, del cordero inmaculado e incontaminado de Cristo» (18-19); «preordenado... antes de la

constitución del mundo, y manifestado en los tiempos novísimos en favor de vosotros (20), que por Él sois fieles en Dios, el cual lo resucitó de entre los muertos y le dio gloria, para que vuestra fe y caridad estuviesen en Dios» (22); «purificando vuestras almas en la obediencia de la caridad, en el amor sencillo de la fraternidad, amaos unos a otros intensamente, de corazón (22); renacidos, no de un germen corruptible, sino incorruptible, por la palabra de Dios viva y permanente» (23); «despojándoos por tanto de toda malicia y de todo engaño, de simulaciones, envidias y toda clase de detracción (2,1), a la manera de niños recién nacidos (*hos artigénneta bréphe*), desead la leche espiritual pura, para que crezcáis en ella en la salvación» (2); «y acercándoos a Él (al Señor), piedra viva, rechazada por los hombres, pero elegida y honrada por Dios (4), también vosotros, como piedras vivas, sois edificados encima: casa espiritual, sacerdocio santo, para ofrecer hostias espirituales aceptables por parte de Dios por medio de Jesucristo» (2,5). «Y vosotros sois linaje escogido (*génos eklékton*), sacerdocio real (*basileíon hieráteuma*), nación santa, (*éthnos hágion*) pueblo adquirido (*laós periopóiesin*), para que anunciéis las virtudes de aquel que, de las tinieblas, os ha llamado a su luz admirable» (9).

Y en las imágenes que se aplican a los seguidores de Cristo, en diversos lugares: «vosotros sois la sal de la tierra (*to hálas tes gues*)» (Mt 5,13); «vosotros sois la luz del mundo (*to phos tou kósmou*)» (Mt 5,14); «brilláis como antorchas en el mundo (*phostéres en to kosmo*)» (Flp 2,15). «Dios eligió a los pobres de este mundo, ricos en la fe (*plousios en pístei*) y herederos del Reino» (Jac 2,5).

6. *Los nombres de María en el Evangelio*

Con la sobriedad propia de los evangelios, y siempre teniendo en cuenta que Jesús es en ellos la figura central, aparece un interesante muestrario de nombres aplicados a María.

El primero, y más sencillo, es su nombre de familia, María, *Myriam, Mariam* (Lc 1,27) —que ya llevó una de las figuras femeninas más notables de la historia de Israel, la hermana de Moisés, el Liberador de la esclavitud de Egipto (Éx 15,20)— en el cual se han leído no pocos sentidos: uno de ellos, el de cualidades físicas que, entre los hebreos, configuraban la belleza femenina.

En el evangelio de san Mateo, que recoge las palabras de Isaías (Mt 1,22-23; cfr. Is 7,14), la vemos como la muchacha que, sin dejar de ser Virgen, se convirtió en Madre.

En el texto fundamental que explica la vocación de María, el Angel la saluda, de parte de Dios, con un calificativo que es como un nombre propio: *Kecharitoméne*, la Llena de gracia (Lc 11,26-38). Esta palabra compleja hace pensar en un vaso espléndido que, como todo lo humano, no es ilimitado, pero que cada vez se va haciendo más grande y siempre está colmado, y contiene una plenitud de gracias de toda índole: participación de la vida de Dios, carismas extraordinarios, dones de la naturaleza, y también las gracias humanas: inteligencia, ingenio, belleza, simpatía.

Es natural que sean normales los nombres de María que subrayen su Maternidad respecto de aquel que es el protagonista de buena parte de la narraciones evangélicas, del cual dice san Marcos que es «el artesano Hijo de María» (Mc 6,3) y que se la denomine a menudo «la Madre de Jesús» (Jn 2,1; Lc 2,51) o «su Madre» (Jn 19,26).

Y por otro lado, la que es Madre de Jesús —la Cabeza del Cuerpo Místico, constituido por todos los que forman parte de la Iglesia, el Pueblo de Dios—, lo es también del resto de aquel Cuerpo —de todos y de cada uno—, y así verdaderamente puede llevar el título de «Madre de la Iglesia». Avala también este sentido la escena relatada en el cuarto evangelio: cuando, al pie de la Cruz, acompañan al Crucificado, su Madre, y Juan —el cual, de alguna manera representaba a todos los hombres— y Jesús dice al discípulo hijo de Zebedeo y de Salomé: «ahí tienes a tu Madre», y luego a María: «ahí tienes a tu hijo» (Jn 19,25-27).

Bajo la inspiración del Espíritu Santo, su prima Isabel la saluda como la «Madre de mi Señor» (Lc 1,43), y esto equivale a denominarla «la Madre de Dios», ya que «Señor», «*Kyrios*», es el término con que se tradujo al griego el nombre de Jahveh, y también la significación del latino «*Dominus*».

El pueblo cristiano que el año 431, en Efeso, aclamó por las calles a la «*Theotókos*» —la que dio a luz a Dios— después de que el concilio celebrado en aquella ciudad del Asia menor definiera como dogma de fe la Maternidad divina de María, continúa rezándole y cantándole «Santa María, Madre de Dios».

Entre nosotros, éste es el título más familiar y de mayor contenido teológico: fue, en efecto, en atención a su vocación de Madre de Dios que el Creador la dotó de todas las gracias y privilegios, para que fuese una digna morada del Verbo Encarnado.

María es también la prometida, la esposa de José, el Hijo de David, la cual, sin dejar de ser virgen, concibió por obra del Espíritu Santo, como explicó el Angel (Mt 1,18-21).

En aquella escena de la Anunciación, María se da a sí misma un nombre: el de Esclava del Señor (Lc 1,38). Le cuadra, no solamente porque a lo largo de su vida será la criatura que mejor haya cumplido la voluntad de Dios, sino porque hizo de su trabajo, de su convivencia al lado de los demás, una manifestación constante de espíritu de servicio. Esto debieron de verlo, la ya mencionada Isabel, cuando María fue a ayudarla en ocasión de su próxima maternidad (Lc 1,39-45), o los novios de Caná, en favor de los cuales intercede delicadamente a fin de que Jesús adelante su hora y realice aquel magnífico y simpático milagro de convertir el agua en vino, contribuyendo así a la alegría de los asistentes a una fiesta (Jn 2,1-12).

A lo largo de la Escritura se habla de Dios (Lev 20,26; cfr. 1Pe 1,16) —y en el Nuevo Testamento, también de Jesucristo— como del Santo (Lc 1,35), el Santo por excelencia , el que lo es de la manera más plena, y se da el nombre de santos, a algunos justos, en concreto aquellos que resucitaron con motivo de la muerte de Jesús en el Calvario (Mt 27,52); y está claro que María es, aparte el Hombre-Dios, la más santa de las criaturas, y por tanto vale para Ella el calificativo de Santa que se le dirige en tantas oraciones: Santa María, y que es tan frecuente en la toponimia de nuestro país, y en los títulos de obras características del arte religioso.

En diversos pasajes, su Hijo —«nacido de una Mujer (Gál 4,4)»— como para subrayar más la solemnidad de ciertos momentos, le aplica el apelativo de «Mujer» (Jn 19,26), palabra que en el griego —«*giné*»— y en la versión latina —«*mulier*»— muestra un tono de especial consideración que evoca el anuncio hecho por Dios al principio de la

historia humana, según el cual la Mujer, y su descendencia, alcanzaría una victoria definitiva sobre la Serpiente y sus satélites (Gén 3,15), cosa que bien claramente aparece en la visión del Apocalipsis: «la Mujer coronada de estrellas, la luna a sus pies, y aplastando la cabeza del dragón infernal» (12,1 ss.).

No faltan salutaciones encomiásticas, y elogios diversos: «bendita tú entre las mujeres», le dice Isabel (Lc 1,42), la cual también celebra la fe de la Madre de Dios: «bienaventurada tú que has creído» (Lc 1,45), y María misma, con carisma profético, añade en el «*Magníficat*»: «a partir de ahora todas las generaciones me proclamarán bienaventurada» (Lc 1,48). Y, comenzando ya a cumplirlo, una mujer del pueblo, audaz, con palabras espontáneas, dice en una ocasión a Jesús, que predica: «¡Felices el seno que te llevó y los pechos que te alimentaron!» (Lc 11,27).

Por su proximidad a quien es Señor —al que están sometidas todas las cosas—, el que —Rey de Israel o Rey de los Judíos (Mt 2,2; 27,37; Jn 19,19)—, ocupa el Trono de David (Lc 1,32), y es Rey del Universo (cfr. 1Cor 15, 28), María, su Madre, ostenta el nombre de Señora, Señora nuestra, Reina, *Regina*.

Madre de quien es propiamente profeta —el Profeta singular (Jn 6,14)—, en el cual concurren todos los sentidos de la palabra profeta —porque habla las cosas que ha oído del Padre (Jn 8,26); viene a predicar la conversión a los hijos de Israel: «cambiad de mentalidad (*metanoeite*) y creed en el Evangelio» (Mc 1,14); y anuncia hechos futuros, como la destrucción del Templo y su Advenimiento glorioso al final de los tiempos (Mt 24 *passim*)—, también Ella está asociada al profetismo de su Hijo.

Lo ejercita en esos varios aspectos cuando, llevando en sus entrañas al Verbo Hecho Carne, pronuncia en casa de Zacarías e Isabel, el Magníficat (Lc 1,46-55), con el que da gracias a Dios, porque «se ha acordado de su misericordia con Abraham y su descendencia para siempre, tal como habló a nuestros padres» (54-55).

Canta a Dios Salvador, también Salvador de Ella (*to Soterí mou*) ya que en previsión de los méritos de su Hijo, en una Salvación radical, ha impedido que cayera en el pecado original o en cualquier otra mácula.

A la manera de los profetas, y como anticipando las Bienaventuranzas evangélicas (Mt 5,1-12), pone de manifiesto el afecto de Dios a los humildes (52), y a los hambrientos (53), los cuales son por Él preferidos a los soberbios (51), a los poderosos (52), y a los ricos (53).

Habla también de hechos futuros. Felizmente ha acertado, al decir que «a partir de ahora (*apó tou nyn*) me llamarán bienaventurada todas las generaciones (*makariousin me pásai hai geneaí*) (18), no sólo porque en adelante se repetirán en su honor, entre otras, las palabras de Isabel «bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre (*eulogeméne sy en ginaíxin kai eulogeménos ho karpós tes koilías sou*)» (Lc 1,42), que unidas a las del ángel «Ave, llena de gracia, el Señor es contigo (*chaire, kecharitoméne, ho Kyrios metá sou*)» (Lc 1,28), constituyen lo esencial del Avemaría; sino porque con gran sencillez, en esa frase: «a partir de ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones», da una respuesta anticipada a los que, gratuitamente, en el pasado o en el presente, han

intentado atribuir errores a la ciencia de Jesucristo. Entre ellos, los de la llamada Escuela de los escatologistas —dentro del protestantismo liberal, o del modernismo— que han osado decir que Jesucristo pensaba que el mundo iba a acabar en aquella generación que le escuchaba —en cuyo caso, no habría más generaciones— y que por tanto no pretendió dotarla de medios permanentes de santificación y de gobierno.

La Virgen da a entender que habrá gente en la tierra durante mucho tiempo, porque se sucederán las generaciones: y todas la llamarán bienaventurada (cfr. Lc 1,48).

Olvidan esos autores que tal error no es posible, ya que Jesús, como Dios, es Omnisciente, y que como hombre está dotado de los más altos tipos de ciencia.

Además, María, aunque la más excelsa de todas, era una criatura y, por tanto limitada en su conocimiento, y sin embargo afirma que se sucederán las generaciones. Y Jesús, no iba a saber menos, en este punto, que su Madre.

No sólo existió aquella generación a la cual se refería Jesús, al decir, a propósito de la destrucción de Jerusalén y de su Templo (cfr. Mt 24,4-14; 24,15,22; 24,32-35), (Mt 24,34), que «no pasará esta generación hasta que estas cosas sucedan» —cosa que ciertamente aconteció el año 70 en la guerra entre los judíos y los romanos— sino que vinieron otras muchas, entre ellas la nuestra, que expresa su gozo felicitando a la Virgen María, porque se han cumplido en Ella los vaticinios que hicieron los Profetas: «He aquí que una Virgen dará a luz un Hijo, que recibirá el nombre de Emmanuel» (Is 7,14; cfr. Mt 1,22-23; cfr. Is 7,14), y también los que Ella profirió.

En Jesucristo, toda parte de su Humanidad Santísima —que está unida inseparablemente a su Divinidad— merece culto de latría, y el Corazón humilde (cfr. Mt 11,29) de quien, por ser Dios, es compasivo y misericordioso (Lc 6,36; cfr. Ps 102,8; Ps 144,8), se presenta como una materialización de su Persona, y por tanto, objeto muy adecuado de ese culto de adoración.

En la Virgen Santísima, la que en su seno —Ella y sólo Ella— ha dado la Carne y la Sangre a su Hijo Jesús, su Corazón Inmaculado bien puede considerarse como la sede de los afectos, de los deseos, de la capacidad de intercesión —Omnipotencia Suplicante— de quien, diciendo continuamente a los hombres y mujeres de este mundo «Haced lo que Él os diga», les lleva a cumplir la Voluntad de Dios, y a alcanzar de su Hijo, que sea la hora de los milagros (cfr. Jn 2,1-12).

En la culminación de su función de Mediadora asociada al único Mediador, Jesús, se la puede llamar Corredentora por su proximidad a la Cruz (Jn 19,25): plenamente identificada con Él, sufre durante su Pasión y Muerte, cumpliéndose así la profecía de Simeón: «y una espada atravesará tu alma» (Lc 2,34).

Asunta al Cielo, fue coronada por Dios —Padre, Hijo y Espíritu Santo—, Ella, que con toda verdad, es saludada por la piedad popular como Hija de Dios Padre, Madre de Dios Hijo, Esposa de Dios Espíritu Santo. Por esto, el Beato J. Escrivá de Balaguer, después de recoger, en Camino, estas aclamaciones, concluye su comentario : «más que tú, sólo Dios» (496).

F. RAÍCES VÉTERO-TESTAMENTARIAS

1. *Cristo, Piedra angular*

En muchos pasajes aparecen las raíces vétero-testamentarias de Jesucristo: es Aquel a quien el Señor Dios dará «el trono de su padre David» (Lc 1,32; cfr. 2Sam 7,12), y que «reinará en la casa de Jacob eternamente» (Lc 1,33); «el Santo, el Veraz, el que tiene la llave de David, el que abre y nadie puede cerrar, cierra y nadie puede abrir» (Ap 3,7; cfr. Is 22,22); «ha vencido el león de Judá, el retoño de David» (Ap 5,5; cfr. Gén 49,9); el que es «lleno de gracia y de verdad», o «de misericordia y de fidelidad» —cualidades de un Dios a quien se atribuye el afecto propio de la madre y la firmeza del padre— si se da a esas palabras el sentido de los substantivos hebreos «*heset we emet*».

Moisés y Elías en el monte de la Transfiguración, como personificando «la Ley y los Profetas», o sea todo el Antiguo Testamento, al conversar con Jesús, dan un testimonio cualificado del Mesías, hablan de su muerte en Jerusalén y encaminan hacia Él al pueblo (Mt 17,3; Lc 9,31).

El mismo Jesús habló de su condición de «piedra angular: cfr. Mt 21,42; Mc 12,10; Lc 20,17; y luego los apóstoles recogieron esta idea: así, Pedro en Act 4,11-12, y 1Pe 2,7. Esta coincidencia de los dos Testamentos en Él la explica Jesús resucitado a los discípulos de Emaús, y «empezando por Moisés y todos los profetas, les interpretaba (*diermenéusen autois*) lo que se refería a Él en todas las Escrituras (*en pásais tais graphais ta perí eautou*)» (Lc 24,27). Y ellos comentan luego: «acaso no ardía nuestro corazón, cuando nos hablaba en el camino y nos abría (*diénoigen*) las Escrituras» (Lc 24,32).

«Escudriñad las Escrituras (*ereunáte tas graphais*), ya que vosotros pensáis tener en ellas la vida eterna: ellas son las que dan testimonio de mí» (Jn 5,39). Esto ocurre de diversas maneras: con vaticinios mesiánicos, con anuncios proféticos, con personas, cosas, hechos, que además de un sentido literal tienen otro típico, que se cumple en Cristo.

También de una manera general: ciertas prescripciones sobre comidas, bebidas, fiestas, novilunios o sábados, eran «sombra de lo que había de venir (*skiá ton mellónton*), de la realidad que sería «el Cuerpo de Cristo» (*to... sóma tou Christou*) (Col 2,17).

Pablo, dirigiéndose a los que, en un tiempo fueron «gentiles según la carne» (Ef 2,11), les dice que ahora «ya no son extranjeros y peregrinos, sino ciudadanos de los santos y domésticos de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo su piedra angular, Cristo Jesús, en el cual toda la edificación construida, crece como templo santo en el Señor» (2,19-21).

El paso del Antiguo Testamento al Nuevo empieza a hacerse, de manera insensible, con motivo de los hechos que acompañan la concepción y el nacimiento del Verbo encarnado (Mt 1 y 2; Lc 1 y 2): Hay personas que de alguna manera señalan ese paso hacia el Nuevo Testamento: sus padres legales, José y María (Mt 1,18-25); las personas de la familia levítica de Juan el Precursor: Zacarías e Isabel (Lc 1,5-25; 1,35-56; 1,57-80); los pastores que van a saludarle en Belén (Lc 2,1-20); los que le reciben en la Presentación en el Templo (Lc 2,22-38): Simeón («hombre justo y temeroso de

Dios, que esperaba la Consolación de Israel, y el Espíritu Santo estaba en Él»: v. 25), y Ana («profetisa, ...viuda... que no se apartaba del Templo, sirviendo con ayunos y oraciones, noche y día», vv. 36-37), la gente sencilla que se integra en el grupo de los oyentes de Jesús, entre ellos, los apóstoles (Mt 10,1-4), los otros discípulos (Lc 10,1-12), y las mujeres que le seguían, (Lc 8,1-3), y que en su conjunto pueden constituir como la materialización de aquel «Resto de Israel» (cfr. Is 1,9; 10,21; Rom 9,27) que en todo tiempo permanece fiel a la Alianza de Dios, y en el cual se encuentran los «pobres de Jahveh (los *anawim*)» (cfr. Sof 3,12.13), es decir la gente piadosa, los justos —los que cumplen la ley de Jahveh y, como parte de ella, también los preceptos de la justicia humana—, que están más preparados que otros para captar y vivir el espíritu de las Bienaventuranzas (cfr. Mt 5,3-12; Lc 6,20-23). Y con ellos, aunque en pequeño número, hombres destacados de la vida de Israel, como Nicodemo (Jn 3,1-21) y José de Arimatea, y miembros del Sanedrín (Jn 19,38-42).

El mismo Cristo se lamenta en la Ciudad Santa: «¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que son enviados a ti, cuántas veces quise congregar a tus hijos, como la gallina reune a sus polluelos, y no quisiste!» (cfr. Mt 23,37-39). Y luego los apóstoles —todos ellos judíos— expresaron su dolor porque la mayor parte de su pueblo no acogió el mensaje evangélico.

Pablo, en un texto en el que hace un canto a las glorias de sus hermanos los israelitas —que tienen su punto culminante en el hecho de que Cristo, «que es sobre todas la cosas Dios bendito por los siglos», procede de ellos según la carne (Rom 9,5)— pone de relieve sus sentimientos de afecto para con los suyos, y dice que estaría dispuesto a cualquier sacrificio personal por ellos —ser considerado como anatema de Cristo (3)— para que creyeran (cfr. Rom 9,1-5).

Y por ello mismo, también tiene libertad para decir en una epístola, a los cristianos que vienen de la gentilidad: «Pues vosotros, hermanos, os habéis hecho imitadores de las Iglesias de Dios que están en Judea, en Cristo Jesús, ya que también vosotros habéis padecido de parte de vuestros conciudadanos, las mismas cosas que ellos, de los judíos que mataron al Señor y a los profetas y nos han perseguido a nosotros, y no agradan a Dios, y están contra todos los hombres, prohibiéndonos hablar a los gentiles para que se salven, y así llenan siempre la medida de sus pecados, pues la ira de Dios ha llegado sobre ellos hasta el fin» (1Tes 2,14-15). Y el que escribe es el mismo que en la citada epístola a los Romanos afirma que el rechazo de la fe en Cristo por parte de los judíos no es universal, absoluta ni perpetua, y que «la ceguera afectó en parte a Israel, hasta que entrara la plenitud de las gentes, y así todo Israel se salve» (cfr. Rom 11,26), y de esta manera el Pueblo elegido podrá cumplir una postrera misión: la de dar el testimonio colectivo de su conversión a Cristo.

2. *Promesas mesiánicas a los patriarcas*

En Cristo se cumplen todas las promesas mesiánicas hechas en el Antiguo Testamento, y que ya tenían un remoto precedente en los albores de la historia humana cuando, después de la primera caída, Jahveh dice a la serpiente: «pondré enemista-

des entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya. Ella aplastará tu cabeza, y tu pondrás asechanzas a su calcañar» (Gén 3,15).

En el origen mismo del pueblo de Israel, en la vocación de Abraham, Dios hace un vaticinio formal: «En ti, (o 'en tu descendencia'), serán bendecidas todas las familias de la tierra» (Gén 12,3; 22,18). Pablo señalará vigorosamente el cumplimiento de la promesa, en Cristo: «no dice, y a los descendientes, como si se tratara de muchos, sino como a uno solo: y a tu descendencia, que es Cristo» (Gál 3,15; cfr. discurso de Pedro: Act 3,25-26).

El mismo anuncio se repite a los patriarcas que vienen luego: Isaac y Jacob, y a ellos también, con parecidas palabras se les reitera la misma promesa. Jacob, en un sueño, ve una escalera que va de la tierra al cielo, y ángeles de Dios que subían y bajaban por ella (Gén 28,13). Su descendiente más insigne, Jesús —que por la Encarnación, es Dios hecho hombre, y une verdaderamente el cielo con la tierra— dirá, al inicio de su ministerio, con palabras que parecen como un eco de esta visión: «veréis el cielo abierto y los ángeles de Dios subir y bajar por encima del Hijo del Hombre» (Jn 1,51).

Cuando Jacob, que recibió también el nombre de Israel, bendice antes de morir a los hijos que le han de suceder, y de los cuales proceden las doce tribus del pueblo elegido, las palabras que dirige a Judá cobran un particular relieve: después de referirse a la riqueza material y a algunas cualidades, como la fuerza —lo compara a un león, o a una leona, de lo cual viene el título de «León de Judá»— dice que «no será arrabatado el cetro de Judá, ni el báculo de entre sus pies, hasta que venga aquel del cual es propio y a quien correspon-

de la obediencia de los pueblos» (Gén 49, 9-11). Anuncia pues que la preeminencia entre todas las tribus la tendrá Judá. El Mesías, en efecto, había de salir de una familia —la de David— que arranca de ella.

3. *De la esclavitud a la libertad*

En los últimos tiempos de la estancia de los israelitas en Egipto, y mientras se preparan para la conquista de la Tierra prometida, en la esperanza de la liberación respecto a la opresión que sufren, está contenida la de la redención espiritual que se realizará plenamente más tarde con los misterios salvadores de Jesucristo; y en la celebración de la primera Pascua, antes de pasar el Mar Rojo, está prefigurada la nueva Pascua: el Cordero inmolado es una figura de la víctima divina, en la Pascua cristiana (cfr. 1Cor 5,7; Jn 19,36; cfr. Éx 12,46; Núm 9,12).

En diversos libros del Pentateuco, en las narraciones de la peregrinación de los israelitas por el desierto, mientras se preparaban para conquistar la Tierra prometida, se pueden ver otras referencias al Mesías: una de ellas, la que debió de tener presente uno de los apóstoles, Felipe, al decir a Natanael: «Hemos encontrado a aquel de quien escribió Moisés en la Ley» (Jn 1,45). Tal vez se refería al pasaje en que se trata de la institución del profetismo, donde se alude a un profeta singular: «El Señor, tu Dios, te suscitará un profeta de entre tu gente y de entre tus hermanos, como yo; a él escucharás» (Dt 18, 15), dice Jahveh a Moisés. De lo que había de ser este profeta singular parecen te-

ner una viva idea algunos de los contemporáneos de Jesús, como los que, después de la multiplicación de los panes y de los peces, comentan: «éste es verdaderamente el profeta que ha de venir a este mundo», y hay que subrayar que en el texto griego se escribe «el profeta» (*ho prophétes*), con el artículo, y se refleja así la intención de hablar de una persona determinada (Jn 6,14; cfr. Act 3,22-25).

Se encuentran allí también algunos hechos, cosas o personas que, además del sentido obvio, histórico, tienen uno «típico», y constituyen como una imagen, una figura, una anticipación —un «tipo»— de algunas realidades del Nuevo Testamento, que son los correspondientes «antitipos»: el maná caído del cielo es un «tipo» de la Eucaristía (Jn 6,32; cfr. Éx 16,15; Sab 16,20), así como la serpiente de bronce que Moisés levanta en una pértiga, lo es de la cruz (Jn 3,14-15; Jn 21,8-9), o la roca de la cual este último hace brotar agua, de Jesucristo (1Cor 10,4).

4. *El Reino de David y Salomón*

Esta línea de vaticinios culmina en la promesa del reino eterno hecho a la casa de David: Dios afirmará el reino de un descendiente suyo: «Él edificará una casa a mi nombre, y yo estableceré el trono de su reino eternamente» (2Sam 7,8-17). Estos vaticinios tienen un inicio de cumplimiento en lo inmediato, y una realización plena, en Jesucristo: el templo que construyó Salomón era una figura del Templo en que habita la divinidad: la humanidad de Cristo; y el Reino de David y Salomón, lo era del Reino de Jesucristo, la Iglesia, que durará

para siempre, y pasará de su itinerario por la tierra a la fase celestial del Reino. De todo esto se hace eco Pedro, después de Pentecostés, en sus discursos (Act 2,14-36 y 3,12-16), y Esteban, en su alocución a los miembros del Sanedrín que le condenarán (Act 7,53).

Entre los salmos hay algunos directamente mesiánicos, que se aplican al que es Hijo eterno de Dios, y que en la plenitud de los tiempos se hizo el Hijo de David según la carne: Ps 2, sobre la realeza de Cristo (cfr. Act 4,24-31; Rom 1,3); Ps 23 (Vg: 22) (cfr. Jn 10; 1Pe 2,25, en que se habla de Cristo como Pastor); y Ps 110 (Vg: 109) (cfr. Hebr 5,6; 7, 10-19), que trata del sacerdocio eterno del Hijo de Dios según el orden de Melquisedech.

5. *Los profetas*

Los profetas, tanto los «mayores» —Is (con [Lam y Bar], Jer, Ez y Dn)—, como los «menores», —calificados así en el mundo cristiano, únicamente a causa de la extensión de sus escritos, pero no en proporción al interés de sus exhortaciones y vaticinios (Jl, Am, Abd, Jon, Miq, Nah, Hab, Sof, Ag, Zac, Mal)— ayudarán a mantener viva esta expectación mesiánica: todos ellos son los profetas que los hebreos llaman «posteriores», para distinguirlos de otros hombres de Dios, los profetas «anteriores», que vivieron en los tiempos más antiguos de su historia y que, desde más lejos, atisbaban también la era mesiánica y a los que se alude en libros históricos (Gén, Éx, Lv, Núm, Dt, Jos, Jue, Rt, Sam, Re, Par) y didácticos (Ps o Sir).

Bastantes de los textos proféticos que se refieren al Mesías y a su Reino tienen como ocasión las

calamidades del pueblo, unidas a las invasiones de imperios vecinos (asirios, caldeos, etc.), y especialmente las circunstancias de la deportación a Babilonia, en la mitad del siglo VI a.C.: con la esperanza de un próximo retorno, y de la reconstrucción del templo y la reorganización de la vida colectiva, se otea el futuro, y en él el Mesías y su Reino.

Isaías avanza algunos nombres del Enviado de Dios: «Emmanuel» (Is 7,14), «Admirable, Consejero, Dios, Fuerte, Padre del siglo futuro, Príncipe de la Paz» (Is 9,6). Jesús mismo, en la sinagoga de Nazaret (Lc 4,16-30) hace suyas la palabras con que Isaías describe la misión del Mesías :«El Espíritu del Señor está sobre mí; por lo cual me ungió, me envió para evangelizar a los pobres, para sanar a los constrictos de corazón, para predicar la remisión a los cautivos, y la vista a los ciegos, para soltar, libres, a los oprimidos, para predicar una año de gracia del Señor» (18-19). Es el mismo profeta que habla del «retoño de la raíz de Jesé», que saldrá, «y reposará sobre él el espíritu del Señor, espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad, y lo llenará del espíritu de temor de Dios» (Is 11,1-3).

Los profetas que han escrito libros más breves ponen pinceladas en el cuadro que, en sus grandes líneas, dibujan aquellos profetas mayores, y ofrecen detalles pequeños y significativos: sobre el lugar del nacimiento (Miq 5,1; cfr. Mt 2,5), sobre la entrada triunfal en Jerusalén (Zac 9,9; cfr. Mt 21,5). Y a veces sobre aspectos centrales de los misterios salvadores: «Como Jonás estuvo tres días y tres noches en el vientre del cetáceo, así el Hijo del Hombre estará tres días y tres noches en el corazón de la tierra» (Mt 12,40; Jn 2,1).

6. *Después de la cautividad de Babilonia*

En la última fase del Antiguo Testamento, desde el retorno de la cautividad de Babilonia, que el Edicto de Ciro el Persa permitió, hasta la Encarnación del Verbo, se puede observar, en los libros sapienciales, una progresiva profundización en la consideración de la sabiduría, que no solamente se presenta como una cualidad humana (Prov, *passim*), sino también como un atributo divino (Sir 1,1), y que incluso, con la utilización pedagógica del recurso de la personificación (Prov 8,22-36; 9,1-6; Sir 24,1-6), parece conducir a la plena revelación del misterio de la Encarnación, cuando «la Palabra Omnipotente... vino de sus reales sedes» (Sab 18,15), y «el Verbo (la Palabra o la Sabiduría)», la segunda de las Personas divinas, con el consentimiento de la Virgen María -«he aquí la Esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra» (Lc 2,38)—, «se hizo carne y plantó su tienda entre nosotros», es decir, se hizo hombre, igual a los demás, excepto en el pecado (Jn 1,14; 1Pe 2,22; Hebr 4,15).

G. Riqueza terminológica

Teniendo en cuenta esta gran riqueza terminológica y semántica, los contextos en que se encuentran todos estos nombres, y la variedad de aspectos de la fisonomía humana y divina de Jesús, es conveniente, para referirse a Él, no limitarse a utilizar un nombre solo —el que tal vez sea más corriente en un momento o lugar determinados, como ocurre ahora, por ejemplo, en algunos ambientes, con los

de «Jesús» y «Jesús de Nazaret»— y tampoco reducir la atención únicamente a algún aspecto de sus hechos.

Estos últimos nombres, aunque sean muy entrañables y familiares, y contengan implícitamente las características más salientes de sus naturalezas divina y humana, podrían ser objeto de un cierto reduccionismo que llevase a pensar sólo en algunos de los trazos de la fisonomía física o espiritual del Hombre-Dios, o más aún, que lo convirtiesen en un clisé defectuoso, que quisieran presentarlo solamente como a un supuesto Liberador político de Israel, respecto de los dominadores romanos. O como puede suceder a algunos teólogos que —por un miramiento, tal vez innecesario, hacia quienes parecen vacilar en puntos centrales de la fe, como la divinidad de Cristo y su consubstancialidad con el Padre— evitan la afirmación explícita de que Jesucristo es Dios, y utilizan, de manera casi exclusiva, el título de «Hijo de Dios».

Estas actitudes —que con frecuencia son debidas a una intención buena, al deseo de no frustrar, en el itinerario de los que buscan, el paso de un afecto por Jesús de Nazaret al reconocimiento de Jesús, el Señor— se podrían prestar a lecturas ambiguas, teniendo en cuenta los diversos sentidos de algunas expresiones, si no las acompañan de tanto en tanto afirmaciones, que no ofrezcan ninguna duda, de la divinidad de Cristo.

H. En la tradición bíblica y eclesiástica

En el lenguaje corriente es deseable utilizar, pues, diversos nombres: no solamente los más corrientes —Jesucristo, el Señor, Nuestro Señor, Jesús, el Señor Jesús, Jesús de Nazaret, etc.— sino también otros, siguiendo el uso bíblico, y también el eclesiástico, como los que se encuentran en las fórmulas elaboradas en los primeros Concilios ecuménicos: Nicea (325), Constantinopla (381), Éfeso (431) y Calcedonia (451), para que entre todos se vayan marcando los trazos que ayuden a configurar de algún modo el rostro del Dios Encarnado, de aquel «en quien habita corporalmente la plenitud de la divinidad» (Col 2,9).

Y así mismo ha de ser conveniente utilizar muchas veces las fórmulas que en la tradición viva de la Iglesia —en la liturgia y en el Magisterio— se han ido felizmente elaborando, para aplicarlas a Jesucristo, como son las del Concilio de Nicea: «*homoousios*» (de la misma esencia que el Padre), que con traducciones más o menos logradas se recoge en los Símbolos de fe, como «consubstancial al Padre» o «de la misma naturaleza que el Padre», y sobre las cuales no han faltado polémicas, si bien se ha de considerar que, en rigor, ninguna de las tres citadas sería incorrecta, porque, tratándose de Dios —y en todo aquello en que no es un obstáculo la oposición de las relaciones—, esencia, substancia y naturaleza son uno; o la del Símbolo Atanasiano, que habla de Cristo como de «Perfecto Dios» y «Perfecto Hombre», o la de «Dios y Hombre verdadero», que se encuentra en algunas oraciones tradicionales.

Y todas estas fórmulas están en la línea de las que propuso el Concilio de Calcedonia, como en el texto en que se dice «que ha de ser reconocido Cristo Hijo Señor Unigénito, uno solo y el mismo, en dos naturalezas, sin confusión, sin cambio, sin división, sin separación» (*unum eumdemque Chris-*

tum Filium Dominum Unigenitum, in duabus naturis, inconfuse, immutabiliter, indivise, inseparabiliter), si se quiere recordar en la antiquísima traducción latina (Denz.-Schön. 148 (302)).

Para captar todo el sentido que tienen algunos de estos nombres, hay que penetrar en ellos, tratando de progresar en el conocimiento de la Escritura, y leerlos en la tradición viva de la Iglesia, que tiene en cuenta aquello que se ha denominado la evolución homogénea del dogma, para profundizar en las materias, y encontrar siempre el mismo sentido de los textos revelados, que se ha conservado, a veces con palabras diferentes.

Se comprende que en los primeros siglos, aun teniendo claro el contenido de la fe, pudiera haber vacilaciones de lenguaje. Sin embargo, con el paso del tiempo, se ha ido definiendo una terminología adecuada para aplicarla a unas materias muy difíciles de expresar en palabras. No tener en cuenta ahora todo aquel esfuerzo y menospreciar la tradición viva de la Iglesia, sería un empobrecimiento, y provocaría desorientación.

De todas formas, con los mismos nombres, unas veces se destaca el poder, la majestad la trascendencia de Cristo que, después de la pasión y muerte, Resucitado, está sentado a la diestra del Padre, el cual «le concedió aquel nombre que está por encima de todo otro nombre, a fin de que al Nombre de Jesús toda rodilla se doble, en el cielo, en la tierra, y en los infiernos, y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre» (Flp 2,10-11).

Y otras veces se reflejan la proximidad, la interioridad, la inmanencia del Dios hecho Hombre, y llevan a las almas de Dios a descubrir los tesoros

escondidos en el nombre de Jesús. En este sentido canta san Bernardo que Jesús es «*mel in ore, in aure melos, in corde iubilus*», miel en la boca, música para el oído, alegría en el corazón. Y la experiencia de su autor se ha plasmado en aquel punto de «Camino»: «Pierde el miedo a llamar al Señor por su nombre —Jesús— y a decirle que le quieres» (303).

Con los nombres del Hijo de Dios, sucede algo parecido a lo que ocurría con el de Jahveh del Antiguo Testamento: que no se puede alcanzar toda su infinita realidad. No es que sean inefables —han sido enseñados, es cierto, para que sean pronunciados— pero únicamente somos capaces de captar algo del contenido de esa realidad que significan, mientras que el resto se nos escapa.

Este sentido podría darse a la afirmación del Apocalipsis, según la cual el Verbo de Dios, el Rey de Reyes, «lleva escrito un nombre, que nadie, más que Él, sabe» (Ap 19,12): es que —a pesar de la ayuda del «Espíritu que intercede por nosotros, con gemidos inenarrables (*stenagmois alaletois*)» (Rom 8,26)—, ningún nombre puede decir todo lo que Él es, y por esto, mientras Dios no nos dé en la gloria un conocimiento más alto de Él, no podemos dejar de utilizar —meditando sobre ellos— toda la multitud de nombres existentes, para que cada uno aporte un trazo, un rasgo, un matiz, un aspecto, de la fisonomía divino-humana de Jesús.